

Dakar, 2025

Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara | Nicolás Melini  
Andrés Neuman | Giovanna Rivero | Karla Suárez | Carol Zardetto



# Léebi Benengeli!



Cuadernos de Benengeli

Léebi Benengeli

# Cuadernos de Benengeli



Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara | Nicolás Melini  
Andrés Neuman | Giovanna Rivero | Karla Suárez | Carol Zardetto

Dakar, 2025



# Cuadernos de **Benengeli**



Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara | Nicolás Melini  
Andrés Neuman | Giovanna Rivero | Karla Suárez | Carol Zardetto

Dakar, 2025





Cuadernos de **Benengeli**



# Cuadernos de **Benengeli**



Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara

Nicolás Melini | Andrés Neuman | Giovanna Rivero

Karla Suárez | Carol Zardetto



**Instituto  
Cervantes**

### **Cuadernos de Benegeli**

EJO éditions – 2025

Edición y publicación: EJO éditions

### **Instituto Cervantes**

Director: Luis García Montero

Secretaria General: Carmen Noguero Galilea

Directora de Cultura: Raquel Caleyá Caña

Literatura y Pensamiento: Juan Carlos Méndez Guédez

### **Instituto Cervantes Dakar**

Directora: Concha Barceló Estevan

Gestor cultural: Javier Mantecón Botella

**Traducción:** Ndeye Codou Fall, Christian Roinat

**Diseño y maquetación:** Griot SARL

NIPO: 110-25-077-X

© Natalia García Freire, Giovanna Rivero, Carol Zardetto, Liliana Lara, Pilar Adón, Andrés Neuman, Karla Suarez, Nicolas Melini

© Traducción a wolof, Ndeye Codou Fall, traducción al francés Christian Roinat

© 2025 Instituto Cervantes | EJO éditions. Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin autorización expresa del titular de los derechos.

## Índice

Prefacio	7
Lucida umbra	11
No tienes sueños o si tienes los has olvidado	23
Happy Buda	31
La sartén, el mango	43
El tacto de María	57
Revelar	63
La coleccionista	77
El Gran Hotel	87



# Cuadernos de **Benengeli**

---

*Luis García Montero*

La vida humana comenzó a tener su pleno sentido cuando surgieron los cuentos que lograron relatarla. Junto al fuego, en medio de la oscuridad, los misterios y la alegría, se reunieron las personas para alumbrarse también con el fulgor de las palabras en las que una comunidad lograba reconocer los territorios compartidos de la imaginación y la existencia.

El remoto origen del género y su raíz mítico religiosa fue mutando con el paso de los siglos, de allí que hoy en día se haya extendido también a los territorios de lo cotidiano, de lo íntimo, de lo político y lo social, con la finalidad de atrapar la fuerza de una imagen, de una situación concreta, de una epifanía o de un hecho cargado de sentido.

En el caso de la literatura de lengua española es imposible comprender su desarrollo sin tener al cuento como género protagónico. Para solo hablar de tiempos relativamente recientes, nombres como Emilia Pardo Bazán, Ricardo Palma, Felisberto Hernández, Rosario Castellanos, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Julio Ramón Ribeyro, Elena Garro, Gabriel García Márquez, Alfredo Bryce Echenique, José Balza y Cristina Fernández Cubas, entre otros, sentaron las bases de una narrativa que hace de la brevedad su mayor herramienta.

El cuento en español goza de una excelente salud. Transita los caminos de su tradición, a la vez que los transforma y los rebate en un incesante juego de exploraciones, desvíos y alteraciones de su estructura y su lenguaje. La mirada sobre la poesía de la existencia, sobre los dramas del mundo actual, sobre los caminos que desarrolla la memoria de los seres humanos, son solo algunos de los ejes temáticos que configuran este universo en pleno desarrollo.

De allí nuestra satisfacción al presentar *Papeles de Benengeli*, muestra significativa de la excelencia del género que exhiben varios autores de la actualidad: Natalia García Freire, Giovanna Rivero, Liliana Lara, Pilar Adón, Andrés Neuman, Karla Suárez y Nicolás Melini. Voces divergentes, plurales, que desde sus propias herramientas creativas se enfrentan a la realidad para convertirla en un objeto de lo imaginario y lo ficcional.

Gracias al trabajo de Ndeye Codou Fall, traductora y profesora universitaria, el público senegalés podrá disfrutar en Wolof de esta selecta muestra del cuento actual en español. Un proyecto que prolonga el ya realizado por el Instituto Cervantes en años anteriores cuando editó en Manila un volumen similar con una selección traducida al tagalo. Volúmenes ambos que son parte de la huella de nuestro Benengeli: el festival literario que recorre los cinco continentes desde 2021 y que durante una semana de cada año realiza una foto posible de lo mejor de la literatura en lengua española.

Para el Instituto Cervantes es una inmensa satisfacción dar a la luz este volumen que es evidencia palpable del inmenso vigor del género breve, y que a la vez subraya el espíritu central de nuestra cultura en español: lugar para el diálogo, para el progreso, para el intercambio amable entre personas y comunidades.





# Lucida umbra

---

*Pilar Adón*

«Et annuntiantes in lucida umbra acutam  
et viventem lucem in virga germinantem.»

Hildegard von Bingen



Debemos tener cuidado. Nos lo repetimos a todas horas. Que hemos de ser precavidas. Cubrirnos la cara y entrecerrar los ojos a pesar de estar regresando ya a la penumbra del portal, junto a la escultura de la joven romana sin velo, alejándonos a buen paso de las zonas más próximas al jardín y en dirección a los espacios de la casa en que estaremos a salvo porque permanecen a oscuras. Allí donde las enredaderas han alcanzado desde la tierra los marcos de las ventanas que casi rozan el techo. Hemos de descansar los ojos, nos decimos. Salir menos. Huir en cuanto observemos que asoma el cielo naranja del amanecer, apartarnos de los brillos de las molduras doradas, las paredes pintadas de blanco. Así lo repito yo y así me lo indica mi guía, mi compañera definitiva, afilada y frutal, que avanza ante mí hoy con más ligereza que en otras ocasiones, diría que con ansia, preocupada. Más incluso de lo habitual. Con unos movimientos que denotan una mezcla a partes iguales de orgullo e inseguridad.

—Van a venir.

Me dice.

Y sigo avanzando tras ella por el pasillo que nos aleja de la galería frontal y nos conduce hacia las escaleras. Abrigamos las dos un espíritu romántico, propensas a la nostalgia, es cierto, como también lo es que amamos la mutua compañía. Pero no son estos los motivos por los que hemos de encerrarnos cada vez más tiempo y cada vez más temprano en esta casa, provistas de chales y tupidos pedazos de tela, separadas de cualquier fuente de luz. No se debe a que también nosotras, como todas las criaturas de la creación, tendamos a la natural búsqueda de refugio ni a nuestra especial querencia por andar a la caza de cualquier recoveco, cada sitio escondido, cada rincón. No es sólo que nos sintamos más cómodas en los lugares que sabemos guarecidos, albergues entre las raíces, asentadas en una ventajosa profundidad. Buscamos alimento, como cualquier ser vivo, y buscamos cobijo.

Pero el verano hace estragos en esta zona y lo innegable es que cada vez soportamos menos el sol: ésa es la auténtica razón de nuestro aislamiento. Que la luz nos hace daño y nos fuerza a ser precavidas, buscar remedios continuos, instalarnos en las habitaciones orientadas hacia el norte y huir de los brillos imprevistos que se filtran por cualquier rendija y se nos clavan en los ojos con un dolor que nos muestra a las claras nuestra propia imperfección.

—Tienes que ir más deprisa —me dice. Y luego—: Si nos hubieran avisado... Pero no lo han hecho. No nos han informado de nada. Y van a venir.

Me habla como si supiera algo que yo desconozco, y voy más rápida. Obedezco. Avanzo como con urgencia, enérgica, y asiento con la cabeza aunque ella no me vea porque me mantengo a su espalda, siempre a su espalda, pendiente de sus movimientos, del ritmo de sus pasos, la cadencia de su voz, lo más distinguido de su cuerpo, que alberga el equilibrio del universo y que a veces denota alegría, a veces satisfacción, aunque también desmayo y abatimiento. Qué complicado es estar en nuestra piel y vivir como vivimos nosotras. Qué difícil resulta seguir adelante sin caer en el abandono, conscientes de lo breve de nuestros días, lo fugaz de este tiempo que se nos escapa entre ramas caídas y briznas de hierba cuando podemos salir de noche al jardín y entre cortinones que nos recluyen y nos amparan cuando hemos de permanecer día tras día en el interior. Sin oportunidad real de que nada cambie.

—Podrían habernos dado más tiempo —repite.

Y seguimos caminando, dejando a un lado la sala que hace las veces de oratorio, y a Eurípides, que agacha la mirada desde su busto de escayola (segunda mitad del siglo XIX). Así lo constatamos alzando la cabeza hacia él, limitadas en nuestro

tamaño evidentemente inferior, que nos ancla a la madera del piso cuando a lo que aspiraríamos sería al desplazamiento y a la posibilidad del vuelo. También los ojos de Eurípides se muestran planos y vacíos como si su memoria necesitara bucear hacia dentro. En un presente que hubiera dejado de perseguir la formación de nuevos recuerdos, la llegada de mayores estímulos.

—Ya... —digo por decir algo. Por no dejar que el silencio sea la única respuesta a sus palabras.

—Pero no nos han avisado. Y puede que incluso estén ya en el jardín. Lo mismo están en el jardín. Los botes ya los han traído, eso es un hecho. Los has visto, ¿no? ¿Los has visto?

En esta ocasión no contesto. Ni siquiera con otro «ya...» inofensivo y supuestamente alentador. No he visto nada, ningún bote. No sé de qué habla, pero no pregunto. Me mantengo callada y oigo que dice en voz baja:

—No sé cómo hemos llegado a esto.

Así me habla. El fundamento de mi entereza. Mi Hera de brazos suaves y ojos de buey, que avanza más y más deprisa mientras pasamos por debajo del enjuto San Francisco en éxtasis en dirección a Jacob con los rebaños de Labán, con el propósito de enclaustrarnos en los espacios interiores y protegidos de la casa. El verano que ya avanza está siendo incluso peor que el verano anterior y hemos de seguir atentas, no bajar la guardia. Así se lo digo a mi compañera, que me abre camino y suspira.

—¿Estás cansada? —Le pregunto.

Momento en que se gira:

—Lo que estoy es descompuesta. Y enfadada.

Me fijo en sus párpados hinchados, en su ropa de paño oscuro.

—Al menos seguimos...

—Y nadie me ayuda —me interrumpe—. Lo mismo me vuelvo loca, ¿sabes? Lo mismo me vuelvo loca.

¿Qué decirle? ¿Qué explicarle? ¿Qué responder ante una frase que no comprendo y que viene a echarme en cara una falta de ayuda que no comparto? Mi falta de esfuerzo, mi no defensa. Como si no contara ya conmigo. Como si hubiera dejado de verme y se encontrara sola. Me interrumpe feroz cuando quiero afirmar que al menos seguimos juntas, y empieza a hablarme de la posibilidad de la locura, la ausencia de apoyo por mi parte, como si yo no estuviera aquí con ella, infatigable a su lado.

—Seguro que das con algún remedio —le digo—. Para lo que sea. Incluso con más de uno.

Pero no me escucha.

—No sé cómo no hemos reaccionado antes. Aunque sí. Sí que lo sé. Me he quedado sin fuerzas. Estoy sin fuerzas y tú sigues esperando que haga algo. Que lo haga todo. Tengo que dar con la solución, claro, pero me veo agotada. Se me ha ido toda la energía a la mierda. No puedo más.

Sigo estudiando los pliegues de su piel, su agitación, y vuelvo a asentir sin decir nada. Me pide que me aleje un segundo y, por supuesto, obedezco. Como siempre. Hago lo que dice. No obstante, sé que se va a disculpar. Estoy convencida de que lo va a hacer. Y no dejo de mirarla. Me mantengo en la contemplación de su cara, al tanto de que no la querría más si no fuera tan imperfecta, lo que viene a significar que no la querría más si fuera más perfecta. Puede mostrarme su agobio y su confusión y que me dé lo mismo porque no son su infalibilidad ni su firmeza las cualidades ante

las que reacciona mi amor, una respuesta ante su exquisitez, sino más bien la esencia que le descubro en cada acto todos los días, en cada expresión, esa forma que tiene de asumir como eternas sus justificaciones, decisivos sus movimientos. Para ella existe lo íntegro. Lo continuo y lo absoluto. Todo definitivo, todo sagrado. Y yo he decidido que ha de resultar insoportable vivir en su cabeza, una asunción que hace que la ame más porque ella lo logra, sobrevivir, mantenerse despierta, erguida. Sólida en los pasos que da hacia la elaboración de una táctica eficaz que nos saque de esta situación, sea cual sea. Un plan que nos salve del peligro que ella ha advertido y yo no, y que parece tan devastador. Será ella quien resuelva el conflicto y quien nos libre de la amenaza que la está desquiciando de esta manera.

—Quizá... —empiezo.

Pero dice «vamos» y volvemos a ponernos en marcha sin querer mirar atrás ni oír los crujidos de las paredes. Sin querer ni pensar en el riesgo de descubrir los dientes blancos de quienes nos acechan según ella en la penumbra del pasillo. Descorrer las cortinas y encontrárnoslos allí. Repite «vamos» y accedo, mientras querría descifrar qué ha resuelto. A qué delirio se está sometiendo y qué es lo que le asusta. Si se trata de la posibilidad de dejar de reconocer el paisaje, que alguien lo destruya sin más, porque los árboles del exterior podrían arder, las paredes de piedra podrían derribarse, o si se trata de la pérdida de la belleza. La nuestra. Esa renuncia a la que nos vemos forzadas si queremos sobrevivir. «No hay nada más accidental que la belleza», me ha dicho. Y también: «No puedo amar algo que sé que se va a perder. Prefiero amar una personalidad. Un intelecto. Algo duradero». En esta escapada que a veces se me antoja triste y a veces liberadora, que a veces parece fruto de una mentira en la que se ha asentado ella, arrastrándome a mí, pero que también comprendo a veces con tanta precisión y tanta transparencia que me sorprende asumiéndola como el resultado de mi propio pensamiento, mi propia voluntad. Idea mía.

Deduzco que son esa personalidad y ese intelecto las características que admira en mí y que por eso nos mantenemos juntas.

—No me ha dado tiempo —repite—. No me ha dado tiempo.

Y yo desearía situarme a su lado, abrazarme a ella. Calmar esa soledad en la que se cree abandonada y alejarla de la perspectiva de una locura que ve probable. Con todo, creo que nada la consolaría en este instante

—Nuestra vida es así —le digo.

—Esto no es vivir.

—¿Y qué lo es?

—Esto no.

Esto no.

Cuánto desearía mantener con ella una conversación tranquila, apaciguar su mente. Pero no hay forma de aplacar su zozobra en este momento. En todo lo que sigue insistiendo es en que nos habría venido de maravilla que nos hubiesen avisado para prepararnos. De habernos concedido algo más de tiempo, reitera, habríamos podido recapacitar y habríamos podido considerar de una vez si todo esto es normal. Tomar medidas y escondernos (es lo que hacemos) por temor a la aspereza de la iluminación directa y solar, pero también para olvidarnos de la particularidad que nos es innata. Me repite que es importante. He de asumirlo. Tenemos que deshacernos de nuestra belleza. Ocultarnos en esta casa, desde el jardín hasta el zaguán y las salas, suprimiendo la luz que yo emito y le hace daño a ella y suprimiendo la luz que ella emite y me hace daño a mí. Dejar de brillar. Es lo que hemos de hacer. Así hay que actuar.

Soy consciente de que siempre hay que creer lo que ella expone, y estoy a punto de decirle que no se preocupe, que no debe atormentarse tanto, cuando llega hasta nosotras el sonido de unas voces que no nos son familiares.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Y me hace una señal para que me calle.

Sigo sin entender a qué responde este temor por unos botes que no he visto, por un aviso que no hemos recibido. Y ahora por unas voces. La he pillado en un par de ocasiones mirando hacia atrás como si espicara mis movimientos, pero ahora descubro que lo que hacía en realidad era prestar atención a lo que está ocurriendo en otras salas, las que vamos dejando atrás. Distinguimos nítidas unas palabras continuadas, emitidas por tres o cuatro personas que han debido de entrar por la galería y van en dirección al cuarto del mirador, y sin ningún motivo físico real empiezo a notar una asfixia violenta al prestar atención y oír que esos hombres que están en la casa preguntan a gritos si hay café y responden también a gritos que sí, y también refrescos y cerveza. Oigo sus explicaciones acerca de un trabajo que no va a ser sencillo porque el sitio es grande, hay varias plantas, muchas habitaciones, y cómo detallan las peculiaridades técnicas de los agentes químicos que van a emplear, en forma de gas y humo, para fumigarlo todo.

¿Son reales esas voces? ¿Se pronuncian esas palabras? ¿Están de verdad diciendo que seguramente habrá que establecer nuevas fechas de refuerzo para una desinfección completa?

Sin ser conscientes de que lo hacíamos, nos hemos detenido, pero ahora escucho otro «vamos» a mi lado, y comprendo plenamente que ella tiene razón y que sólo cabe seguir avanzando.

—Todo esto es por nosotras.

Escapar, desaparecer cuanto antes. Apagarnos de una vez y fantasear incluso con la posibilidad de liberarnos de nuestro poco peso, dar un salto, vernos horizontales por encima de la prolongada línea que componen las tablas de madera del suelo y echar volar. Poco podemos hacer sin embargo con nuestra pequeñez y con estos rudimentos de alas que no nos sirven de nada, que no funcionan ni permiten que nos elevemos, que nos sostengamos en el aire y nos movamos leves por él. No podemos volar y apenas podemos correr. De modo que llegamos mucho más despacio de lo que pretendíamos a la cocina, a las despensas y, desde allí, finalmente, a las escaleras que, lejos de alzarnos, nos van a auxiliar en nuestro descenso. Siempre hacia abajo. Por una vía que comunica la planta principal con el semisótano, donde estuvieron las cocheras, las cuadras, y que continúa deslizándose hacia la zona de las calderas, más abajo aún, hasta alcanzar la trampilla que nos va a conducir a los cimientos de la casa, al suelo original. El terreno crudo, compuesto de arena, arcilla y piedras pequeñas. El sitio sobre el que se empezó a construir y que se mostrará ante nosotras como un cuadrado de oscuridad completa, el refugio perfecto.

—¿Hay escarabajos? ¿No habrá escarabajos ahí dentro?

Pregunto.

Mientras bajo tras ella por estas escaleras estrechas, apenas un par de barras verticales que unen entre sí unos peldaños gruesos como las vigas que rematan el techo de algunas de las salas. Hacia la caverna, hacia el fondo. La base que sustenta las tres plantas más las buhardillas.

—Vamos a tener que pasar aquí un tiempo —me dice.

En este extraño retorno a lo que fuimos. Esta vuelta atrás que nos devuelve a los primeros instantes de nuestra existencia y a una situación en la que ya nos hemos visto. Como larvas depositadas entre la vegetación. Cada vez más blandas, organismos de babosa,

con una cabeza que nos va a seguir creciendo hasta alcanzar un tamaño que nos parecerá ridículo, insufrible de tan grande, en este regreso a una superficie que parece quemada, teñida de matices grisáceos y marrones.

—Al menos seguimos juntas —digo por fin.

Pero no hay consuelo. No existe el bálsamo que calme esta desolación. Si pudiéramos dormir, subsistir dormidas... «¿A quién había querido, qué había querido hasta entonces?», se preguntaba Orlando. Y lo mismo podríamos preguntarnos nosotras. ¿A quién queremos? ¿Qué queremos? Advertimos una mayor humedad en este punto, una suerte de vaho que se desprende del sustrato. Un vapor turbio que nos envuelve y nos marea en nuestro movimiento circular. Y nos percatamos de la opacidad de todo. Aun así, no debemos estremecernos. No debemos sentir estos temblores ni obsesionarnos con el dolor ni con el final. Si queda cerca o si aún falta. La cortedad de nuestra vida.

Tenemos que pensar que nos estamos salvando.

—Debemos de parecerles monstruos para que nos hagan esto —susurra—. Lo que no deja de ser curioso porque hay quien nos considera ángeles.

—¿Crees que nos veremos? —le pregunto.

Y no me responde.

Cuando me gustaría que lo hiciera. De verdad querría que lo hiciera. Porque de pronto me resulta esencial averiguar si en este sitio habrá algo de luz, aunque se trate de nuestro propio brillo. Saber si podremos seguir contemplándonos a través de nuestros ojos compuestos, ojos de insectos nocturnos, ahí donde nos vamos a meter. En este espacio bajo tierra que representa una guarida, pero también nuestra extinción.



No tienes  
sueños  
o si tienes  
los has  
olvidado

---

*Natalia García Freire*



El mapache que vive en el rincón de tu cuarto se hace cada vez más grande, tan grande que tuviste que ponerle nombre: Jethro Tull. No es bueno, ni malo, ni está cómodo, ni es feliz, pero te imaginas junto a Jethro Tull mirando por la ventana cuando pase el fin del mundo que será como un cometa, pasó y pasará y seguirá pasando, como un carruaje con reyes de trajes dorados en el cielo, una noche que crece dentro de la noche, las estrellas cayendo una a una, la primera vez que viste la nieve. La nieve ya no existe. Marcas su tamaño cada semana, Jethro, ven aquí, le dices y no te hace caso, Jethro Tul, gritas, y si chillas con fuerza se acerca y con cuidado pones la mano sobre su cabecita que es muy suave y digna de ser besada, de lana espesa, que se arremolina como un huracán, el centro donde nacen los vientos, las nubes, los nombres, y las mareas, antes te rasguñaba y mordía, pero ahora vives dos segundos en el futuro para apretarle la mano justo antes de que te haga daño, Jethro Tull, tu maestro Jedi. Hace seis meses medía cincuenta centímetros y hoy mide noventa y cuatro. Se supone que no debe crecer tanto, pero sabes que por las noches come con ansias de los basureros de los tres Chifas que hay en la cuadra: pollo agridulce, chaulafán, chaufarín, sopa wantán. Cuando te alquilaron el departamento ya estaba ahí y no pudiste hacer nada. Molestar a la dueña estaba fuera de duda. Tampoco sabes su nombre o si existe, o si la nieve sabía a lluvia o a polvo de otro mundo. Da igual, Jethro Tull te ha enseñado a mirar el futuro y ahí solo existe la lana y el bosque, la parte por el todo, Jethro Tull y lodo y moscas y agua congelada con polvo de estrellas. Claro que a veces te vuelve loca porque te persigue por la casa, que es pequeñísima, que no es una casa, ni un cuarto de pensión, aunque tiene escaleras de caracol que llevan a ningún lado en medio del dormitorio que en verdad es una especie de baño malreformado sin inodoro. No es que vivas en un cubo como tu prima, o como tu novio que vive en una bodega con un papagayo. Vives en un cuarto con un mapache que ha crecido más de la cuenta. Lo de los animales sucede desde hace casi un año.

Aparecen en casas, en parques, en supermercados. Les encantan las duchas, los columpios, los toboganes y los sótanos. A veces simplemente deambulan por la calle, perdidos, confundidos, como señales de nadie sabe qué cosa, como si en medio camino hubiesen olvidado lo que venían a hacer aquí. A veces solo se detienen y miran. Muchos salen por la noche a matarlos. También hay compañías especializadas en hacerlo. Otros esperan que se autolesionen para filmarlo y viralizarlo. Una jirafa en el lobby de un hotel ya no parece divertir a nadie, pero si empieza a comerse sus propias patas todos quieren verlo. Los videos de elefantes rozando su trompa contra alambres de púas, cuchillos y clavos son los más populares. Más de la mitad de los animales que han aparecido en la ciudad se hacen daño, se muerden la cola, se rasguñan las orejas, se rascan partes del cuerpo hasta dejarlas en carne viva. Se detienen si los juntan. Basta poner un par de gallinas junto a un caballo para que ambos dejen de hacerse daño. Pero es casi imposible. Nadie tiene tiempo ni espacio para juntar dos gallinas y un caballo. Nadie se junta con nadie y hace demasiado que sueñas compartir con cualquiera un chaufarín. Tienes, por suerte, el cuarto y una cocina a gas y a veces mezclas arroz con cosas y Jethro silba olisqueando tu revuelto. No tienes baño, pero hay un café en el que te dejan quedarte por horas y usar el baño a cambio de un pago bastante módico. A veces, incluso, te dan papel higiénico. O libros viejos. Una vez estropeaste unas páginas de Mujercitas, aunque te guardaste la parte en la que Beth y Amy se tiraban bolas de la nieve. La lees cada tanto, cierras la boca y sientes los copos rompiéndose entre tus dientes. Es lo que pasa con la nieve, ni siquiera importa que sea de mentira. Duele, quema y enfría. Ahora Jethro cruza de un cuarto a otro como un bandolero, estornudas y se detiene del todo, una estatua de Jethro, ¡congelado!, te mira, te mira y te deja quieta, quieta como desnuda y si sigue mirándote serás tú quien empiece a hacerse daño, Jethro, ven aquí, le dices y chillas y él gorjea y da vueltas sobre sí mismo como hacías tú en la nieve, dar vueltas y

vueltas y embriagarte, como un recuerdo creándose a su imagen y semejanza. Desde que Jethro llegó has perdido la noche. Trabajas lo que puedes cuando todo está en silencio y solo se escucha el eco de los disparos de los hombres que matan animales y cuando Jethro hurga en el cesto de la ropa sucia o se sube por la escalera entornada cazando insectos imaginarios tú escribes reseñas de libros que no has leído para suplementos donde eres conocida como, al menos, cuatro críticos literarios. Jethro Tull duerme a las diez de la mañana y ahora tú también. Nunca antes, nunca después. Duerme en el tacho de basura o en el hueco del piso del pasillo que todavía no han podido venir a arreglar y que se parece a un agujero negro que se va a comer a ti a la casa y al mapache y la nieve y cualquier resto de vida inteligente o estúpida en el planeta. Duerme cinco horas de corrido y se despierta sin esfuerzo, sin pereza, junta las manitos y se lava la cara. Tú te preparas un café, fumas un cigarro en la cama. Lo miras correr por la casa y lo miras mirar por la ventana, lo miras no ser feliz, ni estar cómodo, lo miras y crees que él también recuerda la nieve y saltar y el bosque, las moscas, el lodo, y él chillando, gorjeando porque ha encontrado comida, gorjeando y saltando feliz, feliz de verdad. Fuera solo hay bloques de viviendas, algún edificio a lo lejos, basurales, columpios vacíos que se tambalean esperando que lleguen más animales. Jethro rasga las ventanas y las paredes. Chilla, te muerde. Jethro, le dices y tratas de tocar su cabecita, el centro del huracán, pero él ladra y rasguña y se muerde los dedos. Y llamas al que se supone que es tu novio. No hablan seguido, pero tienes miedo y necesitas hablar con alguien, quizá pueda traerse al papagayo, quizá necesiten juntarlos. Le cuentas que Jethro está muy raro. Él te dice que el papagayo no deja de decir *Je t'aime, Je t'aime*. Jura que nunca le hablado antes en francés. Le dices que vaya a tu casa, pero él da vueltas, duda, le dices que se vean fuera de la cafetería. De todas formas, hoy no has ido al baño. Tu novio lleva al papagayo al café y te cuenta que ha empezado a sacarse las plumas. Tiene huesos de carne rosada y gris.

El papagayo no puede entrar al café porque ahí dentro está lleno de serpientes y las odia. Le dices a tu novio que sales en un momento y haces tanto pis como puedes porque quién sabe cuándo puedas volver a hacerlo. Usas un poco del Finnegans Wake, las letras se difuminan con tu pis y entiendes algo del libro que nunca habías entendido, Ja t'aime, te dice Shem, Je te deteste dice Shaun. Le dices a tu novio que lleven al papagayo a casa y él te mira desde un lugar frío y quebradizo. Caminan de la mano y miran al perro que pasa a las seis en patinete y también a la mujer que vive en el balcón y se alimenta de alpiste de paloma. El panda del columpio oxidado del viejo parque te mira a ti y te haces un poquito de pis. Has desarrollado una incontinenencia bastante útil. Es genial porque haces un poquito de pis, casi imperceptible, cada tanto, lo cual te ahorra idas al café innecesarias. Y a Jethro le gusta tu olor a orines, lo sabes porque cuando te pasa seguido se abraza a tu pierna y no chilla ni gime ni ladra. Y casi nadie se da cuenta. Cuando llegan a tu piso, tu novio se golpea la cabeza al entrar y el papagayo corre hacia el hueco en el piso, salta, lo mira, se desplaza a su alrededor como en una danza antigua y macabra. Parece divertido. Al principio Jethro gruñe, pero en cuanto el papagayo monta en la escalera de caracol se limita a perseguirlo y enseguida están subiendo y bajando tan rápido que parecen dos pequeños jugando, dos criaturas que por primera vez han visto la nieve y saltan y corren, Beth y Amy en las páginas de mujercitas. Recuerdas el juego que tenías de niña con tu abuela cuando subían y bajaban por la escalera de la casa para buscar sábanas y hacer una carpa en el jardín, en ese Edén, un lugar que en el recuerdo es cada día más grande, tan grande que hay puertas a las que ni siquiera puedes acceder, un mundo fantasma, la voz de tu abuela haciendo eco, la despensa llena de comida para el futuro, toda de granos frescos, toda de mermelada en tarros frascos de cristal y rábanos encurtidos. La última vez que la viste ya estaba ciega y sorda, pero tomaba la nieve del piso y la masticaba porque decía que era todo lo que le quedaba del mundo.

Ves a tu novio ya fuera de tu casa, covacha, refugio, tu bosque de mentira. Lo siento, te dice. He conseguido un piso en el barrio industrial. Ahí no han llegado todavía los animales. Ja t'aime le dice el papagayo Je t'aime, repite, y cuando está a punto de arrancarse una pluma, Jethro le toca el pico con sus manitas y vuelven a correr y a saltar y han olvidado lo que estaban mirando. Tu novio ya ha cerrado la puerta y se ha ido. Afuera hay nieve o no la hay y ya no importa. El mundo es viejo y ha perdido todo sentido. Arnoldo, le dices al papagayo, te llamarás Arnoldo, y lo llevas a la pared del rincón para medirlo: noventa y siete centímetros. Preparas café y fumas un cigarro en la cama. Jethro y Arnoldo corren y saltan alrededor del agujero en el piso y de la escalera que ahora es de lodo y moscas y zumbidos y estiércol y ramas que están creando ellos en este futuro que es de mentira y es tuyo y es muy tarde, y suenan los ecos de los disparos de los hombres que matan animales y Arnoldo se cae de las escaleras, Jethro se asusta, corre hacia ti, te muerde en el cachete y duele y arde, enfría como la nieve que nunca más tocarás y Jethro te mira con algo parecido a la pena o la locura, y tú ves en sus pupilas tus últimas noches en la tierra.



# Happy Buda

---

*Liliana Lara*



La escalera era de un granito que imitaba al mármol, pero la figura redonda y verde era de jade, de verdadero jade, como quedó demostrado cuando se cayó y perdió un pie rollizo. Entonces pudimos ver que por dentro también era verde-verde y no de yeso blanco, luego pintado de verde-botella, como pensaba Melisa. La abuela, sin embargo, nunca había dudado, así como tampoco dudaba de su dios ni de la llama violeta. La abuela ni siquiera por un minuto había pensado que aquella figura pudiera ser de otra cosa más que de jade, de costoso jade verde de la China, porque se la había traído la vecina, la mismísima señora Lon. Nosotras casi nunca veíamos a la señora Lon pues siempre estaba en la cocina del restaurante y raras veces salía, pero por lo visto alguna vez sí salió, se fue bien lejos, y luego trajo aquel pesado buda y aquellos caramelitos de coco salado que no le gustaron a nadie y en cuya caja metálica la abuela empezó a guardar sus medicinas. ¿Quién daría las órdenes en la cocina mientras la señora Lon estuvo perdida en un bosque de la China?

Un día, escribió Melisa años después en el grupo de las primas, volvió la abuela con esa estatua y esos caramelos y esa superstición de la barriga. Había que sobarla para atraer la buena fortuna. Fortuna es dinero, mucho dinero, había recalcado Gabriela en ese entonces, luego de que la abuela contara ese cuento y pusiera al buda en la mesita que estaba en el rellano de la escalera. La pobre Gabriela.

Lo cierto es que aquel buda se lo había traído la china de la China, por eso la abuela nunca dudó de la verdad del jade y por eso nosotras tampoco dudamos, aunque la mala lengua de Melisa nos quisiera meter ideas en la cabeza. Creíamos en aquella figura, le sobábamos la panza para que nos trajera dinero. Dinero, dinero, dinero, decíamos mientras pasábamos nuestras manos de uñas sucias por aquella barriga hasta dejarla brillante. Ya por allí se tendría que haber sabido que era de jade pues no perdía el color luego de tanto manoseo, por el contrario, brillaba más,

profundamente verde. Cuando perdió el pie, Gabriela comenzó a sobarle también “la pata mocha”, como ella decía refiriéndose al espacio de la ausencia, lo cual nos hizo pensar que había sido ella la causante de aquella pérdida, aquella amputación. Dicho pie nunca fue encontrado, por cierto.

Melisa tenía doce años y no entendía nuestra adoración ni nuestros juegos en la escalera de la casa de la abuela. Tal vez por eso insistía en que era aquella una figura falsa, que no era de jade, aunque ni ella ni nosotras supiéramos qué era el jade exactamente. Una especie de oro verde, decía Gabriela. Desde esa mesita que se encontraba en el descanso, entre un tramo y otro de la escalera, el buda nos concedía secretos deseos. O ni tan secretos: dinero, dinero, dinero. Monedas que encontrábamos en algunos bolsillos, el vuelto de la panadería dejado sobre la mesa de la cocina, la plata a cambio de los dientes, la moneda que aparecía en la mano abierta de algún tío. Incluso, plata encontrada en la acera: caminábamos mirando para abajo y siempre algo aparecía.

Melisa, fumando escondida de sus hijos, escribió el mensaje en el grupo de las primas preguntando si recordábamos aquel buda verde con el que jugábamos cuando éramos niñas. Aunque ella nunca fue parte de esos juegos ni tampoco había creído en aquel gordo panzón de piedra, ahora le pedía a Gabriela que lo recuperara y que se lo guardara para cuando ella pudiera viajar a buscarlo. Todas, desde diversas partes del mundo, nos quedamos impresionadas con aquel mensaje, con aquella extraña petición, pero solo Sofía se atrevió a poner en palabras nuestro silencioso asombro: pero si a ti nunca te gustó esa vaina, chica – escribió velozmente. Fue casi como oírlo. Más vale que no: se armó un revuelo en el grupo de las primas, mensajes iban y venían y yo, sinceramente, temí que Melisa explotara y nos enviara otra vez unas fotos de sus tetas amoratadas o algo así de tétrico, tal como hizo alguna vez cuando todas contábamos cuentos muy pendejos y ella ametalló con un dichosas-ustedes que anticipaba una hecatombe. Porque lo de ella

era sufrir y atraer el sufrimiento: saliendo de la boda de nosé quién con el amante de turno, la había parado la policía y se había empeñado en que llevaba “alguna droga” escondida en el escote. Le habían metido mano hasta dejarle las tetas de un violeta intenso. Eso fue antes de irse de Venezuela. Las fotos no escatimaban en detalles y, aunque era muy posible que tal cosa hubiera ocurrido, nadie se creía del todo aquel cuento. Muy rara esa metedera de mano, esos morados, escribió, veloz, veloz, Sofía. Rara, ¿por qué? – refutó Melisa, rabiosa. Gabriela protestó: si su hijo le agarraba el teléfono para jugar y se topaba con aquellas fotos espantosas, qué podría ella decirle, qué explicarle. A lo que Melisa respondió que qué era eso de dejar que los hijos revisen los teléfonos. Además ¿por qué evitar ver la realidad tal cual es? Ustedes viven comiendo mierda, creen que todo es amor y paz, qué maricas.

Esa era la misma Melisa que ahora pedía el buda, increíble.

¿Por qué nadie la compadecía por sus tetas manoseadas? ¿Por qué la habíamos abandonado frente a aquel espejo en el que se metía en las tardes, con los ojos maquillados, cuando tenía doce años? Se descubría impurezas. Cada vez que se veía en aquel espejo de aumento se descubría más y más defectos. Poros abiertos, puntos negros, nariz chata, dientes de sierra. Allí se maquillaba y se sacaba las cejas, y las liendras, y los últimos piojos de la infancia. Se miraba impurezas reales e imaginarias, mientras nosotras seguíamos siendo bellas, con la belleza que otorga la infancia y la inconciencia. Lejos de los espejos. Nosotras jugando en el descanso de la escalera con el buda, con el pianito desafinado, con las barajas españolas, con la ténpera, mientras ella se hundía en la superficie brillante del espejo de aumento, como un cisne metiendo la cabeza en un lago venenoso, y entraba así en el deformado horror de su cutis, de su cabello duro, de su boca reseca. El monstruo de la laguna negra. Era la más bella de todas, Melisa, pero no lo sabía. Hundida en supuestos defectos exaltados por el espejo de aumento.

Todavía no enviaba ningún mensaje-bomba de esos que solía escribir cuando se enfurecía, pero se sabía que pronto comenzaría a teclear atrocidades e incluso a enviar mensajes de voz larguísimos, con el ruido de sus hijos de fondo. Dos niños malcriados que no hablaban español y con los que nadie podía comunicarse. Ni siquiera ella. Quería ese Buda, recalcaba Melisa. Había tantas cosas en aquella casa que eran de ella, de su historia particular, de su niñez, y quería tenerlas cerca. Sofía, rapidísimo, le refutaba: pero chica, si esa era la infancia de todas, decía, aunque era la menor y no recordaba algunas cosas. Gabriela, por su parte, se sentía con el deber de moderarlas porque había sido de ella la idea de armar el grupo para no sentirse tan sola en Caracas, ahora que todas nosotras estábamos lejos, en cualquier parte. Melisa insistía: era su infancia. Ese buda de jade o de lo que fuera, con el que nunca había jugado en las últimas vacaciones de agosto que pasó en la casa de la abuela, era su infancia. Lo que deberías pedir es aquel espejo de aumento donde te mirabas día y noche, en lugar de estar jugando con nosotras, escribí e inmediatamente cerré el teléfono. La respuesta-bomba le caería a las otras. No le podía dedicar más tiempo a ese revuelo familiar. Por mí que se quedara con todo. En el otro lado del mundo donde me encontraba ya era de madrugada y dentro de pocas horas debía levantarme para ir a trabajar. Así que me fui a dormir, aunque en realidad me quedé dando vueltas alrededor de aquel buda sonriente.

Coño, pero si Melisa nunca había jugado con aquel buda, no sabía de su siempre risa, del frío del jade, de los huequitos en la piedra donde se le acumulaba el polvo a pesar del manoseo. ¿Y si ese polvo lo trajo de China? ¿Y si aspirarlo era lo más lejos que podríamos viajar? Nada podíamos imaginar de las vueltas que da la vida en aquellos días. A la china poco la veíamos porque siempre estaba en la cocina de aquel restaurante con nombre de dragón, pero a sus hijos sí. Un niño y una niña que olían a canela. Los veíamos en el patio de atrás, jugando entre las bombonas de gas.

Un patio encementado, sin ningún verde. Todo gris, incluso las bombonas. Los veíamos desde la terraza, a donde íbamos cuando la abuela se descuidaba. No le gustaba que estuviéramos allí por la altura, por el humo negro de los autobuses o quién sabe. Melisa no sabía de nada de eso porque siempre estaba peinandose, huyendo de nosotras, maquillándose a escondidas. Gabriela, Sofía y yo les gritábamos a los chinitos y ellos nos gritaban de vuelta. Ese era nuestro juego, hasta que la abuela nos sacaba a escobazos de la terraza. Entonces volvíamos al descanso de la escalera a turnarnos para acariciar al buda, a acurrucarlo mientras planeábamos qué compraríamos con el dinero que nos concedía. Pasábamos toda la tarde sobando aquella barriga de jade. Dinero, dinero, dinero. También pintábamos, brincábamos o lo que sea. Siempre en aquel rellano, en su granito frío que imitaba al mármol, ni arriba ni abajo.

Pero aquel no era Buda, el verdadero, sino un monje sonriente que a todo respondía con una sonrisa, o una carcajada, y que cargaba una bolsa de tela llena de nada, de la que podía sacar de todo. La abundancia. Su alegría provenía de sí mismo, había dicho la abuela, con un libro de Conny Méndez en la mano. Un monje de abundantes carnes y pliegues, eso sí, incluidos los pliegues de su escasa túnica. En aquellos surcos, el polvo de la China. En un bosque de la China la chinita se perdió le cantábamos a la chinita cuando su hermano la dejó sola entre el cemento y las bombonas. Un día apareció vestido de mesonero y nos pintó una paloma, con furia, porque nos reímos de él, de su ropa que le quedaba grande. Desde entonces ya no salía al patio trasero y ella jugaba sola. Teníamos que rescatar a la chinita de aquel bosque de cemento, invitarla a jugar en el descanso de la escalera. Le lanzábamos invitaciones pegadas a metras, le mostrábamos el buda. Gabriela pensaba que había sido por el buda que la chinita finalmente se había decidido a visitarnos, pero la verdad es que fue lo que menos le interesó. Se perdió en el espejo, en los ojos enormes de Melisa: quería que la maquillara así, que le abriera

los ojos a fuerza de rímel. Decía que era chinita de Maracaibo. Era mayor que nosotras, aunque parecía una niña.

Entonces volvimos a nuestros juegos. Sin la chinita, sin Melisa, claro, y por supuesto sin el chino que nos pintó la primera paloma de nuestras vidas y desapareció, vestido muy formal: pantalón negro, camisa blanca, libretica mínima en el bolsillo, lápiz detrás de la oreja. Decía Gabriela que lo había visto atendiendo mesas una vez que acompañó a la abuela a comprar arroz chino para llevar y que él se había hecho el loco para no saludarla. Desde la terraza solitaria veíamos el jardín encementado y vacío.

Volvimos al buda. Dinero, dinero, dinero. Nos compraríamos barajitas, llenaríamos todos los álbumes habidos y por haber, con el premio viajaríamos y nos perderíamos en un bosque de la China, con la chinita o sin ella. La barriga de jade brillaba, pulida por manos olorosas a sudor y a ténpera. Pero qué sabía de todo eso Melisa, si en aquella época ella estaba perdida en el espejo, sacándose las espinillas. El espejo de aumento, donde sus ojos verdes parecían los de un gato enorme. Allí entraba y se extraviaba en un sendero de ojos de gatos y flores como bocas. Gestos adultos, adustos, astutos. Horas mirándose sin encontrarse, o encontrando a la que sería luego. Estaba lejos de nosotras, eso sí. Lejos de sus amigas de la escuela. Lejos de su casa y de sus padres (aunque estos poco le importaban). en el exilio de las vacaciones en la casa de la abuela. A veces maquillaba a la chinita, pero igualmente se aburría. Julio y agosto perdidos.

Qué largas eran las vacaciones para Melisa, qué cortas para nosotras. Cada vez que llega un mensaje de ella no puedo evitar recordar sus ojos felinos en el espejo de aumento. Evito mirarla con detenimiento en fotos actuales, para solo recordarla como la dueña orgullosa de aquellos ojos maquillados y verdes de la última vacación que pasó en la casa de la abuela hace años. Aquellos ojos y no aquellas tetas. Sofía piensa que fue el amante

de turno quien se las dejó así. En una época estábamos siempre juntas, pero aquel agosto nos separamos: ella en el espejo, a veces haciéndose bucles, a veces rolletes; yo en el descanso de la escalera, en ese lugar en el que no se estaba ni arriba ni abajo, esa meseta, comandando a las primas menores. Nunca nos mirábamos, Melisa y yo. Apenas un refulgor de sus ojos enormes en el ovalo plateado cuando abandonaba mi reino para ir al baño.

Gabriela se ofreció a ir a rescatar al buda. Pobre Gabriela, tan servicial y conciliadora. La casa de la abuela estaba tomada por Gerardo, el único primo, y todos sus amigos. Era un mar de cables y computadoras. Y colillas de cigarro, y latas de cerveza, y cenizas y vapores y hookas y bolsas grasosas con lumpias y salsa agrídulce endurecida por el tiempo y vaya usted a saber. Incluso, inhaladores para el asma, por qué no. Gerardo no contestó a ninguno de los mensajes que Gabriela le dejó antes de ir. Apenas le abrió la puerta, le habló desde una ranura. Su barba, su cara era un asco. Y pensar que de niño... Que la casa era un desastre, dijo, que volviera mañana. Pero Gabriela empujó la puerta con fuerza y entró. Los muebles deshechos, rajados por perros o gatos (aunque no había visto ni lo uno, ni lo otro mientras estuvo allí), los cuadros ausentes (no eran ni bellos ni originales, no creo que los haya vendido – contó en un mensaje más tarde en el grupo), la cocina engrasada (aunque nadie cocinaba, como se podía suponer tras ver todas las cajas de pizza, los envases de comida china, las bolsas del *take away*). Sin embargo, en la sala de estar, donde estaban la mayor parte de las computadoras, todo estaba brillante y lustrado. Tan solo la maraña de cables que, no obstante, parecían también seguir cierto orden.

¿Qué buda? – dijo. Él nunca lo había visto. Ni ahora, ni antes. Era mucho menor y era ajeno a nuestros juegos. Siempre ajeno a nosotras. Ni en la escalera, ni en el espejo. Quién sabe dónde estuvo de niño. Ahora estaba instalado en la casa, dueño de las cosas de la casa, y de la infancia de todas. Mi infancia, había dicho

Melisa. Nuestra infancia, había reclamado Sofia. Gabriela había querido hacer las paces, hablar de otra cosa, no sólo por ser la de la idea de armar ese grupo y creerse la moderadora, sino porque vivía de las remesas que ambas primas le enviaban desde países diferentes. Yo no podía enviarle nada a nadie.

Pero ¿Melisa qué va a hacer con un buda? - preguntó Gerardo mientras acompañaba a Gabriela a buscar la figura verde de jade por toda la casa. Si ella ... comenzó a decir, pero se quedó callado. En lugar de estar opinando sobre Melisa y su supuesto arranque místico, seguramente se dedicó a esconder la marihuana o evitar que la mirada de Gabriela llegara a ciertos espacios. Las computadoras ronroneaban, se escuchaban por todas partes, de vez en cuando un tipo desgarbado les revisaba algo. Estaban dispuestas sobre repisas de metal y pocas tenían pantallas. Había algunas también en el descanso de la escalera, Gabriela nos envió la foto. Sin cables ni electricidad, sin uso y seguramente descartadas. Toda esa chatarra en mi santuario, el espacio en el que yo era la reina y la custodia de la figura de jade de aquel monje que no era Buda, pero que se elevaba sobre todas las tragedias, el hambre, el sufrimiento y las calamidades, con su risa y, sobre todo, nos concedía deseos: dinero, dinero, dinero.

Lo de Melisa no era un arranque místico, eran solo ganas de joder. Que mandara a buscar aquel espejo de aumento en el que se perdió para siempre en lugar de querer apoderarse de nuestro buda. Melisa a través del espejo y lo que encontró allí (nunca lo sabremos). Sus ojos gatunos, su risa desconectada, las sierras de sus dientes, el dolor de arrancarse las cejas, tal vez. Su imagen desproporcionadamente grande en el óvalo plateado todas las tardes de aquel último agosto. Yo la veía desde lejos, a veces quería que me maquillara a mí también, pero eso nunca sucedería. Otras veces extrañaba sus juegos de antes, todas las horas que pasamos juntas en vacaciones pasadas. Ella también me veía a través del espejo, de refilón, mientras yo iba al baño o bajaba a la

cocina. Una mirada de cejas depiladas y párpados violeta como aquellas tetas de las fotos. De alguna manera nos encontrábamos brevemente en aquel espejo. En un bosque de la China la chinita se perdió como yo andaba perdida nos encontramos las dos. El encuentro era ese breve destello. El breve destello de sus ojos en mis ojos que luego se apagaba tras una capa más de sombra violeta. Desde entonces fue otra, cada vez más lejos de nuestra meseta. Y ya no volvió en ningún otro agosto.

Gabriela no encontró al buda, o por lo menos eso fue lo que nos escribió en un mensaje llenos de signos de exclamación. La casa ronroneante, la sala de estar llena de cables, la salsa agridulce. Zombis saliendo de los cuartos, los amigos de Gerardo. Envió un mensaje de voz larguísimo con todos los detalles de su búsqueda. Había “levantado cada piedra”, y de tanto que había revuelto cosas, había terminado ordenándolas. No había encontrado a nuestro buda, ya no sería ni de Melisa ni de nadie, no estaba por ninguna parte, había desaparecido. Gerardo nunca lo había visto, tal vez antes de que él se mudara allí alguien se lo había llevado por lo costoso de aquel jade verde de la China. Gabriela había revuelto todas las gavetas y los closets en los que todavía estaban las cosas de la abuela, conviviendo con los cables y las computadoras, pero no había encontrado nada. Yo no podía evitar pensar en “la pata mocha”, en sus manos de niña acariciando el muñón verde con insistencia y con culpa, pero no escribí nada. En el otro lado del mundo donde me encontraba ya era de madrugada y dentro de pocas horas debía levantarme para ir a trabajar.



# La sartén, el mango

---

*Nicolás Melini*



Ella era mejor que él. No mejor mejor, pero sí. Cómo comparar. El mero hecho de ser española le confería un estatus en el mundo, eso había comprendido. Además, ella tenía sus derechos, había hecho una carrera, tenía una profesión. Era una persona mucho más libre. Sobre todo eso. Al fin y al cabo, él era solo un vendedor ambulante. Lo había conocido vendiendo en la acera. Saber que él se encontraba vendiendo en la calle Orense, prácticamente a la puerta de su casa, mientras ella había ido a trabajar no muy lejos de allí, en una oficina encerrada... Conocía al público para el que Bouze trabajaba, ella misma era el público para el que él trabajaba. No podía fiarse un pelo. Era imposible que no se dieran cuenta de lo alto, fornido, amable que él era. En cuanto se acercaran a preguntar por uno de aquellos «bolsos de marca» apartando todo temor o prejuicio hacia él (si acaso es que aún conservaban alguno) comprenderían que se trataba de una buena persona. Y él, para arreglarlo, aun les sonreiría y hablaría con su voz ronca, penetrante, con acento y fallos clamorosos de vocabulario y gramática, desvalido y, sin embargo, sereno y confiable, para el desconcierto de todas las españolas que se detuvieran a mirar uno de aquellos bolsos. Era un misterio demasiado atrayente para pasarlo por alto.

Él tenía que darse cuenta de lo que tenía, valorarlo. Por eso le decía: No me falles, date cuenta de todo lo que estoy haciendo por ti. Pero él se quedaba mirándola como si pensara: De qué hablas. Y ella misma se comprendía presionándolo burdamente, chantajista, y lo peor es que no surtía efecto —o surtía el efecto contrario al que ella hubiese querido—. Lo alejaba y, al sentir que lo alejaba, tenía el impulso de abrazarlo desesperadamente, no quería que se le escapara esa mínima distancia que acababa de producirse entre ellos (aunque se contuviese). Tenía que reprimirse para no demostrarle su debilidad, aunque también eso parecía inútil. Siendo ella mejor —no mejor mejor, no era eso—, estaba completamente enamorada.

Esa misma mañana, Bouze le había insinuado que ella no lo quería bien. Eso la desgarraba por dentro. Según él, no estaba haciendo todo lo necesario para que él regularizase su situación en España. En otra ocasión había sido más explícito: Elena, yo no soy tu marido. Aquello le había dolido. Qué más quería. Se quedó sentada sobre la cama, mirando alrededor, su casa, ¿acaso no le estaba dando la mejor vida que él hubiese imaginado? Él roncó. Pero ella no pudo pegar ojo en toda la noche. Hacía cuatro años que lo había acogido en su piso, cien metros en plena zona comercial. Por las mañanas bajaba a vender allí mismo, y cuando la policía dispersaba a los vendedores africanos, mientras sus amigos corrían hacia la boca del metro, él solo tenía que meterse en el portal. A menudo subía a casa y se estaba ahí tranquilo. Lo único que le había pedido era no encontrar la mercancía en casa cuando regresara de su trabajo, que buscara un lugar donde guardarla, porque le parecía espantoso tener la manta con los bolsos allí en medio, sobre el parqué. Aunque ocupase poco, eso había estado en el suelo, en la calle. No lo quería allí.

Le gustaba aquella obediencia de él. No era sumisión, sino educación. Aceptaba todo lo que ella le decía aunque a menudo no estuviese de acuerdo. Entendía que debía hacerlo. Pero a veces le hacía ver que se estaba pasando, que mejor no siguiera pidiendo aquello o lo otro. Eso la ponía en alerta. Temía estar malinterpretándole. ¿Y si —debido a su buena educación— padecía sin decírselo, sin mostrárselo del todo? Las cosas se acumulan y luego te estallan en la cara y no sabes qué hacer o ya es demasiado tarde, y ella no quería que se hiciera demasiado tarde para ellos, eso nunca.

Ella le había dicho en una ocasión: Desagradecido. Pero tampoco aquello pareció hacerle mella. La despreció con los labios, emitiendo el sonido con el que los senegaleses muestran su hastío. Aquello le dolió más que si la hubiese insultado, porque, al utilizar una expresión de su cultura, se había sentido excluida,

echada de su lado. El desprecio le resultó mucho mayor. No había manera de que ella le respondiese de una forma equiparable. Si ella lo imitara (aunque él le hubiese enseñado) no podía menos que resultar ridícula.

Pero qué más... Toda ella y lo suyo debía ser —obligatoriamente— un sueño para él. Pero no parecía feliz (sí lo parecía, pero no lo era del todo), la hacía sentirse rúcana, como si no le estuviese dando ya mucho más que lo que cualquier otra persona le hubiese dado nunca. Él le decía: Después de cuatro años contigo, estoy igual, ¿no te das cuenta? Se sentía taponado. No estás igual porque estoy yo, argumentaba ella. Cuando no me conocías, yo no estaba. La ofendía, pero más ofendido se sentía él cuando comprendía que, para Elena, ella misma era lo que marcaba la diferencia entre ellos. Ponía en valor solo lo que ella aportaba a la relación. Aquello, a él, le parecía muy egoísta. Elena tenía demasiado claro lo que le convenía, por encima de él y de la relación. Porque ambos sabían, en realidad, a qué se refería él cuando decía que se encontraba taponado, en el mismo sitio: ella hacía todo lo posible para que no avanzara. Se aprovechaba de sus carencias con el idioma y de que apenas sabía leer y escribir para no permitirle dar ni un paso sin ella. Pendía de él todo el tiempo, exhibiendo una gran dedicación, ocupándose de todo, desviviéndose por él. Pero eso era lo que le hacía sentirse taponado, impedido para avanzar, obstaculizado, supeditado a ella, al proyecto de ella, como si él no tuviese proyecto alguno, como si él hubiese emigrado solo para encontrarla a ella y nada más.

Lo amaba y lo quería bajo control. Ya no era una niña. Estaba advertida de lo que podía pasar: otras mujeres habían emprendido el mismo camino que ella cuando se habían dado cuenta de lo bien que a ella le estaba yendo con él (por un momento, pareció un contagio vírico, españolas maduras —y otras más jóvenes, «rellenitas»— emparejándose con africanos). Pero a muchas de aquellas otras les había salido mal: en algunos casos, las

habían convencido de que eran lo más importante para ellos y, sin embargo, en cuanto habían podido, se habían casado con otra en Senegal, habían tenido hijos allí y, descubierto el pastel, aún habían pretendido seguir con ellas como si nada. Otros ni siquiera lo habían ocultado, se habían casado en Senegal o Gambia contra la voluntad de sus parejas españolas. Y luego, allá ellas si querían romper.

Ella sabía que debía hacer todo lo posible para que él no regularizase sus temas legales. Su felicidad dependía de ello. Demasiada libertad. No era ninguna idiota a la que poder utilizar. Además, querido, yo también he hecho muchos sacrificios por ti; estás en mi familia, tuve que enfrentarme a muchas cosas, tú lo sabes, al principio no fue nada fácil. Todo lo planteaba, pensaba Bouze, como si estar con él fuese un sacrificio, pero desde el principio él sabía que no sería para tanto. Y, de hecho, no lo había sido en absoluto: apenas unos prejuicios que ambos sobrevolaron (sin necesidad de hacerles mucho caso) y que acabaron desapareciendo sin que hubieran tenido que hacer nada al respecto. Al hijo de ella, de quince años, le había venido muy bien que él estuviera con ellos; tanto el chico como la madre de ella lo adoraban. Él les había hecho la vida un poco mejor. Con el niño, Jaime, tenía una complicidad de colegas. Ella se lo agradecía continuamente porque había visto el cambio que había dado el chico, de la rebeldía más idiota a la fluidez de sentimientos y el cariño hacia él y, también, hacia ella y su abuela. La abuela solía decirles que «eso», Bouze (aunque el nombre lo pronunciase de un modo que resultaba risible), sí era un hombre, y no el pánfilo de su exmarido, por muy abogado que fuese. Y se echaban unas risas porque al pobre Carlos había que darle siempre algún rebencazo para exorcizar el daño o resarcirse del abandono. Aunque a él no le gustaba: Carlos era el padre de Jaime, se merecía un respeto, no estaba bien decir según qué cosas delante del chico. Bouze sufría por él. En Senegal esas cosas no se hacen, solía decir.

No era justo, pensaba él, que Elena lo tratase como si fuese un paleta, aunque tuviese dificultades para arreglárselas con las instrucciones de su móvil. Sin ella hubiese salido adelante igual, hubiese hecho casi todo del mismo modo, sin problema. ¿Creía que no se daba cuenta? Con la excusa conseguía libre acceso a toda su vida. Ella estaba en todo. No tener un mínimo resquicio le resultaba humillante. Bajo control, lo convertía en una persona dependiente de ella. Un hombre dependiente de una mujer. No una pareja, no un compañero, no un marido. Y ella no estaba dispuesta a renunciar a nada. Lo quería todo: a él (como siempre, como el primer día, al máximo y para siempre) y el control de todo lo que él hacía.

El otro día vi que un primo tuyo te había saludado en Facebook... Ella no había podido averiguar qué se decían porque habían tecleado todo en wolof (con alguna expresión en francés, pero insuficiente para descifrar lo que se habían dicho). Eso la ponía muy nerviosa, el wolof. Bouze apenas sabía leer y escribir, pero luego era capaz de comunicarse por el chat privado del Facebook y enviar mensajes de texto. Ese era el tipo de analfabetismo de él. Y tener acceso al internet de su móvil, porque había sido ella la que había contratado la línea y puesto en marcha todas las aplicaciones, tampoco ayudaba mucho. A él le daba igual. No ocultaba nada. No le ocultaba nada. Pero no le daba igual su actitud: que lo controlase. Al principio, tal vez le agradara un poco. Quizá entonces le pareciera un signo de implicación con él. Una consecuencia más de lo mucho que lo quería. Y entonces no era molesto. Pensó que se le pasaría, solo tenía que comprender que no tenía nada que temer. Pero luego resultó que ella no dejó de temer nunca, porque además estaban todas aquellas amigas que la predisponían a desconfiar. ¿Sabes lo que le hizo tu amigo Mois a aquella chica? Sí, lo sé, y está mal, respondió él. Pero yo no soy Mois. Además, Mois nunca fue amigo mío y lo sabes.

Cualquier cosa que hubiese hecho un africano pasaba directamente a una mochila que debía pesarle; como si él no fuese un ser humano singular. Aquellas historias eran veneno para la relación. Pero él no quería ni negarlas ni ocultarlas ni disculparlas (ni condenarlas tampoco, pues eran cosas que sucedían entre adultos, normalmente entre mujeres españolas diez o quince años mayores que los senegaleses con los que se emparejaban). «Aquella chica» tiene tu edad, sabe lo que hace, se iban a casar con la condición de que ella le daría un montón de dinero y compraría un coche para él y otro coche y una moto para sus hermanos, para enviar a Senegal, y, en el último momento, habló con él porque no le parecía bien. Él conocía a otra que estaba dispuesta a eso y más. Al mes se casó con la otra, que le dio un montón de dinero, compró tres coches nuevos para llevar a Senegal, otro para él, y además le dijo que si quería casarse allí con otra, para ser padre y tener una familia, lo comprendía, pero que nunca la dejara sola. Parece que era mejor trato, ¿no? Ni se te ocurra, le decía ella, pensar en la posibilidad de que yo te permita tener otra mujer. Era entonces cuando él se callaba, mirándola con pena, y su silencio la destrozaba por dentro. Ella temblaba ante aquel silencio que evitaba evidenciar la realidad de lo que estaba pasándoles. Por fin él decía alguna cosa: Yo no soy tan ambicioso. Además, no te he pedido dinero y sigo bajando a vender en la calle como el día que te conocí.

Pero ese era otro tema. Elena quería que Bouze dejase de vender en la calle. Cuando él le preguntaba por una alternativa a eso, ella decía que él no tenía ninguna necesidad, que mientras ella estuviera no le faltaría de nada... Pero eso, a él, no lo convencía. Mientras yo esté..., siempre le decía aquello, mientras yo esté. Según ella, todo se reducía a ella. ¿Ser, en la vida, solo su pareja? ¿Quedarse en casa? ¿Depender de ella para todo? ¿Pedirle a ella hasta el dinero que enviaba a casa todos los meses? ¿Solo para que ella estuviese tranquila? ¿Solo para que no temiese? Esa parecía ser la lucha de Elena. Y, si lo conseguía, una vez que él estuviese a su entera disposición, ¿qué sería lo siguiente?

No se iba a dejar. No se había jugado la vida para alcanzar España y luego no cumplir con sueños y obligaciones. A ella le entristecía mucho que no se dejase en sus manos. Quería relevarlo. De hecho, a ella no le costaba nada ocuparse de él. Pero él no quería que lo relevase. Quería ocuparse él. Y cada vez ser más capaz de ocuparse él mismo de todo. ¿Descansar en ella? Se lo agradecía. Tal vez ella pensó en algún momento que eso era lo que él buscaba, superar ciertas carencias, ascender socialmente, pero ya tenía que haberse dado cuenta de que él no era el único necesitado de la relación: los dos lo eran, ella y él, ambos (aunque sus carencias y necesidades fuesen, posiblemente, de distinta naturaleza), y ese era el pegamento de su relación, así era que se querían tanto.

Cuando ella decidió regresar al lugar en el que él, un día antes, le había vendido un bolso (por entonces separada desde hacía años y con un hijo de diez en casa), había perdido toda esperanza de encontrar a alguien, de volverse a enamorar, de que un hombre la deseara y la amara como alguno lo había hecho veinte años atrás, cuando era rabiosamente joven y deseable. En aquel momento se sentía invisible, camino de la vejez, a pesar de tener tan solo cuarenta y siete años. Pero Bouze le había sonreído y le había hablado y la había tratado con una dulzura que la estremeció. ¿Sería cierto que aquel hombre alto, fuerte, de gesto elegante (doce años menor que ella, aunque en aquel momento aún no lo sabía) la deseara? Por eso regresó y se presentó ante él, temblorosa. Y, para su sorpresa, él pareció haberse dado cuenta de que ella estaba allí, de nuevo, por él, y se hizo invitar, y compartieron una cena agradable en el lugar que ella quiso; una cena financiada por ella, porque él se ofreció a invitarla o —al menos— a compartir los gastos de la cuenta, pero ella no quiso. No le dejó pagar, y, ahora que lo piensa, en aquel preciso instante comenzaron a establecerse las reglas de su relación: se hizo lo que ella quiso porque era lo que ella quería, lo que ella entendía que debía ser, lo que le interesaba. Quería ejercer de mujer fuerte,

no dependiente, mayor que él. Entendía que cambiar algunos de los roles más rancios de las relaciones de pareja era lo que le correspondía en ese momento de su vida; más aún al tratarse de un hombre como aquel, más joven, africano, vendedor en la calle. Y luego lo invitó a su casa, donde estarían solos (su hijo se encontraba con el padre durante aquellos días), cuestionándose aún que fuese posible establecer con él una relación duradera, aunque deseándolo, y preocupadísima por su capacidad —que creía tan mermada— de satisfacerle con un cuerpo que ella ya estimaba demasiado maduro.

Dudó si hacerlo, mejor, en el cuarto de los invitados; pero, en el último momento, lo condujo a su dormitorio. Desnudos, besándose, muerta de deseo, anhelando que entrara dentro de ella —cada vez que entreabría los ojos veía solo la oscuridad de su piel envolviéndola—, cuando llegó el momento de atraerlo dentro de sí se sorprendió penetrada por la negritud toda, con todos sus agravios. Como si, dentro de ella, se hincharan de pronto la esclavitud y la larga lucha por los derechos civiles de los negros en Norteamérica. Así, de golpe. Era como si recibiese dentro de sí el dolor y la infamia, ella misma su destino. Recibirlo a él había sido mucho más que recibirlo a él. Se le juntaron muchas cosas, todo por sorpresa. Fue luego, en los siguientes encuentros, cuando trató de verlo como a un simple hombre; no uno cualquiera, pero solo un hombre, sin color de piel ni historia. Un lujo de hombre, apuestísimo, de carnes duras, atléticas; un hombre joven que la deseaba más (así lo percibía) que aquellos otros que la habían deseado cuando era rabiosamente joven y deseable. El deseo que Bouze le transmitía le provocaba un sentimiento de verdadera lealtad hacia él. Se lo merecía. Y cómo disfrutaba cuando corría a la cocina portando el condón lleno en una mano para tirarlo a la basura. Ese trayecto... Divertida, plena, orgullosa, feliz.

En los cuatro años que habían estado juntos, fueron de vacaciones a Portugal (tanto al Algarve como a Lisboa y a Peniche); a Canarias

(una vez a Gran Canaria y otra a La Palma); esquiaron en Jaca y en Sierra Nevada; fueron también a Marruecos (Casablanca, Rabat, Marrakech), hospedándose en agradables riads. Y cada vez que viajaban juntos era para ellos una suerte de nueva luna de miel. Ella no podía estar más feliz y orgullosa de poder ofrecerle aquella vida; era su forma de honrarlo, lo miraba y comprendía que él debía estarle eternamente agradecido.

Allí donde habían ido de vacaciones —además del sexo, la playa, las cenas en restaurantes, los baños en piscinas, el jacuzzi del apartamento de Jaca o las excursiones en barco por el atlántico—, él no fallaba a los suyos: hablaba con su madre y con sus hermanos todos los días; estaba pendiente de enviarles dinero para la comida del mes, también para la comida extra durante las fiestas (el final del ramadán, la fiesta del cordero); seguía la evolución de la enfermedad de la segunda esposa de su padre; discutía con el hermano encargado de la obra de una nueva letrina para la casa que él estaba financiando y se ofuscaba porque su madre no se tomaba en serio la diabetes: le había enviado dinero aparte para que hiciera la dieta que le había prescrito el médico, pero no había servido de nada porque ella no lo destinaba a su dieta y había seguido comiendo lo que todos.

A Bouze le molestaba que, a veces, por torpeza, pareciera que su origen —la pobreza de Senegal—, jugase a favor de ella; como si ella tuviese así la posibilidad de ser mejor, más buena, más generosa y amable con él y con los suyos. Por supuesto Bouze quería que fuese generosa. Lo contrario lo hubiese expulsado lejos de su lado. Pero es que, a veces, Elena se lo cobraba —o se lo cobraba todo el tiempo, más bien— y lo decepcionaba. Y era injusto, él no podía dejar de pensar que, aquella satisfacción de ella al poder ofrecerle agradables viajes y todo lo demás, era posible debido al aprovechamiento de las desigualdades del mundo. Aquella satisfacción y todos sus tejemanejes para tenerlo a él bajo control eran hijos, en positivo, de exactamente lo mismo

que lo había obligado a emigrar de mala manera, a pie, y a pasar calamidades en varios países. Y la misma razón por la que él seguía siendo «menos» que casi todo el mundo en España. Ella pagaba, él se beneficiaba, y ella se beneficiaba más, porque al placer de tenerlo se le sumaba su satisfacción por haber sido quien lo había hecho posible.

Parece que estés contenta de que mi gente no pueda tener nada de esto, le había reprochado él. No sé a qué te refieres. Te viene bien, te viene muy bien, ¿o no? Pero eso él lo supo desde el principio, solo que había llegado el momento en que había creído necesario que ella se diese cuenta también.

Desagradecido...

No quiero ser desagradecido, Elena.

Una de las razones por las que había querido ir a Marruecos de vacaciones (a pesar de que les había costado un desagradable proceso burocrático para obtener el permiso) era porque quería regresar al país en el que había recibido tanto daño en forma de humillaciones y violencia. Quería pasear por Marruecos como un turista más —esto es, como un ciudadano de pleno derecho— y que no se atreviesen a hacerle nada. Quería mirarlos a los ojos y, quizá, devolver a quien se lo mereciera, aunque de manera mínima, una parte de las humillaciones recibidas. Y así se presentaba del brazo de ella en todos lados, sabedor de que su sola presencia les revolvería las tripas. Elena fue una perfecta cómplice en aquella ocasión. Se refería a él, todo el tiempo, como «el señor». El señor esto, el señor lo otro. Cada vez que ella decía «el señor» sonaba como con una amenaza implícita: más te vale que lo cuides, más te vale tratarlo bien; y él aprovechaba para mirar a los marroquíes con expresión de querer arrancarles la cabeza. Estaba claro que aquellos hermanos musulmanes no eran hermanos suyos en absoluto. Luego, Elena disfrutaba de su cuerpo en las enormes

bañeras de las habitaciones de los riads, sin disimular que le fascinaba, por novedoso para ella —puro exotismo—, el color de su piel en contraste con los colores de los azulejos, las telas, las alfombras, las celosías. En algún momento él se sintió como un prostituto y aquello no le gustó, así que le pidió formalizar la relación por lo menos ante Dios, también para que su familia estuviese tranquila. A la vuelta de Marruecos comenzaron los preparativos para casarse en la mezquita de la M-30. Sería una boda que solo le valdría a él. Ella no tenía por qué practicar la religión. Podía seguir comiendo cerdo, tomando alcohol, etc., a él no le importaba. Y, por supuesto, no tenía por qué vestir el velo. En la ceremonia sí, solo en la ceremonia. Ella le hizo jurar que no tendría que cambiar nada en su vida debido a aquella boda, y él la tranquilizó: No vas a tener que cambiar nada. Por eso cuando él le reprocha, yo no soy tu marido, Elena, haciéndole ver que sigue exactamente en el mismo sitio que cuando llegó, ella lo siente como un bofetón, porque ella sí está casada. Simbólicamente, ella asumió que daba el paso. Otra cosa era que, a efectos legales, en España, esa boda no le hubiese servido a él para asentarse, básicamente, porque no habían completado los trámites ante el Estado español. Pero él lo decía con toda la intención, aun sintiéndola su mujer. La vida está llena de ese tipo de paradojas. Estaban casados pero no lo estaban pero lo estaban.



# El tacto de María

---

*Andrés Neuman*



Para quienes no la conozcan, que todo es posible en nuestro barrio, María tiene: una peluquería lenta, mucho tacto, pocos clientes. Me honra ser, si las cuentas me son fieles, el más antiguo de quienes nos ponemos en sus manos para cortarnos bien el pelo. Eso no significa que uno esté viejo. Pero casi, casi.

Un talento para hablar de todo en general y de nada en particular. Eso tiene María, también. Un encanto que va de lo verbal a lo aromático. Y un pulso como de aire, un no sé qué en la punta de los dedos. En mis tiempos mozos, he llegado a acudir hasta cinco o seis veces por mes a su peluquería, sólo para que ella me amansara un poco los cabellos bajo el chorro de agua tibia.

Si la memoria no me engaña, y reconozcamos que últimamente a mi memoria le encanta engañarme, ese prodigio dejó de ser posible entre mil novecientos muchos y dos mil y pocos. No me refiero al tacto de María, sino a las cinco o seis veces por mes. Sus dedos siguen siendo más o menos los mismos. Mi pelo, en fin.

María tiene: un montón de peines duros, una colección de tijeras oxidadas y una sonrisa luminosa para disimularlo. Los clientes de ahora quieren material nuevo. Máquinas eléctricas. Geles raros. Fotos de no sé quiénes. Yo, qué quieren que haga, prefiero la sonrisa de María. Y ella, no lo digo por presumido, también me prefiere a mí.

Le gusta, creo, espero, cuando llego silbando a su peluquería, me quito el sombrero, cuelgo el abrigo, le hago una reverencia y busco mi butaca. Siempre la misma, la del fondo, lo más lejos posible de la puerta y de las distracciones de ese mundo donde nuestro amor no fluye igual que ahí dentro. Entonces me acomodo, reposo la cabeza, entrecierro los ojos y suspiro:

—Como siempre, María.

Eso hago desde ni me acuerdo cuándo exactamente. Y eso procuro seguir haciendo cuando me resulta posible. Porque, claro: si el tiempo pasa, el cabello ya ni digamos. Los dos se pierden rápido aunque parezcan lentos. Así que, con el caminar de los otoños, sin proponérmelo, empecé a ir un poco menos a la peluquería. Tres, dos tardes por mes. Una solita. Después cada dos, tres, cuatro meses. Y así. Rogándole sin falta:

—Como siempre, María.

Hasta que, pobre cabeza la mía, tuve que conformarme con visitarla apenas una vez al año. A ella. A la guardiana de mis cosquillas. A mi ama y señora esporádica que tiene: zuecos de abuela, yemas de niña.

Me fui acostumbrando a vigilar mi cráneo en cada espejo que encontraba. A ver crecer mi modesto mechón con impaciencia. Impaciente, yo. Él no, ay. Y contaba los días que nos quedaban, a mi mechón y a mí, para volver a ponernos en manos de María. Ella, que sin duda es una dama, jamás hizo el menor comentario. Ni sobre mi pequeño mechón, ni sobre la disminución de mis visitas.

Este año, de hecho, todavía no he podido visitar la peluquería. Por supuesto, ya lo sé, no soy tan tímido —o sí, pero no con María—, yo podría pasar a saludarla con cualquier excusa. Darle charla. Hacer algo de tiempo, hablar del tiempo. O invitarla de pronto, qué vergüenza, a tomar un anís o una taza de chocolate caliente. Sé que la vuelve loca el chocolate. Más de una vez la he visto con las comisuras de los labios tenuemente manchadas.

Pero, aunque me atreviera, no sería lo mismo. Ni en sueños, no, señor. Porque, incluso si ella aceptase —¿aceptaría?—, jamás me rozaría como sólo ella sabe hacerlo. Ni, qué esperanza,

me acariciaría la coronilla desnuda, la frente fruncida, las sienes ásperas, el contorno de las orejas. Y eso es lo que adoro de María. Que además tiene: pocas pulgas para según qué cosas, un marido militar, un montón de discos de boleros.

La semana que viene, como mucho la otra, pienso entrar de nuevo en la peluquería. Lo juro. Sí o sí. Diluvie o truene. Qué le vamos a hacer: mi cuero cabelludo tirita de amor. Me armaré de coraje. Peinaré lo único que me queda, este pelito solitario en el centro de la calva. Avanzaré hasta la puerta, la empujaré silbando algún bolero. Me quitaré el sombrero muy despacio. Colgaré el abrigo. Le haré una reverencia. Buscaré mi butaca. Y entonces nos diremos lo que tanto deseamos decirnos:

—¿Como siempre, don Ernesto?

—Como siempre, María, como siempre.



# Revelar

---

*Giovanna Rivero*



# I

Me he pasado gran parte de mi vida adulta horadando la tierra, dejando huecos como si fueran huellas digitales para un mundo posterior colosal. O quizás solo exiguo. Y, sin embargo, aquí estoy ahora, intentando clausurar un espacio, cerrar a cal y canto una puerta, porque nadie debería abrir una puerta que no va a saber cerrar.

Eso decía siempre Samuel: yo abrí esa maldita puerta y ella solita perdió la llave.

Pero Samuel, para aquel entonces, ya estaba sumido en esa flacidez de ánimo de la que solo mi madre podía sacarlo y sin decir una sola palabra, poniéndole una mano en el hombro mientras él sorbía lentamente su tereré o se afanaba, obsesivo, con una enredadera de tallarines.

La maldita puerta, farfullaba a veces, incluso si sentía la mano de mi madre en el hombro.

Nadie sabía de qué jodida puerta hablaba. La casa era un vejestorio, pero reparábamos con prontitud lo que se averiaba, ya se tratara de goteras o de sorprendivos nidos de hormigas coloradas.

Todo empezó cuando debería haber terminado; es decir, con la muerte de Samuel.

A vos te tocó la cámara, dijo poco después Fran, apretando entre sus brazos, contra su pecho, el pequeño sarcófago de madera con la colección de cuchillos que el testamento le había asignado a ella. Porque eso parecía esa cajita excéntrica, un sarcófago. La cámara, en cambio, permanecía quieta dentro de una bandolera a medida que tenía el cuero desgastado en las orillas. No era su funda original, pero alguien había costurado a mano el doble cuero, siguiendo el

contorno preciso del objeto. Miré el tiro de la bandolera, el color deslucido en la mitad. ¿A qué lugares habría viajado ese aparato antes de pertenecerle a Samuel? Saqué la cámara. Olía a metal, a nada más. El lente principal, con una rajadura al costado, habría visto más cosas que yo mismo. Guardé nuevamente la cámara y pensé en su amorosa inutilidad. La colgaría en la pared como los cazadores colgaban cabezas sacrificadas.

El testamento era, en realidad, una carta de un párrafo escrita a mano y que mi madre nos leyó deteniéndose en cada palabra. Supongo que tenía la idea de que al terminar de leerla su hermano estaría definitivamente muerto. Mientras leía, aún persistía la vida, todavía estaba ahí su humilde obstinación.

Podrías venderla, dijo Fran, quizás comparando mentalmente el valor de la cámara que yo había heredado con la colección filosa y nueva que ahora le pertenecía. No dije nada. Mi prima Fran siempre había sido un poco tonta y no conseguía calcular la sed inconmensurable de un coleccionista, aunque era cierto que por aquellos años no había nadie con ese perfil en el pueblo en el que habíamos nacido y en el que desperdiciábamos nuestra juventud. Luego consideré vender la cámara a buen precio. Podría hacerlo incluso hoy. Se trata de una cámara alemana, una Leica de las primeras versiones comerciales. Samuel explicó que la había comprado en una subasta, en Brasil. Su mínimo portugués no le había alcanzado para entender el relato que la acompañaba, pero había visto en los postores el brillo de la codicia o de la curiosidad ante un objeto que era más que un objeto. Sin embargo, no hubo otra puja además de la de Samuel. La trajo como si contrabandeara un fósil de un Paleozoico tecnológico. Estoy de acuerdo, esta es una cámara que exige trabajo, pues ya no existen muchos lugares para revelado de carretes de celulosa. Uno mismo tiene que aprovisionarse de un cuarto oscuro, comprar los líquidos cada vez más escasos, avanzar en el proceso, cuidando de que la luz no dañe con su impertinencia la imagen registrada en el negativo.

Desde que recibí la cámara, supe que nuestro vínculo no era negociable. Iba a escribir “acepté la cámara”, pero he tenido que hacer desandar el cursor de mi portátil porque las herencias no se aceptan, no hay tal prerrogativa, de alguna manera uno está condenado a recibir el legado que ha sido dispuesto por alguien más. Y precisamente por eso ahora escribo esto (tal vez a modo de un contra testamento), es que no quisiera obligar a quien me sigue en el escueto árbol de esta familia a recibir mis pertenencias. Si las quiere, que las solicite por la vía legal. Mi casa, mi terreno que mira al río y que ahora está tomado por gente extraña, incluso mis perros, que son de raza y constituyen mis verdaderos parientes, todo eso podría pertenecerle a la hija de Fran, mi única sobrina... Si no fuera porque la propia Fran me suplicó que no le dejara nada, que estaban bien así. Orgullo de provinciana. Si pudiera darse cuenta de lo necesitada que luce, con la hija y esos muñoncitos en lugar de dedos, como si fuese una pavorosa flor. Sé que la hija estudia cine y que eso encoge aun más el corazón de Fran, y es que ese tipo de profesiones es para gente que puede gastar su juventud y los recursos de los padres en semejantes saludos a la bandera. He visto un par de documentales suyos –uno sobre la seducción y el ethos de las plantas carnívoras, el modo en que su ectoplasma constituye una trampa, y otro sobre el tiempo que le toma a una araña crear distintos patrones de tejido–, no están mal, solo que la filmación movida con voz en off me parece un recurso fácil. Lo auténtico no necesita de efectismos, pienso. Pero, por otra parte, si está en la sangre está en la sangre. Debe haber un gen de la iconofilia que se nos transmitió como el peor de los males. La propia Fran se casó con un sujeto que se parecía a los actores que hacían de Jesucristo en el cine del siglo XX, hasta que una caldera del restaurante donde trabajaba le explotó en la cara y la magia del amor se fundió en el mismo vaho. Fran no tenía la vocación de la Verónica para cuidar con paños estériles la cara del marido y, sin cara, la contemplación de la esposa se convertía en una tensa

espera en el purgatorio. Por fortuna para ambos, al tipo se lo llevó una sepsis invencible.

Fue Samuel el primero en aficionarse de todo tipo de cosas que tomara de la luz y de las sombras el poder de articular formas. Samuel, creo que no lo dije, era el hermano menor de mi madre y vivía con nosotros porque sí, no recuerdo que alguna vez hubiera tenido que explicar su soltería o sus viajes injustificados a Brasil, de donde traía algunas novedades en las que se le había ido el dinero siempre apretado. En una ocasión, a Fran le trajo un caleidoscopio que terminó por desencadenar su primer ataque de epilepsia –a la luz hay que temerle, dijo entonces Samuel con esa su voz gravísima–, y a mí, un pequeño largavista que me permitía acompañar a un pájaro a una considerable distancia, hasta que se volvía un punto ya indistinguible en ese paño borroneado que era el cielo. Si hubiera estado a mi alcance, probablemente habría hecho añicos al pájaro en mi puño, apretándolo hasta sentir el crujido de sus alas. Ver e intentar destruir eran mis pulsiones más básicas, aunque hoy, después de todo, creo que aquello era un instinto inocente, una manera de saciar lo que luego llegué a percibir como una sed poética –y es que un pajarito no se rehusaría a mi amor/ al nunca incandescente hueso del hombre\*– y que finalmente resultó ser tan solo la necesidad de ver arder los pozos hasta que su resplandor se extinguía, agotadísimo. Yo me quedaba respirando ese aliento del pozo, no importaba si luego, dormido en el camastro del campamento, me sangraba la nariz, atolondrado mi cerebro por el gas metano. Yo había nacido para perforar, para echar a andar la rueda endemoniada de la torre, no para escribir poemas, no para debilitarme.

Samuel no se casó nunca y tampoco parecía empeñado en desarrollar algún tipo de oficio exitoso, algo que le permitiera pasar por la existencia sin despertar ese filo de lástima en la mirada y las palabras de la gente –pobre Samuel, tan humilde Samuel–. El olor a tabaco negro que lo envolvía era, probablemente,

el gesto más violento de su personalidad. Podría haber sido un tipo de los que hacen de su delgadez un punto a favor, pero en su caso, parecía que el espinazo cargaba con mundos invisibles, Atlas casi patético, y allí donde debería haberse erguido la apostura, estaba siempre ese gesto de estar despidiéndose, a Brasil o a cualquier otro sitio injustificado. Vencido prematuramente, con el peso de su cara sobre el cigarro, Samuel, a veces, sin embargo, sonreía. ¿En qué pensás?, le preguntaba la imbécil de Fran, que nunca ha sabido gozar de la contemplación. Y la respuesta de Samuel era la misma: en qué se sentirá huir desnudo. ¿Huir desnudo?, insistía la dichosa Fran. Que venga el Señor y te diga: fuera de aquí. ¡Fuera, he dicho! Y Fran se atacaba de risa. Y a veces yo también. Nos estremecía imaginar la idea de Samuel: huir desnudos. Esos habían sido momentos excepcionales. La mayor parte del tiempo era ceder a la gravedad de sus vértebras y fumar. Lo único cercano a una pasión surgió en la última parte de su vida y que yo no pude registrar tan de cerca porque me había mudado de ciudad para comenzar una carrera en ingeniería petrolera que terminé a duras penas. Por esos años, Samuel se había convertido, quizás sin quererlo del todo, en el fotógrafo del pueblo. Fue idea de mi madre: tenés esa cámara tan linda y la gente siempre necesita una foto para esto y una foto para lo otro. No sería un trabajo sacrificado.

Pero la pasión había durado poco. La gente fue requiriendo cada vez menos sus servicios de fotógrafo por el hecho de que Samuel se negaba a venderles la fotografía con los rollos originales. Pocos valoraban el encuadre, la composición, pero sobre todo la expresión en los rostros, como si por fin, en esas fotografías, cada cual hubiera hecho de los músculos faciales, del brillo de la mirada, del gesto sutil de la boca, la manifestación de algo que hasta antes del flash habría permanecido en una opacidad dolorosa. Nadie se atrevió a reconocer en Samuel a un artista, creían que esa suerte de belleza o de aura que se había impreso en el papel era resultado de una gracia que siempre había dormido

bajo sus pieles y no del talento del fotógrafo, del modo en que hacía de la Leica una extensión de su ojo (usaba el derecho porque en el izquierdo tenía una mácula, fruto del arañazo de un gato). Si él se quería quedar con los negativos, argumentaba mi madre en su defensa, era porque sabía que eran obras de arte. En otros países, hacían exposiciones con esas fotografías cotidianas de gente ordinaria, incluso recibían premios y respeto. En nuestro pueblo, ni las gracias.

Solo algunas personas retornaron al tiempo solicitando los servicios de Samuel. Nuestro tío se negó de manera rotunda. Entonces, suplicaron, devuélvanos las películas. Había desesperación en la súplica, había delirio, contó mi madre, se portaban como los antiguos, decía, creyendo que una foto les había robado el alma. Claro, cómo no –levantaba la barbilla con un orgullo ya inútil, pues su hermano había muerto–, si no pudieron hacerse ninguna otra buena foto en la vida. Yo he visto algunas, de esas que publican en los suplementos de farándula de los periódicos: parecen muñecos tiesos, los ojos secos, los cuerpos desguañangados, sin gracia. Títeres. De qué les sirve la boda suntuosa, el quinceañero y el pastel de fresas, si sus caras empolvadas son eso, caras empolvadas. Las fotos de Samuel eran otra cosa.

Recibí la vieja Leica sin sentir celos por la caja de cuchillos de cabo de marfil y los ahorros destinados para Fran. Me parecía que Samuel me había escogido para recibir el símbolo de un momento de plenitud en su vida. El tiempo probaría que estaba en lo correcto.

Aunque no de la manera en que lo pensé en aquel entonces.

## II

Tardé algunos años en intentar hacer de esa cámara alemana una herencia útil. Mi título en ingeniería petrolera comenzaba a dar frutos, especialmente porque los pozos cercanos a Camiri no dejaban de manar ese vómito negro tan apetecido por las naciones de aquí y de la Cochinchina. Yo no ponía reparos en ser asignado a dobles turnos. Disfrutaba de ese denso desangrarse. Observaba durante horas la capacidad de un hueco de expresarse en sustancia, de volcar su materia con la violencia de un dios nocturno. Lo que ganaba lo gastaba en los bares de la zona cuando tenía baja, me gustaba apoyar los codos en una barra y desentenderme de la noche. Si la circunstancia era propicia, recordaba algún poema y se lo recitaba en fragmentos a alguna mujer y cuando las pestañas de esa posible mujer temblaban, atónitas ante una lengua que yo mismo no comprendía del todo, me metía otro tanto de alcohol, acobardado ante esa punzada, ese dulce dolor. No soy poeta, me apresuraba a decir, solo estoy borracho. Claro que, por otra parte, me aseguraba de pagar sagradamente el crédito bancario por las tierras donde un día me instalaría, no precisamente para respirar aire limpio, no era eso lo que extrañaba, sino que anhelaba un espacio comprado con mi dinero donde pudiera yo también convertir en carbono mi ansiedad de un centro propio.

Regresé a la casa para atender a mi madre en esos días en que a la gente ya se le pronuncia la osamenta bajo la piel de la cara. En los momentos finales de su expiración mi madre quiso revelar lo que siempre la había atormentado.

Ya lo sé, dije, susurrándole al oído, para que no escuchara la enfermera, para que supiera que no había nada que perdonarle. No era mi lugar. Sus ojos siempre me habían visto con atención, a mí y a Samuel, y eso había sido más que suficiente para mantenerme

en pie, a pesar de esa gelatina sombría que ocupaba mi tórax. A veces imaginaba que, en lugar de corazón, yo también tenía un pozo con el poder de vomitar negrura. Puse mi mano en el pecho cansado de mi madre, ella también había respirado desde esa lava durante toda su existencia. Su corazón quería hablar, pero ella lo callaba hasta el último instante.

¿Cómo lo sabés?, preguntó. Los ojos se le agrandaron de una manera que me estremeció. No quería que falleciera sumida en el sobresalto, con esas hendiduras terribles en las clavículas que le provocaba el esfuerzo de asustarse.

Habría muerto así si le hubiera contado todo, de modo que me guardé la verdadera confesión e improvisé otra. Tenía recursos de dónde urdir otra narrativa para nuestra impugnada historia familiar. Dije que el propio Samuel me lo había confesado un día.

Oh, Samuel, dijo mi madre. Los ojos se le apaciguaron. Al rato murió. Entonces saqué la cámara que traía en la bandolera y le tomé una última foto. Iba a necesitarla para terminar de entender, de cavar en el subsuelo de nuestras vidas. Porque cavar era entonces lo único que sabía hacer.

### III

Un cuarto de revelado no es difícil de montar. Recuerdo que Samuel armó el suyo después de que encargara las primeras fotografías tomadas con su Leica en el único centro fotográfico del pueblo. A la semana de que le entregaran las fotografías – las que le había tomado a una familia alemana asentada en una granja en las afueras del pueblo– ese centro cerró. Cuando heredé la cámara y las piezas solas fueron buscando su lugar, hice una breve investigación sobre ese centro para saber si el

dueño había conservado algunos de los negativos obturados por la cámara de Samuel, aunque estaba casi seguro de que Samuel se había llevado a la tumba todo. Y cuando digo esto, lo digo literalmente. Mi madre argumentó que, ya que en vida nadie había sabido valorar su ojo de artista, lo justo era que después de su partida, nadie más reprodujera lo que él había sido capaz de ver desde el fondo de su alma, que se llevara consigo todo. O casi todo. De todas maneras, lo único que pudieron decirme es que el dueño había muerto en el incendio de su local y con él todo el material fotográfico. Cuando los líquidos de revelado envejecían, él intentaba renovarlos añadiéndole algo de soda cáustica, lo que afectaba la calidad y la duración del color de las imágenes sobre el papel, lo cual, seamos honestos, a la gente le importaba poco. No podían distinguir un cuervo de una paloma. Eso era así. En todo caso, al dueño de aquel negocio lo mató la tacañería, dijo una vecina ancianísima, alguien que además juraba odiarlo hasta su próxima reencarnación porque el incendio se había devorado también su tienda de abarrotes. No quise contradecirla, pues cuando todo encajó, supe que era mejor dejar dormidas algunas puertas. Además, las preguntas que no llegué a formularme en toda su indecencia habían quedado respondidas. Y espero que lo estén también para quien quiera pasarse de listo diciendo que es pariente mío, no vaya a ser que quiera heredar lo que no es recomendable heredar.

La pieza en la que decidí instalar mis herramientas de revelado era la misma en la que Samuel había trabajado en sus fotografías durante algún tiempo. Luego de esa fase, digamos, 'pictórica', mi madre le pidió que hiciera algunos trabajitos menores arreglando radios y relojes. Ya no quedaba nada de lo suyo allí. Es cierto que, a veces, después de su fallecimiento, yo pasaba por ese cuarto y un trépano ciego iba buscando lo más oscuro de mi corazón. Casi podía ver a mi tío agachado sobre los aparatos, poniendo el oído en sus parlantes mientras ecualizaba alguna estación, como un profeta que buscara señales, como un Job contenido

en su minúsculo desierto. También yo intenté por automatismo escuchar su voz, tan escasa, hurgando la radio del campamento mientras las altas torres regurgitaban. Pero Samuel ya había dicho lo que podía cuando me heredó la Leica.

Entre mis primeras fotografías registradas con esa cámara estuvieron las que tomé del muro que dividía nuestra casa del terreno contiguo. La luz del sol golpeaba los ladrillos desde el mediodía y agonizaba allí lamiendo los intersticios. Me gustaba el color miel de esa luz. Pasó un par de años antes de que por fin decidiera equipar bien el cuarto de revelado. Hasta ese momento, el clic certero del disparador era todo el minúsculo regocijo al que podía aspirar con el uso de la Leica. Su velocidad de obturación era discreta, de modo que extremaba la rigidez de mi postura para no atrapar más brillo del necesario. Recorría la pared con el lente esta vez como un cazador tras una presa hecha de moléculas de luz, dejaba que la luz me dijera “aquí”. Prácticamente escuchaba ese “aquí” en mi cerebro, y cuando mi dedo índice oprímia el botoncito sentía que no era yo, no mi conciencia, sino mis músculos tomados por ese “aquí” los que decidían detenerse y capturar ese pedazo de realidad.

Tuve que consultar a alguna gente experta para instalar el cuarto. Compré las bandejas, los líquidos, el foco de luz roja. Empezaría a revelar en blanco y negro, protegiendo mi inexperiencia tras ese contraste dramático. Si conseguía adquirir cierta habilidad, quizás me aventuraría con el color. Aunque la idea de quedarme en el espectro del blanco y negro no me desagradaba en absoluto.

Fue hermoso sacar el rollo de su cilindro e introducirlo en el tanque de revelado. Actuar solo con el cuerpo, en la negrura del cuarto, me devolvía a un centro de mí mismo del que había sido desalojado en algún momento de mi vida, no sabía cuándo. Esa primera vez en el cuarto oscuro pensé o imaginé que quizás las horas felices de Samuel habían ocurrido allí, en esa ceguera que,

sin embargo, resumía y potenciaba los relieves luminosos del mundo, de nuestro mundo, de la gente del pueblo, de sus alegrías y pecados elementales. Imaginaba la tensión de esos cuerpos cuando recibían la luz de xenón del flash y cómo esa descarga los había despojado de algo, de una faz, de un azoro irreplicable en la mirada, o por lo menos de un instante de sus vidas, un instante que dejaba de ser íntimo, que se exteriorizaba y se depositaba en el tiempo, o lo que fuera que significara ese magma. Mientras sacudía el líquido en el tanque para asegurarme de que la emulsión se distribuyera por igual, según me habían explicado, sentí que Samuel aprobaba el paso que por fin había dado hacia la práctica casera de la fotografía, una manera de resistir ante una tecnología que prescindía cada vez con mayor contundencia del ser humano. De hecho, sentí algo más: que Samuel estaba ahí, que entre su presencia o energía inexplicable y mis músculos y huesos ocupando un volumen seco en ese habitáculo no había una partícula de distancia. Samuel, su tardía emanación, me cubría como si me hubiera puesto un traje espacial impalpable.

## IV

Creí que el procedimiento estaba errado, que por descuido había introducido un carrito antiguo y, en su película ya quemada, yo había registrado fotografías de la luz cambiante del sol sobre la pared que nacía y envejecía en un solo día. ¿O tal vez el lente rajado había retorcido las imágenes? Mi corazón, sin embargo, no pensaba. Él se había adelantado por unos segundos a lo que estaba a punto de conocer. Las náuseas eran el síntoma de mi ingreso a ese portal. Mientras lavaba las fotografías en la bandeja de enjuague, imágenes que no recordaba haber visto tras los distintos vidrios de la Leica brillaban, húmedas, en toda su flamante definición. Encendí la luz central, tomé con las pinzas los recuadros y los colgué de la trenza de zapato que había atirantado

sobre mi material de trabajo. Acerqué mucho mi cara a esas mis primeras fotografías: lo que veía no podía ser fruto de un error, lo que veía apretaba el tiempo y lo desinflaba, como un abanico de otros siglos que recién se estrenara. Distinguí cuerpos que alguna vez se habían balanceado en una horca y que ahora eran péndulos estáticos y todavía desesperados, distinguí niñas, posiblemente despellejadas por algo atroz, químico, demasiado humano. Vi huesos cuya procedencia ya no importaba, eran joyas brillantes y definidas, eran un núcleo profanado. Y vi animales con partes de otros animales. Y, en el cielo, un gran paraguas de eterno horror.

No sé cómo pude seguir respirando al salir del cuarto oscuro. Miré la pared, el sol todavía la ametrallaba. Vomité con ambas manos apoyadas sobre ese lienzo terrible.

Cuando por fin revelé la fotografía que le tomé a mi madre segundos después de su muerte, cuando ya su alma no corría peligro, pude confirmar lo que en el sótano infalible de la conciencia ya sabía. La vi. Allí estaba ella, no sé si serena, pero por fin vacía. Y bajo esa imagen que la liberaba vi también sus ojos torturados bajo el peso de su propio padre, ¿nuestro padre? Vi el nacimiento de Samuel y el mío y el de Fran y el de la hija de Fran, toda nuestra abominable genealogía. El útero desgarrado de nuestra madre como una flor por siempre indigna.

He intentado demoler el cuarto oscuro, con todo dentro. Todo. De veras, lo he intentado, pero siempre falla algo. De nada me han servido los años sumiendo la tierra en sí misma, ni mi pericia para manejar trépanos. El cuarto se empecina en su presencia trasera. Mi única esperanza es que la cal y las piedras con las que cada día levanto el muro sean lo suficientemente sólidas, lo suficientemente ciegas, para clausurar esa puerta por esta y todas las generaciones.

(\*) Verso de un poema de Vicente Aleixandre

# La coleccionista

---

*Karla Suárez*



Él era un famoso cantante de salsa. Ella coleccionaba cosas y hacía algún tatuaje. Él estaba casado con una rica empresaria japonesa. Ella tenía un amante francés.

Se conocieron por casualidad. Ella intentaba convencer al empleado de una cafetería de que cinco centavos no determinaban nada en el precio de una cajetilla de cigarros. El empleado, por su parte, respondía con su amplia sonrisa y una rotunda negativa. Los cinco centavos llegaron de una mano que se extendía sobre el hombro de Ella. Ella miró atrás, sonrió reconociendo el rostro y dijo « gracias » mientras guardaba apresurada la caja de Marlboro. Él sonrió y la invitó a una cerveza. Ella prefirió caminar y caminaron.

- La salsa no me gusta, pero te conozco, todo el mundo te conoce.

Todo el mundo lo conocía porque era un famoso de sonrisa agradable y ojos interesantes. Ella no era famosa, su pasatiempo preferido era coleccionar. Coleccionaba copas robadas de distintos bares, corchos de botellas abiertas en fechas memorables, arena de las playas, lápices raros, velas traídas de iglesias del mundo entero y algunas construidas por Ella, coloreadas con medicinas y que usaban como moldes cascarones de huevos, tubos de desodorante, cualquier cosa. Cualquier cosa coleccionaba y hacía tatuajes, a veces, cuando le parecía.

- Tengo un amante francés, viene todos los meses y bebemos vino, me regala libros y velas, es escritor.

Él quiso saber su nombre, por si lo conocía, quién sabe, pero Ella se negó.

- Nunca reveles la identidad de tus amantes, además... es casado, como tú.

Los famosos no tienen vida privada. Todo el mundo sabía de su esposa japonesa y suspiró pensando que la libertad es no tener rostro. Andar por la calle sin que nadie te mire y admire el nuevo carro que acaba de regalarte tu mujer, unos años mayor que tú, esa mujer que ya no te interesa y pasa casi todo el año de viaje, como tú, pero en latitudes distintas.

- Ton, ton -dijo Ella golpeando su corazón-. Te has quedado tan callado, ton, ton, corazoncito triste, yo pensé que todos los salseros eran bien divertidos.

Él quiso ser divertido y la invitó a un concierto, pero Ella detestaba los conciertos de salsa y la farándula de ropas de boutique, y bajarse de un carro que casi nadie tiene y sentir desde la mesa como todos la observan.

- Dime una cosa, ¿qué prefieres, la noche o la mañana?

- Soy músico, animal nocturno.

- ¿El invierno o el verano?

- Verano tenemos todo el año, yo prefiero el invierno y basta de preguntas que de periodistas estoy harto.

- Una más, sólo una, ¿los gatos o los perros?

Él sonrió.

- En casa de mi madre tengo dos gatos: Ochún y Changó.

Ella sonrió mordiéndose los labios.

- OK, no iré a tus conciertos, pero podemos vernos, a solas...

Y se siguieron viendo. Ella esperaba su llamada después de los conciertos y se iban a la playa, lejos de la ciudad. Él le traía copas

y escribía la fecha en los corchos de las botellas que bebían juntos. Luego, y durante y antes y después hacían el amor. Él cantaba baladas a su oído mientras Ella besaba pedacito a pedacito los poros de su cuerpo.

El primer mes que vino el francés, Ella previno la ausencia de una semana.

- ¿Lo amas? - preguntó Él y Ella sonrió sin decir nada-. Si no lo amas ¿por qué no lo dejas y te quedas conmigo?

- Ton, ton, corazoncito egoísta, mi escritor viene para verme, cuando regrese la japonesa también tú tendrás vacaciones.

Él quiso decir algo, pero se mordió la lengua. Al otro día le escribió una canción y estuvo esperando toda una semana. Los meses entonces se construyeron a pedazos, una semana para el francés, algunos días para la esposa japonesa, tiempo de giras, el resto quedaba para estar juntos.

Cierta vez coincidieron en una Marina lejos de la ciudad. Ella bebía un agua tónica con mucho hielo, junto a la piscina. El escritor francés leía tomando el sol a su lado. Él se bajó del carro y caminó con su esposa del brazo. La empresaria japonesa reconoció al escritor y se detuvo. Él reparó en Ella. Su esposa acercó la boca para decirle al oído quién era el canoso de la revista. Él asintió callado, no lo conocía. La pareja siguió andando y al pasar junto a los otros, la japonesa hizo un gesto de saludo al escritor que acababa de alzar la cabeza. Él bajó la vista. Ella bebió su agua tónica. El escritor sonrió molesto por ser reconocido.

De aquel encuentro nunca hablaron. Él prefirió callar. Ella besó los poros de su cuerpo y le hizo el amor en español.

- Ton, ton - dijo Él golpeando el corazón-. Yo te quiero, ¿sabes?

Ella le regaló una vela con forma de caracol.

Una noche llegó muy feliz. Traía un libro que su escritor acababa de dedicarle. Se vendía en toda Europa y en la primera página estaba su nombre. El libro era de Ella y para Ella.

- Lo hace para agradarte - dijo Él-. Yo, de muy buena gana te dedicaría un disco, pero mi mujer querría saber quién eres tú y como dijiste, «nunca reveles la identidad de tus amantes»...

Ella rió complacida, besó el libro y luego besó la boca de su cantante de salsa. Su amante que empezó a telefonarla cuando andaba de giras y le hablaba del frío y de las noches y las botellas que compraba para beber con Ella. Al regresar traía periódicos y revistas donde salía su foto, las críticas de prensa, la promoción de los discos y los lápices raros que se había empeñado en encontrar para la colección de Ella. En uno de esos regresos, la encontró un poco extraña, preocupada.

- No es nada - dijo Ella-. Necesito colores, debo hacer un tatuaje, pero no tengo colores, es muy importante, ¿sabes?

Él la ayudó a conseguirlos e hizo que desapareciera su tristeza. Estaba feliz. Tatuar era algo que hacía sólo en ocasiones especiales, algún día, si él quería podría hacer algo en su cuerpo. Ella no tenía ninguno, pero los hacía muy bien, le gustaba.

Una semana después regresó la japonesa y Él dejó de verla. Su esposa permaneció más de un mes en casa y Él sólo consiguió llamadas telefónicas y una corta visita a golpe de malabares. El matrimonio se convirtió en un hastío donde apenas se alcanzaba la armonía cuando hablaban de próximas giras y contratos. La japonesa lo notó demasiado distante y Él culpó al calor. Percibió que en sus nuevas canciones predominaban las baladas y Él aludió «un bache creativo». Descubrió unas velas extrañas encima del armario y Él se justificó con la crisis energética. En el aeropuerto

lo abrazó, Él besó su frente deseándole buen viaje y dos segundos después de verla desaparecer tras el cristal, montó en el carro y fue a buscarla a Ella.

Pero Ella no estaba. La noche siguiente se encontraron, y estuvieron felices de tocar sus cuerpos. Ella no sabía que la japonesa había partido y contó que no estaba en casa porque conoció a un cineasta español, un tipo interesante con el que conversó largas horas. Él quería permanecer juntos el mayor tiempo posible y preguntó cuándo venía el francés.

- Ya no vendrá más, se acabó - dijo Ella-. Está loco, la última semana dijo que su mujer lo sabía todo, él mismo se lo contó porque quería abandonar a su familia y llevarme a París para vivir juntos, pero yo no quiero, no lo amo, entonces, se acabó.

Él suspiró con cierto alivio nada disimulado y la abrazó muy fuerte.

- Ton, ton, corazoncito loco, ahora te quedarás conmigo.

Ella sonrió y mojó con su lengua la punta de la nariz de Él. Dijo que quería beber un agua tónica y hacer el amor en las sábanas de la japonesa, y fue la primera vez que se amaron en aquel cuarto. Él no quiso que se fuera al otro día, quiso que esperara en casa a que terminara el concierto de la noche. Y así hizo Ella, lo esperó desnuda y con incienso encendido en todos los rincones. Él regresó muy tarde y vertió ron en el cuerpo que lamió hasta emborracharse. En la mañana, aún desnudos y cansados, le escribió otra canción y no quiso que se fuera. Ella no se fue. Desde su casa vio el concierto por televisión donde estrenaba la música hecha a la mujer más maravillosa nunca antes conocida. Ella estuvo feliz y Él regresó amándola.

Luego vino una corta gira a Japón donde su esposa lo recibió con un posible contrato de seis meses por Europa para promover el disco que recién comenzaba a grabar. Él se entusiasmó, pero

no quería a la empresaria japonesa, la quería a Ella. Ella, que lo recibió con una botella de vino español y muchas ganas de su cuerpo, no quiso quedarse esta vez en casa. Él comenzaba a grabar y permanecía casi todo el día en el estudio. Acordaron verse cuando el trabajo diera espacio. Él dejaba todas sus energías en cada canción. Pensando en Ella haría bailar al mundo entero, haría estremecer a la vieja Europa.

El día que terminó la grabación fue a buscarla con flores. Compró una caja de ron, dos de agua tónica y propuso grandes celebraciones. Se encerraron en el cuarto. Él puso la contestadora telefónica y bajó el timbre del teléfono. Ella quemó incienso y se quitó la ropa. Cuando la primera botella estaba casi terminada, Él dijo que tenía una sorpresa.

- Me tienes loco, estoy loco -dijo-. Cambiaste mi vida, me viraste al revés y no es justo ocultar lo que siento... el disco está dedicado a ti, ya están imprimiendo, tu nombre va a salir en la carátula de un disco que se venderá en todo el mundo - sonrió y dio golpecitos en el corazón de Ella-. Ton, ton, estoy enamorado, corazoncito loco...

Ella abrazó su cuello lamiéndole las orejas. Se estremeció porque las manos de Él volvían a recorrer su espalda y la envolvían toda. Besó sus labios.

- Soy feliz - dijo apartándose un poco-. Quiero darte algo muy importante, quiero pedirte una cosa que nos mantendrá unidos para siempre, quiero estar en ti para siempre... déjame hacerte un tatuaje.

Él sintió una emoción extraña y se mordió los labios. Bebió de la botella, casi a punto de estallar de la alegría y aceptó. El dibujo era en la nuca, un extraño dibujo, pequeño, particular. Cuando terminó, estaba borracho y exhausto por la posición de la cabeza

y las tantas horas sin dormir. Ella acarició su rostro, y se levantó a beber agua tónica, mientras lo veía adormecerse.

La gira de seis meses por Europa quedó confirmada para el mes siguiente. El disco estaba a punto de salir. La japonesa vino a ultimar detalles y partió con la promesa de una larga conversación cuando terminara el ajetreo, a causa del raro comportamiento de su esposo en los últimos tiempos.

- Este disco será un éxito, lo sé - dijo Él tendido sobre la arena mirando el atardecer.

- Cambiará tu vida, te lo auguro - dijo Ella, tendida junto a Él.

- Cambiar... - dijo Él y giró su cuerpo para mirarla-. Ton, ton, corazoncito mío... estaba pensando, ¿qué tal si vienes conmigo?, seguimos juntos, al diablo mi matrimonio, yo te quiero a ti.

Ella se incorporó y estiró la espalda. Sonrió.

- Se acabó, yo no te amo.

Él cerró los ojos y volvió a abrirlos. Algo dijo, pero Ella lo interrumpió agregando que además tenía otro amante, no diría su nombre, era un cineasta español, sólo eso. Tampoco le parecía una buena acción eso de abandonar a la empresaria japonesa en medio de una gira tan importante. Él se frotó la cara, no quiso creer.

- Pero ¿y entonces? todo esto... lo nuestro...

Ella le acarició el rostro y se levantó sacudiéndose la arena. Dijo que no se preocupara por acompañarla, no era tarde, y su amante español vendría a recogerla muy cerca de allí. Él se levantó para decir algo pero terminó tragando en seco.

- Ton, ton, corazoncito tonto - dijo Ella golpeándole el corazón-.  
¿Alguna vez dije que te amaba? - besó su mejilla húmeda de sudor  
y dio unos pasos - ¿Sabes?, es que... yo colecciono personas, me  
gusta, es en verdad mi pasatiempo preferido... tú que andas por el  
mundo podrás reconocer mi marca, hay muchos por ahí con ese  
dibujo en la nuca... -sonrió - Y todos son famosos...

Él era un famoso cantante de salsa y la gira por Europa fue todo  
un éxito. Ella coleccionaba personas y les tatuaba su marca. Él  
estaba divorciado de una rica empresaria japonesa. Ella tenía un  
amante.

# El Gran Hotel

---

*Carol Zardetto*

«¿Pero es de verdad terrible el peso y maravillosa la levedad?  
Sólo una cosa es segura, la contradicción entre peso y levedad  
es la más misteriosa y equívoca de todas las contradicciones.»

*Milan Kundera. La insoportable levedad del ser.*



Nos conocimos en una galería de arte. Veinte años menor que yo, hallamos un curioso hilo de conexión: ella vive ahora en un hotel que tiempo atrás fue de mi padre y que ahora se ha convertido en un alicaído edificio de apartamentos. Que ella mencionara aquel hotel me hizo sentir incómoda, como cuando un extraño nos desnuda una parte íntima.

Los años habían caído encima de las cosas y, con un éxito relativo, yo había conseguido construir mi vida apartada de aquel tema. Nuria no lo sabía, pero aquel tema era para mí un pomo cerrado. Fue destaparlo y un perfume rancio salió de allí. Me hizo sentir la textura tosca de esa imponente pared que es el olvido.

Le comenté que ese hotel había sido de mi padre. Reconocí en mi tono un remoto dolor y me molestó que continuara vivo. Escapé de mi garganta con el sabor trágico de los momentos inimaginables. Sí, porque en la experiencia humana existen momentos cargados de estupefacción. Por ejemplo, el momento obtuso cuando hay que reconocer en la morgue el cadáver de un ser que se amó. Ella no percibió mi turbación. Al menos, eso me pareció.

A continuación, me invitó a que nos juntáramos «un día de estos» a conversar del hotel; de aquel que yo conocí, o quizá de ese que ella experimenta ahora. En otras palabras, quería que conversáramos del agua. Porque el tiempo es como el agua, desgasta y deforma lo que toca con su infinito fluir. Ella me pedía que exploráramos la misteriosa cuestión que es la transformación de las cosas.

Acordamos una cita que, intencionalmente, pensé en cancelar a última hora. Pero en la medida en que se acercaba el día, la oportunidad de poner otra vez en palabras aquella historia del pasado ejerció sobre mí su desviado poder de atracción. Fui a la cita y ofrecí ser yo quien pagara la cuenta en un gesto de peculiar agradecimiento por la invitación a abrir mis heridas.

Pedimos una botella de vino. Su mirada es clara, casi transparente. No logro encontrar allí ningún lugar dónde poner pie. Quizá se trata de la diferencia generacional. No reconozco en Nuria las cicatrices que llevo encima. Cada generación tiene las suyas, especialmente en un país que sabe marcar con el hierro de su historia.

Tomamos un poco y caminamos sobre la delgada costra de la conversación superficial. Nuria vuelve a pedirme que le entregue mis recuerdos. No sabe lo que pide. ¿Cómo podría? Siento renovada reticencia en abrir la caja de la memoria. Y me pregunto, otra vez, si me conviene condescender. Mi padre está atado al momento frágil de mi infancia. Quizá debí atender a la razón y no a la pulsión. No venir era sabio, pero ya es tarde.

Un muchacho alto y hermoso se acerca a saludar a Nuria. Empiezo a notar eso en la gente con la que me encuentro: la belleza que está implícita en la juventud. Ahora los jóvenes me parecen todos hermosos, simplemente por su frescura, por la piel sin mácula, por la suave manera en que parecen salir de la tierra como nuevos y brillantes brotes vegetales. Ella se sonroja y se amilana cuando él le habla al oído. Resulta obvio que su mensaje le causa ansiedad. Murmura una disculpa atropellada y dice que necesita salir a fumar un cigarrillo.

La imagen de mi padre me visita ahora con la amplia libertad que me ofrece el rincón penumbroso del restaurante. Me parece un dato extraño que, cuando lo recuerdo, se me aparece congelado en una fotografía. La borrosa ampliación de un recorte de la sección de sociales publicada en uno de los diarios más poderosos del país. Está vestido con impecable esmoquin, la copa de champagne en la mano y los arreglos de gladiolas blancas al fondo. Tenía una contundente razón para celebrar: esa noche se inauguraba su recién estrenado hotel.

Situado frente al Club Guatemala, centro social de las élites económicas cafetaleras, el moderno emprendimiento encarnaba su gran triunfo. Se inauguró en el 54, funesto año de la intervención norteamericana que derrocó al presidente Árbenz. Los autos desfilaban por la séptima avenida entregando en la puerta a los invitados especiales. Aquella noche de gloria, ¡qué lejano se vería su penoso pasado de hijo empobrecido de un inmigrante!

Mi padre nunca hablaba de eso. Pero, a lo largo de los años, fui recibiendo los recortes de su historia. Si la gente fuera discreta, nunca se nos revelaría el relato verdadero de esa construcción ficticia que conocemos como «nuestra vida». A través de aquellos fragmentos descubrí que el hombre rico y poderoso que conocí fue un adolescente que andaba descalzo.

También que mi abuelo era un hombre bohemio, enamorado de las mujeres y de la ópera. Una vana ilusión lo arrastró desde la ciudad de Verona hasta América: multiplicar la herencia que le había sacado a su madre casi a la fuerza. El rompimiento con su familia, los extremos del trópico, las dificultades reales de forjar una mítica finca habían dejado exhausto a aquel hombre deshabitado al trabajo. Afectado por la inquebrantable melancolía, metido en la cama, aferrado a la enfermedad que debilitaba sus piernas, aterrado, se percató con horror de que era pobre.

Mi abuela era pianista y pudo emplearse como répétiteuse para cantantes de ópera y bailarines de ballet. Había sido hermosa, más no lo suficiente para agotar los afanes pasionales de mi abuelo. Como no pudo afrontar la intensa rabia de los celos, cayó en el sedante recurso del alcoholismo.

Aquella pareja de europeos, exiliados en un nimio país de Centroamérica, escaparon juntos de muchas cosas. Pero, su éxito más logrado fue convertirse, por separado y en solitario, en fugitivos de la realidad.

Estoy segura de que mi padre nunca quiso ser como el suyo, al igual que yo jamás quise ser como el mío. Aquella debilidad omnipotente de su padre, lo había hecho sentir que estaba solo en el mundo, que tendría que salvarse. Esa temprana conciencia lo hizo quien era: un hombre fuerte. La mediocridad se convirtió en su fantasma y la debilidad en su enemiga. A los trece años, había iniciado ya su pequeña empresa: vendía aguas gaseosas en una carreta de mulas que alquilaba por día. Era guapo y había aprendido las maneras dulces de su padre. Esos eran sus principales recursos y aprendió a usarlos. Siempre vio lejos... Nada podría detenerlo. El tiempo confirmó aquella visión: años después, en la sección de sociales, mi padre apareció el día de la inauguración del Gran Hotel, triunfante.

La solidez que a él lo salvó del naufragio, a mí me hizo detestarlo. Fue a partir de su portentosa fortaleza que desarrollé fascinación por los hombres débiles y vulnerables. Por aquellos sin disciplina, ni rigor. Hombres sin una columna de hierro que los sostuviera; que se desarmaban y deshacían ante el primer embate de los vientos y salían volando, desperdigados, como un puñado de cenizas.

Lo imagino aquella noche. Escucho su vozarrón, capaz de imponerse sobre las conversaciones de los cientos de invitados, alimentadas ya por varios tragos, llenando el recién estrenado edificio con palabras jubilosas. Tan visionario en los negocios, no pudo presentir que esa ocasión triunfal ocurría justamente en el umbral de un gran infortunio.

Nuria vuelve a la mesa y no sabe si hablar de su encuentro con aquel muchacho. Imagino que serán amantes. O, mejor aún: examantes. Se mira descompuesta, llama al mesero y pide un tequila. Le pregunto qué le pasa, pero ella dice que no vale la pena perder el tiempo hablando de «ese idiota». Para cambiar de tema, le comento mis divagaciones. Hablo de la foto, de mi recuerdo de aquella noche, la inauguración del hotel.

Pero no menciono a mi padre. Hablo, más bien, de objetos: de aquella lámpara de almendrones de cristal que repartía destellos en el salón, de la escalinata de mármol que descendía desde segundo piso como seda blanca. Quizá los objetos puedan construir esos puentes para nuestra comunicación; establecer los mojones de un territorio que cada una de nosotras habitó en tiempos dispares. Lo dificultad estriba en eso: en nuestras experiencias dispares.

Ella se ríe cuando le hablo de aquellas cosas grandilocuentes. La dichosa lámpara desapareció del edificio y el graderío está tan percutido que resulta difícil adivinar de qué está hecho. El amplio pasillo de entrada, profusamente iluminado y aquel magnífico vestíbulo se han llenado de pequeños comercios. Un mínimo salón de belleza preferido por los travestís; una sala de videojuegos que visitan los pegamenteros, ventas de ropa de coreanos y una tienda libros evangélicos. La vieja fastuosidad se arrellanó en la atmósfera popular que florece en el Centro Histórico y se hizo acompañar de olores a orín y a humedad. Nuria se entusiasma al describir aquel ambiente y celebra a los habitantes «del Centro». Seguramente en aquel vistoso entusiasmo incluye a los cambistas de dólares que asedian a los transeúntes frente a las puertas del hotel.

Me parece irónico pensar en los elementos que conforman la fotografía que nos ocupa y de cómo desaparecieron: las representaciones del lujo y el rostro iluminado de mi padre con sus ojos que destellan melancolía. Su presencia también fue removida como un objeto desechable más. Lo hizo el tiempo, esa categoría incomprensible, salvo cuando hacemos recuento de los acontecimientos que trajo. El tiempo hizo de aquella fotografía algo falaz e irrepetible. Falaz porque toda aquella opulencia hoy parece mentira; irrepetible porque mi padre desapareció de aquel edificio tan suyo... y también del planeta Tierra.

Apenas veinte años después, una noche cualquiera, despidió temprano a su chofer y se encaminó solo en su automóvil a la carretera que conduce a la Antigua. En un recodo del camino, estacionó con cuidado y se pegó un balazo. La noticia de su muerte apareció en los diarios. «Prominente industrial», así llamaron a mi padre. El acontecimiento tuvo tanta notoriedad que salió publicado en la portada de un diario.

Parece que se nos irá la noche hablando de fotografías. En ésta no aparece mi padre, solamente un objeto demasiado reconocible para mí: su auto. Me enteré de su muerte por la imagen de aquel objeto suyo, tan personal, abandonado de forma insólita. Cuando la vi publicada, el acontecimiento me pareció irreal, incomprensible.

No me parece justo mencionar a Nuria este pasaje de mi vida. No se trata de convertir la noche, tan joven, en un recuento de bajas. Ella resuelve la situación, porque siente curiosidad por saber más acerca de la vieja fotografía del hotel. A pesar de mis mejores intenciones, es de nuevo la muerte que saca su cabeza en medio de las dos, como alguien que, sumergido en el agua, no aguanta un segundo más sin tomar aire.

Le cuento a Nuria que aquella foto donde aparece la araña de almendrones y la escalinata de mármol blanco, me la entregaron mis hermanos mayores días después del funeral de mi padre, hecho que resultaba por demás lógico, porque cuando fue tomada yo todavía no había nacido y, de hecho, nunca la había visto. Quizá pensaron que sería bueno que una niña de trece años pudiera guardar su retrato más perfecto. Quizá temieron que, a falta de aquella formalidad, yo pudiera olvidarlo.

Me la entregaron, debidamente enmarcada, con solemnidad de hermanos mayores. Fue en aquellos días cuando todo giraba alrededor de las obligaciones implícitas en el hecho de una

pérdida que se planta, ineludible, a medias de la casa. Cuando alguien tan cercano muere, saltan todas las culpas, los vacíos. Los deudos dispuestos a prometer un recuerdo perpetuo, honrar la memoria, mantener vivo aquel cadáver que, indiferente a nuestros ánimos reparadores, duerme dentro de la ostentosa caja vestido de fiesta. Ellos querían que yo, la hermanita menor, me uniera no solamente a los rituales del momento, sino también a aquel coro de promesas.

Yo era una niña alta y flaca transitando ese escabroso pasaje de niña a mujer. Un par de semanas atrás, mi padre me había traído con precipitación de aquel repudiable exilio en un colegio de monjas. No comprendí el gesto súbito después de que me había asegurado de que no volvería a Guatemala por muchos años. Estaba enojada con él justamente por eso.

Mi padre aguardaba en su oficina, flaco, con las carnes del rostro caídas y los ojos sin brillo. Pero se le alumbraron en un auténtico destello de felicidad cuando me vio. Me preguntó con entusiasmo si me había gustado la experiencia del colegio extranjero. Él me había enviado rotundamente lejos de lo que yo consideraba «mi casa» y lo había hecho en contra de mi voluntad. Por esas dolorosas querellas donde yo siempre salía perdiendo, sus preguntas me parecieron una afrenta. Respondí con parquedad. Nos despedimos pronto. Él afirmó que yo estaría cansada del viaje y que, seguramente, mi madre estaría ansiosa por verme. Me invitó para celebrar su cumpleaños la semana próxima. Le dije que sí, por compromiso. Imaginé que sería una de aquellas fiestas familiares que recordaba como un calvario.

El día de su cumpleaños, como acordado, el auto de mi padre llegó a recogerme. El chofer tuvo que volver con el auto vacío. Me quedé con mi gusto: ejecuté lo que entonces imaginé que sería un rosario de rebeliones que marcarían, de ahora en adelante, la resistencia contra su poder. El problema con aquel plan liberador

fue que nunca volví a verlo. La siguiente noticia que tuve de él, fue la fotografía de aquel auto suyo extraviado de su curso y abandonado en una carretera.

Su muerte me golpeó de mala manera. El tiempo entre nosotros se detuvo sin previo aviso. Pasó como en ese juego donde la música suena mientras todos caminan alrededor de unas sillas. Cuando la música se detiene, cada uno intenta sentarse. Siempre alguien se queda sin lugar y sale del juego.

Con su muerte, la música se detuvo inesperadamente y, con estupefacción, me percaté que aquella silla tan segura ya no estaba allí para sostenerme. Ahora estaba fuera del juego y sin interlocutor para dilucidar qué había significado nuestra relación.

Vuelvo a Nuria. ¿Será que se arrepintió de la absurda decisión de salir esta noche conmigo? Me creará una mujer taciturna. ¡Ella es tan joven! Pienso en agradarla. Hablar del esplendor, los años cuando se hospedaban allí grandes figuras: María Félix, la Tongolele, Cantinflas, hasta Ronald Reagan, cuando fue actor. Era el primer hotel de cinco estrellas de la ciudad, le comento. Nuria no parece interesada. Va directo a la yugular y pregunta: ¿cómo empezó la decadencia?

Quiero distraerla de ese lugar difícil. Comento sobre el menú del bar, mientras mastico esa pregunta crucial. No puedo decirle de golpe que la decadencia de mi padre y, quizás, su muerte fueron la consecuencia de un evento detonante, una causa raíz: secuestraron a mi hermano. Aquel dato funesto salta como un horrendo payaso impulsado con un resorte de una caja de sorpresas. No hablaré de eso esta noche. No volveré a pensar en ello jamás. Le pregunto a Nuria por qué vive en ese lugar, queriendo en mi cabeza borrarla de aquel hotel como si tratara de un dibujo equivocado y perverso.

Nuria pide una segunda botella. Mientras la bebemos habla de los habitantes del hotel, de las sombras que atraviesan por las noches sus pasillos, de la terraza donde se percibe la muerte impune y el miedo de la gente que asaltan en la calle. Me cuenta que sale a esa terraza en la madrugada cuando la asfixia la pequeñez de su cuarto, a fumar un cigarrillo tras otro. Yo bromeo con ella, le digo que quizá la ahoga la presencia fantasmal de mi padre. Quizá la verdad es que soy yo a quien ahoga recordar la agonía de su fracaso.

Ella pasa a otra cosa. Me cuenta que se vino a la capital hace un par de años. Ésta es una ciudad cruel, afirma. Le digo que no se engañe. Que todas son crueles. O, más bien, que las ciudades son crueles y benevolentes. Que quizá depende de a qué extremo de esa cuerda se acerca cada uno. Nos quedamos un buen rato en silencio. La noche se desgastó de pronto, dejando frente a nosotros sus despojos: las botellas vacías, los restos de comida, los hilos deshechos de una conversación. Nuria quiere irse a dormir. Caminamos juntas hasta la puerta del viejo hotel que es ahora más suyo que mío. Quiero despedirme en la puerta.

Pero Nuria me toma del brazo, me lleva dentro. Nos tomaremos el último, invita. Entramos a su cuarto. No hay tal trago, enciende un cigarrillo de marihuana. Lee sus poemas para mí. Yo me dejo llevar por la letanía, sin buscar el sentido de las palabras. Luego, conversamos a oscuras. Nuria quiere jugar a que este es el mismo cuarto donde vi a mi padre por última vez. Me pregunta ¿qué fue lo que nunca le dijiste? ¿Por qué asumes que hubo algo? Quiero escabullirme, pero ella es sabia. Responde que uno siempre deja algo importante que decir hasta que se vuelve demasiado tarde.

Las palabras no me salen de la boca. Ella me entrega un papel: ponlo allí. Nadie tiene por qué leerlo. Escribo la palabra papá y el corazón da un vuelco. Luego la palabra perdón y tiemblo. A partir de allí, las palabras caen con fuerza inhumana. Le explico a mi padre que guardo en mi cabeza la infantil fantasía de que, si yo no

hubiera abierto la puerta aquella tarde, si no hubiera permitido entrar a los secuestradores de mi hermano con tanta cortesía, todo el horror jamás habría acontecido. Todos los sucesos futuros y funestos estuvieron atados a ese precario instante que yo eché a andar con descuido.

Yo podría haber crecido junto a mi madre y él podría haber seguido con su vida de hombre joven, hermoso y triunfante. Si yo no hubiera abierto esa puerta, la historia no nos hubiera tocado. Es una fantasía, es infantil, pero también es la verdad de mi memoria. Le confieso también que su muerte me pesa, que no hallo cómo olvidarla, que, de una manera confusa e imperfecta, lo quise.

Nuria toca mi brazo. Dejalo ya. No se trata de engolosinarse con una fantasía masoquista. Vamos a quemar tu confesión para borrarla del planeta. Primero prendió fuego la palabra padre y, en fluida sucesión, la palabra perdón y la palabra jamás. El papel completo sucumbió a la belleza de las llamas. El relato recién nacido, se volvió cenizas.

Amaneció y era hora de irme. Quería desaparecer antes de que terminara la sensación que tenía adentro. Había destronado un mal recuerdo. Agradecí la liviandad que eso trajo... la gocé por un rato. Pero al salir, cuando el viento de la mañana me golpea, solo quiero una cosa: recuperar el peso de aquella historia. Sí, quiero la deformidad de la cicatriz. Ese dolor incómodo me resulta familiar. Y, me une a mi padre.

La séptima avenida es una línea gris y solitaria. Me parece ver de nuevo los enormes automóviles de los años cincuenta dejando en la puerta a los invitados de un hombre que celebra. Yo me siento, con renovado fervor, la niña que ese hombre tomaba de la mano para atravesar la calle.





# Léebi Benengeli



Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara | Nicolás Melini  
Andrés Neuman | Giovanna Rivero | Karla Suárez | Carol Zardetto

Dakar, 2025





Léebi **Benengeli**



# Léebi Benengeli



Pilar Adón | Natalia García Freire | Liliana Lara

Nicolás Melini | Andrés Neuman | Giovanna Rivero

Karla Suárez | Carol Zardetto



**Instituto  
Cervantes**

### Léebi Benengeli

EJO éditions – 2025

Keerëru siiwal:

EJO éditions

### Instituto Cervantes

Ndjiit bou bou djeuk:

Luis García Montero

Beukeu nèèk:

Carmen Noguero Galilea

Ndjiitou caada:

Raquel Caleyá Caña

Bind ak Xalaat:

Juan Carlos Méndez Guédez

### Instituto Cervantes Dakar

Ndjiit:

Concha Barceló Estevan

Saytukatou caada :

Javier Mantecón Botella

**Tekki:**

Ndeye Codou Fall, Christian Roinat

**Toppandoo xët yi:**

Griot SARL

NIPO: 110-25-077-X

© Natalia García Freire, Giovanna Rivero, Carol Zardetto, Liliana Lara, Pilar Adón, Andrés Neuman, Karla Suarez, Nicolás Melini

© Tekki ci wolof: Ndeye Codou Fall, tekki ci faranse: Christian Roinat

© 2025 Instituto Cervantes | EJO éditions. Sañ-sañ yépp dañu leen aar.

Dañu tere defar walla jëfandikoo benn wàll walla lépp ci liggéey bii, ci benn anam bu mu meunti nekk, su amul ndigal bu leer bu boroom sañ-sañ yi yi ko sèèx.

## Teunkup téré bi

Preface	7
Lucida umbra	11
Amuloo ay gént walla soo leen amee, fàtte nga leen.	21
Bouddha bu neex	29
Pool bi ak jàppukaay bi	39
Njub-loxo Maria	51
Néeg bu ñuul bi	57
Mbaraankat bi	71
Otel bu Mag bi	81



# Léebi Benengeli

---

*Luis García Montero*

Dundug doom-Aadamaa ngi tekki li mu war a tekki bi ay léeb yu ko mën a saabal feeñee. Nit ñi dajaloo, wër taal bi, ci biir lëndëm gi, ay kéemtaan ak mbégte, ngir gindiku ci leeraayu waat yiy tax mboolent mi mën a ràññee diggante li am ak lees di xalaat.

Xarnu yi di wéy, fa gën a sori fa xeet soqeekee ak reenu diine baak ngëm-ngëm di yokk ba tey jii mu egg ci mbeeraayi bés bu ne, ci biir nit ki, ci polotig beek mboolaay gi. Ngirte li di melal dooleb nataal, xew-xew bees mën a duut-baaraam walla bu am solo lool.

Lu jëm ci ladab ak làmmiñu español, kenn mënul a nànd ni mu suqalikoo te bàyyiwoo xel léeb niki cëslaay gi. Ci jamono yu yàggul dara, mënees na cee lim ñu mel ni Emilia Pardo Bazán, Ricardo Palma, Felisberto Hernández, Rosario Castellanos, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Julio Ramón Ribeyro, Elena Garro, Gabriel García Márquez, Alfredo Bryce Echenique, José Balza ak Cristina Fernández Cubas. Ñii ñoo xadd fent gi def « mellax » jumtukaayam bi ëpp doole.

Maye ci làmmiñu español a ngi dox bu baax. Mu ngi topp tàñki cosaan ba noppi di ko soppi, di ko diiñat ci baagante luññutu, wër-wërloo ak coppite ci mbindam ak waxam. Gis-gis bees am ci taalif dëgg, ci musibay àddina tey jii, yoon yi doom-Aadama yi

jaar ngir fàttaliku, lenn la ci wèppa yiy màndargaal dunyaa bii di jëm kanam saa-su-ne.

Moo tax nu am mbégteem gaaral *Léebi Benengeli*, misaalu xareñu bindkat yu bari tey jii : Natalia García Freire, Giovanna Rivero, Liliana Lara, Pilar Adón, Carol Zardetto, Andrés Neuman, Karla Suárez et Nicolás Melini. Ay baat yu bari te wuute, waaye di jéngu dëgg gi ngir soppi jumptukaayu xel ak gént jaare ko ci pent.

Liggéeyu EJO-ÉDITIONS- miy Ndey Koddu Faal jiiite (di jàngale wolof CESTI, UCAD)- dina tax Saa-wolof yi, rawatina yu Senegaal, mën a jot ci téere maye español bii EJO tekki ci wolof. Ab naal buy yaatal liggéey bi *Instituto Cervantes* jotoon a def at yii nu weesu bi mu móol-loo ca Manille téere bu ni mel ak tannée yees tekki ci « tagalog ». Ñaari pàcc yuy topp yoon wi nu sunu Benengeli xàllal : Péncum ladab muy wër juróomi kembaar yi dalee ko atum 2021. Te diirub ayu-bés lëmm, at mu jot, mu gaaral nataal buy wone li gën a baax ci ladab ci làmmiñu español.

*Instituto Cervantes* nag am na mbégte mu réy ci tekkilu ak móol-lu téere bii, firnde luy leeral dundug xeet wii di maye, di wone it xel mu mënul ñàkk ci mbatiitu español : toolu diisoo, naataange ak digaale yu rafet ci nit ñi ak mboolent yi.





# Lucida umbra

---

*Pilar Adón*

« Et annuntiantes in lucida umbra acutam  
et viventem lucem in virga germinantem. »

Hildegard von Bingen



Danoo war a ànd ak ag dal. Fu nu tollu di ko baamtu. Danoo war a teey. Muur sunu kanam, te wàcce sunuy xef doonte ci lëndëmu bunt bi lanu jëm, ci wetu dënnu janqu saa-Rom bu muuruuwul bi. Nu def jéego bu mag, sori dând yi jege tool bu ndaw bi ngir jubal ci béréb yi ci kër gi, nu féex ndax ñoom dañuy nuuru ci lëndëm gi. Fi nga xam ne garab yiy law dañuy yéeg dale ko ci suuf ba ci palanteer yi nga xam ne daanaka laal nañ xadd bi. Nuy wax ak sunu bopp naan : Danoo war a noppal sunuy bët. Wàññi génn. Daldi daw bu nu gisee jantu gelu fajar gi, sori ceeñeeri wurus yi ak miir yu weex yi. Lii laay baamtu te lii la ma sama njiit joxoñ, sama àndadoo ba fàww, ñaw te tàng, di dox tey sama kanam, gën a oyof, jaaxle. Tey a raw. Ak ay yëngu yuy wone njaxasu sag ak wóoradi.

– Ñu ngi ñëw.

Lii la wax.

Te maa ngi wéy di topp ci ginnaawam ci jaaruwaay bi nuy soreleek béréb bi jëm ci eskalye bi. Nun ñaar ñépp a am xelum yëg-yëg, mu nuy jóo ci nammeel, dëgg la, niki ni nu bëggee sunug ànd. Waaye loolu warul tax saa-su-ne nuy tēju lu gën a yàgg ak lu teel ci kër gi, muuru ak ay mbàjj, sori lépp luy balluwaayu leer.

Du caagénu nun tamit danoo bëgg di am fu nu làqu, niki mbindéef yépp, walla nu bëgg di rëbb béréb yu sori, béréb bu nëbbu ak roq. Du rekk ndaxte ci béréb yiñ aar, roq yi ci diggante reen yi la nuy gën a féexe, nu nekk ci xóotaay bu xéewale.

Danuy wut lu nu lekk, niki bépp mbindéef, danuy wut tamit fu nu dëkk. Waaye nawet bi dafa metti ci gox bii te leer na nàññ ne mēnutunoo dékku jant bi : lii moo waral dëgg sunug beru. Jant bi da nuy gaañ te di nu ga ci fegu, di wut ay saafara fu nu tollu, di dëkk ci ay néeg yu fēeteek bēj-gānnaar bi, ak di daw mellax yi nuy bett di jaar ci diggante yu ndaw yi tey sampu ci sunuy bët, dañu nuy jural metit wu nuy won ci lu wér sunug matadi.

– Mu ne ma dangaa war a waaxu.

Teg ci :

– Buñ nu yëgaloon... Waaye mësüñu koo def. Waxañu nu dara. Te ñu ngi ñëw. Mi ngi wax ak man mel ni ku xam lu ma umpale, ma daldi waaxu. Déggal ko. May waaxu ak luy niróok njamp, sawar, tey yëngal sama bopp di wone ne nangu naa doonte gisu ma ndax ci ginnaawam laa topp, bàyyi xel ay yëngoom, jéego yi muy séqi, ni muy waxe, li gën a fës ci yaram wi, fa ñu fat yemoog dunyaa bi te yenn saay muy feeñaal bânneex, mbégte waaye tamit matadi ak yoggaaral. Ak a metti nga mel ni nun te war di dund ni nuy dunde. Ak a metti ngay bëgg di jëm kanam te doo yoqi, xam xéll ne bés yi dañoo gàtt, ni jamono ji xatee, di nu romb ci diggante ay car yu daanu ak banti ñax su nu bëggee génn guddi gi ci tool bi, ak tamit diggante rido yu diis yi nuy boq ak aar su nu waree des ci biir bés bu nekk. Te amoo benn yaakaar ne yëf dinañ soppiki.

– Mënoon nañ nu mayaata tuuti jot, mu koy wax ak a waxaat.

Nu wéy di dox, bàyyi genn wetu néeg bi ñuy waxe, Euripide bi ségg ci dënnu palaataram bi (ñaareelu xaaju xarnu 19). Lii lanuy gis su nu yëkkatee sunu bopp jëm ci, sunu gàttaay moo nuy yemale, damm sunuy laaf te noo ngi bëggoon di dem ak a dikk, di gént naaw. Bëti Euripide yi dañoo rittax te dara nekku ci mel ni xel mi dafa soxla nuuru ci biir. Ci tey gu waroon a pare topp tàggatug pàttali yu yees, dikkug jàjji (*stimulus*) yu gën a réy.

– Ma ne : waaw... ngir wax dara rekk, bañ a bàyyi cell gi kepp di tontu ay waxam.

– Waaye waxañu nu dara. Te xéy-na ñu ngi ci tool bi. Xéy-na ñu ngi ci tool bi. Gaal yee leen yóbbu, mooy li am. Du gis nga leen ? Gis nga leen ?

Wii yoon moom àdduwuma. « Waaw » sax ngir kañ ko fekkuma ci.

Gisuma dara, du sax ag gaal. Xawma li muy wax, waaye laajuma ko. Dama ni cell te maa ngi koy dégg muy wax ci suuf :

– Xawma naka lanu def ba egsi fii.

Nii la daan waxeek man. Fi samag njub soqekoo. Sama Héra mi ci loxo yu weex yi ak bëti nag yi, di séqi jéego nu mu gën a gaawe te nun nuy romb ci suufu ab Saint François bu wow te bég, ci yoonu ab Jacob buy yóbbu gétti Laban ngir nu tēj nu ci dāndi kër gi te ñu aar leen. Nawet wiy jàll moo yées wu daaw wi te danoo war a bàyyi xel, bañ a sàgган. Lii laa wax sama àndandoo bi may ubbil yoon wi tey binni.

– Ma laaj ko : Dangaa sonn ?

Mu geestu tuuti :

– Li ma nekke, xol bu jeex. Ak mer.

Gis naa xef yi newwi, ay yëreem lëndëm.

– Waaye lum bon-bon, ba tey nu ngi...

– Te kenn dimbaliwu ma, nii la ma dagge. Xéy-na damay waaj a dof, gis nga ? Xéy-na damay waaj a dof.

Loo koy wax ? Loo koy wax ? Loo koy nàndloo ? Looy tontu ci laaj woo nàndul ba noppi di sànni ci sa kanam ñàkk-ndimbal gu ma nanguwul ? Samay jéego yu néew, awma lay. Mu mel ni mēnatul a jafandiku ci man. Mu mel ni ku ma gisatul, nekk ak boppam kese. Dafa fé! sama gémmiñ bi ma koy bëgg a wax ne lum bon-bon ba tey noo nekkandoo, teg ci di ma wax ndof gu mēn a nekk, ni jàppelewu ma ko, mel ni daal nekkuma fii, sonn ci moom.

– Wóor na ma ne dinga sàkkiji pexe, laa ko wax. Ak lum mēnti doon. Ak lu ko ëpp sax.

Waaye dégluwu ma.

– Xawma lu tax jógunu booba. Waaye, dëgg la. Ahākay. Dëgg la, xam naa. Amatuma kàttan. Amatuma kàttan te yow yaa ngi wéy di xaar ma def dara. Ma def lépp. Dëgg la, maa war a wut saafara waaye damaa sonn. Sama kàttan gépp nee na mes. Mënatuma. Sonn naa.

Maa ngi wéy di jàng ay rëddi deram, ni mu rëbee, ma nanguwaat te waxuma dara. Mu ni naa dandu tuuti, waa-waaw, ma déggal ko. Saa-su-ne. Li mu wax laay def. Waaye xam naa ne dina ma jéggalu. Wóor na ma ne dina ko def.

Jóguma nag ci di ko xool. Maa ngi réer sax ci ni ma ko nee jàkk, di xool kanamam gi, ma xam xéll ne su kanamam gi gënoon a jag du tax ma gën koo bëgg, day tekki ne kon li kanam gi jagul taxul ma bëgg ko. Mën na wone tiisam walla jaxasoom te loolu du soppi dara ci man, ndax du njubam ak dëggoom ñooy jikko yi tax sama cofeel di àddu, tontu ci taaram. Waaye jikko yiy feeñ ji jëfam bés bu nekk, ci xar-kanamam, ni mu jàppee ay layam yaakaar ne ba fàww la, ay yëngoom wóor. Ci moom ku jub am na. Liy wéy ak li mat. Li mujj ak li sell. Ma dogal ne war na metti di dund ci boppam, njort luy def ma gën koo bëgg ndax da ciy am ndam, dund, yeewu, taxaw. Dëgër ci jéego ci muy séqi ngir pexe yu nuy génne ci nekin gii, ak lu mu mënti doon. Pexe mu nuy rawale ci musiba mu réy mi mu gis te man gisuma ko. Mooy dox jàmm ci ay bi te moo nuy muccal ci tëkku gi koy gëtën lool.

– Xéy-na kon...

Ma tàmbalee wax.

Waaye mu ne « ayca », nu tàmbaliwaat di dox, bañ a dellu ginnaaw, bañ a dëgg riiru miir yi. Ñaanunu woon sax dajeek bëñ yu weex ñi nuy topp ci lëndëmaayu kulwaar bi. Ubbi rido yi, fekk leen fii. Mu baamtu « nanu dem », ma nangu te moone bëggoon

naa faram-fâcce li mu dogal. Gan xemmeem a ko dikkal, lan moo koy gëtën ? Su fekkee ne dootoo mënatee ràññatle kéew gi, kon na ko kenn yàq léegi ndax ci biti, garab yi mën nañoo lakk, miiri xeer yi daanu, walla su dee ñàkk taar la. Sunu taar. Moom lañ nuy ga su nu bëggee wéy di dund. Mu ne « Amul lu gën a nekk ndog rafetaay ». Ak tamit : «Mënumaa bëgg loo xam ne dama koy ñàkkiji. Li ma gënal mooy bëgg melokaan. Xeltu. Luy yàgg daal. » Fàq gu tiis gii waaye yenn saay ànd ak péexte day niru fen wu mu dugg, yóbbaaale ma ci waaye yenn saay ma nànd ko bu wér ba damay bett sama bopp jàppe ko sama njeexitalug xalaat, sama bëgg-bëgg ci boppam. Sama xalaatu bopp.

Ma daaneel ne daraja ak xel ñooy màndarga yi ko neex ci man te loolu moo tax maak moom nu nekk ba tey.

– Muy baamtu : Awma woon jot. Awma woon jot.

Te ni ma ko bëggee woon a jege, ba tafu ci moom. Giifal wéetaay bim jàpp ne dañ ko cee seetaan, ma bëggoon koo soreel xalaatu ndof gi mu jàpp ne day ñëw. Moone, yaakaar naa ne dara mën ko woon a dalal ci jamono jii tembe.

– Ma ne ko : Sunug dund a ni deme.

– Lii kay du dund.

– Waaw, kon, lu mu doon ?

– Du loolu.

Du loolu.

Ak a maa bëggoon a am ak moom waxtaan wu dal, dalal xelam. Waaye pexem wàññi njàqareem jamono jooju amul. Mi ngi wéy di baamtu naan doon na neex ñu fegunu ngir gën noo waajal. Mi ngi naan su ñu nu mayaatoon ay waxtu, dinanu mën a xalaat te saytu

ba fâww ndax lii lépp jaadu na. Jël i dogal, di nu ko nëbb (moom lanuy def) ndax ragal doole leeru jant bi waaye tamit ngir fàtte wuute gi nu judduwaale. Mu may wax ak a waxaat ne am na solo. Dama koo war a nangu. Danoo war a rëbb sunu taar. Di nëbbatu ci biir kër gii, ci tool bi ba ci bunt beek néeg yi te far leer gi may wal te muy metti bët yi, te far leer gi muy wal te mu may def metit. Bañ leerati. Lii lanu war a def. Nii la war a deme.

Xam naa ne danoo war a gëm li muy wone te maa ngi ko doon waaja a wax ne bum jaaxle, warunoo jaaxle sun déggee coowu baat yu bari yu nu miinul.

— May laaj : Loo lan la ?

Mu joxoñ ma ne ma naa noppi.

Xawma ba tey lu waral ragal ay gaal yu ma gisul, ndax fegu gu nu jotul. Léegi nag ci ay baat. Bett naa ko lu bari muy geestu mel ni kuy yëddu ay yëngutu waaye léegi xam naa li mu doon def mooy bàyyi xel ci ay néeg, néeg yi nuy bàyyi sunu ginnaaw. Ràññee nanu ay kàddu, bawoo ci ñett walla ñenti góor yu war a jaare ci galerie bi, jëm ci néeg bi ànd ak ginnaawu weer bi. Amuma layug yaram waaye maa ngi yëg ni damay fatt su ma bàyyee xel ak tamit dégg góor ñii ci kër gi di laaj ak ay yuuxu ndax kafe am na fi ba pare tontu it ak i yuuxu ne waaw, liminaat tamit am na ak sàngara. Dégg naa ñuy faram-fàcce ñeel liggéey bu yombul ndax béreb ba dafa réy, taax yu bari, néeg yu bari yu daan wuute xarala yu gaas walla ndox walla saxaar yi ñuy jëfandikoo ngir jële fa lépp luy yàq.

Ndax baat yii, dëggantaan la ? Wax yii, ndax jib nañu ? Ndax ca dëgg-dëgg dañoo nekk di wax naan dañoo war a jàppal yeneen jamono ngir set-setal mu mat sëkk ?

Taxul nu bàyyi ci xel waaye taxaw nanu, léegi maa ngi dégg beneen « ayca, nu dem » ci sama wet, ma daldi xam ne wax na dëgg te amatul lu dul jëm kanam.

– Lii lépp, noo ko moom.

Daw, ne mes nu mu gën a gaawe. Daldi fay ba fàww, di gënt sax nees mën a tàqalikook sunu diissay bu oyof, tëb, egg ci rëdd-taxaw ci rëdd-wéy di naaw. Waaye nag, mënunoo def lu am solo ndax sunu ndawaay ak laaf yiy door te amuñu benn njariñ, doxuñu te mēnuñu noo yéegal, tëye nu ci jaww ji walla tóxal nu ak oyofaay. Mēnunoo naaw te daw it as lëf lanu ci mën. Noonu lanu egsee nu gën a yeex nanu ko bēgge woon ci waañ wi, ci sàq yi ak, ci mujjantal gi, ci eskalye bi nu waroon a yéegal waaye teewe sunug wàcc. Saa-su-ne ci suuf. Jaare ci yoon wuy jokkale taaxu digg mi ak genn-wàll suuf- suuf si fa gaaraasu oto yi nekkoon, ak mbaar yi, te muy wéy di mbartalu ci roq bi chaudières yi, gēnatee suufe, ba jot bunt bi nuy yóbbu ci dalu kër gi, ci suuf su njëkk si. Suuf suñ liggéeyul mu nekk suuf, ban ak i xeer. Béréb bi tabax bi doore tey feeñ ci sunu kanam niki kaare lëndëm kəriis, làqukaay bi gën.

– Amul ay bërēḡ-day ? Ci biir du am ay bërēḡ-day ?

May laaj.

Bi ma toppee ci ginnaawam di wàcce ci eskalyewu ndey-joor bi, la ñaari baar yu gudd boole ay eskalye yu mag ni ay galan yuy xadd yenn néeg yi. Ci yoonu xunt mi, ca suuf a suuf. Dàtt biy tëye ñetti taax yi ak yi ci diggante bi.

– Mu ni ma : dinanu fi toog ab diir.

Ci dellu gu yéeme gii lanu ne woon. Dellu ginnaaw gii di nu delloo sunu dund gu njëkk ak nekkiin bob gisante nanu ci ba noppi. Ni ay wallaxjaan yuñ dugal ci diggante garab yi. Ñuy gën di nooy, ay yarami *limace*, ak bopp buy wéy di réy ba egg ci guddaay bu reelu, réy ba kenn mēnu koo dékku, cig dellu dénd guy niru lu lakk, ñu cuub ko doomu-taal ak palmaan (marron).

– Ma ne : lum bon-bon, noo ngi nekkandoo ba tey.

Waaye ndimbal amul. Amul lenn luy giifal naqar wii. Ay waay, su nu mēnoon na nelaw, nelaw yu yàgg... Orlando di laaj boppam « Ana kan laa bëggoon, ana lan laa bëggoon ba tey jii ? » Moone mēn nanoo laaj lu ni mel. Kan la nu bëgg ? Lu nu bëgg ? Gis nanu ne fii moo gën a tooy, luy mel ni lay di fa ballee. Saxaar su lëndēm wër nu ba nu mujj di wëlbatu sunu bopp. Nu gis ne nag lépp a lëndēm. Te teewul warunoo ragal. Warunoo yëg tés-tés yii, te tamit naqar walla mujjantal waru noo mbugal. Su dee dafa jege walla su dee desaat na. Sunu ndawaayu dund.

Danoo yaakaar ne nu ngi rëcc.

— Mi ngi wax ci suuf, naan : Ñàkkul dan leen a niru ay mala moo tax ñu def nu lii. Muy lu doy waar ndax am na ñu nu jàppee ay malaaka.

— Ma laaj ko : yaakaar nga ne dinanu gise ?

Waaye tontuwu ma.

Ak a maa bëggoon mu def ko. Wax dëgg Yàlla bëggoon naa mu def ko. Ndax dama jekki-jekki mu bér ma ne damaa war a xam ndax tuuti leer dina fi am solo su réy doonte sunu ceeñeer lay doon. Xam ndax dinanu mēn di wéy di seetaan sunu bopp ci sunuy bët yu doy waar yi, ay bëti gunóori guddi, foofee nuy dugg. Ci dénd bii ci biir suuf siy jëmmal am pax, waaye tamit sunug far.

Amuloo ay gént  
walla soo  
leen amee,  
fàtte nga leen.

---

*Natalia García Freire*



Racoon (*raton-laveur*) bi dëkk sa néeg mi ngi gën di màgg, màgg na ba danga koo mujj wutal tur : *Jethro Tull*. Baaxul, soxorul, mettiwul, kontaanul, waaye yaa ngi nekk ak *Jethro Tull* di xool ci palanteer bi suy àddina di tukki, dina mel ni ab biddiw, amoon na te dina amati, day wéy di am ni ab oto bu ànd ak i buur yu sol ay kostimi wurus ci asamaan si, ci guddi gyy réy ci guddi gi, biddeew yiy daanu benn-benn, bi nga njëkkee gis nees. Nees, amatul. Ayu-bés bu ne, nga koy natt, *Jethro*, naan ko : kaay fii, te du la délglu, moom *Jethro Tull*. Ngay yuuxu ci kow a kow, mu jegesi, nga teg ndànk sa loxo ci boppam bu ndaw bi te sedd te yelloo ku ko raay, ak kawar gu bari giy yëngu ni taw bu ànd ak ngelaw, ak Digg bi ngelaw yi juddoo ak niir yeek tur yi ak dex yi. Bu njëkk daf la daan màtt, waaye léegi dangay dund ñaari saa ëllëg ngir nuy lu la bala mu lay gaañ, *Jethro Tull*, sa sërriñ Jedi. Juróom- benni weer ci ginnaaw, mi ngi tollu woon ak juróom-fukki sàntimetar te tay dem na ba juróom-ñent-fukk ak juróom-ñent. Njortees na ne warta rëyee nii, waaye xam nga ne dafa foqle, guddi gu ne day lekk ci mbaliti ñetti kàntini siin yi nekk ci sunu koñ : ginaar ak soosu suukër bu forox, ay xeeti ceeb ak suppu won-ton. Biñ la luyee apaartmaa bi, fa nga ko fekk te mënoo woon a def dara. Gëtën boroom, xalaatoo ko. Xamoo tamit turam bu dee sax am na, walla ndax nees taw lay saf walla pëndu beneen àddina. Soxalul kenn, *Jethro Tull* moo la jàngal xool ëllëg te fii leneen amu fi lu dul leen ak àll, benn wàll taxawee lépp, *Jethro Tull*, ak ban ak i weñ ak ndoxum galas mu ànd ak pëndu biddéew. Dëgg la ne yenn saay daf lay dofloo, di la topp ci kër gi gu ndaw gii, du kër, du néeg, su dee am na eskalye it bu lay jàlle fenn ci diggu néegu biir bi nga xam ne lu mel ni wanag wuñ defaraa te taxul mu jag te amul duus. Mëneesul a wax ne ci kibb nga dëkk niki sa doomu-bàjjen walla sa far wi dëkk cim xunt ak seku. Ci néeg nga dëkk ak racoon bi màgg màgg gu jéggi dayo. Muy liy dal mala yi diirub daanaka at. Dañuy feeñ ci kër yi, ci tooli mbooloo yi, ci « *supermarchés* » yi. Daño sopp duus yi, njoowaan yi ak suufi-suuf yi. Yenn saay ñuy taxawaalu ci mbedd yi, réer, niki màndargaay lu ma xamul, mel ni

ci diggu yoon wi dañoo fàtte li ñu wutsi woon fii. Yenn saay nag dañuy rekk, di xool. Ñit ñu bari dañuy génn guddi gi di leen rey. Am tamit kəri-liggéey yu féetewoo rey leen. Ñenn ñi dañuy xaar ñu gaañ seen bopp, ñu filme ko, di ko siiwal ci lënd gi. Ag giléem ci lobi otel gondeetul kenn waaye suy lekk ay tãnkam, népp ay koy bëgg a gis. Widéwoo yi ñuy gën a xool mooy yiy wone ay ñay yu jaarale seen bakkan ciy findi-feer, ay paaka walla ay pont. Lu ëpp genn-wàll mala yiy feeñ ci dëkk bi dañuy gaañ seen bopp, di màtt seen geen, di wokk yenn wàll ci seen yaram ba daanaka day nekk yàpp wu lakk. Dañuy taxaw su ñu leen boolee. Soo jëlee rekk ñaari ginaar teg leen ci wetu fas, ñu bàyyi gaañ seen bopp, ñoom ñépp. Waaye daanaka mënul nekk. Kenn amul jotu walla palaasu dajale ñaari ginaar ak uw fas te it yàgg na lool bi ngay gént lekkandoo ceeb buñ saaf ak kenn ku mu mën a doon ndax talatul moroomam. Yàlla baax na bi nga amee sa néeg toggukaayu gaas te yenn saay nga jaxase ceeb ak leneen, *Jethro* di wéliis su xeñtoo sa togg gi. Amoo ay duus waaye am na baar bob dañ lay may nga jéfandikoo duus yi ay waxtu, fey leen as tuut ci xaaalis. Yenn saay ñu may la musuwaar yi ñuy fompoo. Walla ay téere yu màgget. Am na bés nga yàq ay xët ci téere *Quatre filles du docteur March* doonte beroon nga wàll gi Beth ak Amy daan def ay xeexi danki nees. Soo toogee diir, dawal ko, tēj sa gémmiñ, daldi yëg ni nees biy seeyee ci say bëñ. Lii mooy xew ak nees bi, bu dul dëgg tamit sun yoon nekku ci. Day gaañ, di lakk, daldi sedd. Léegi nag *Jethro* néeg bum jóge jàll ca ba des mel ni sàcc, soo sèqatee, mu ne tekk taxaw, estati *Jethro* galaase ! Da lay xool, di la xool, bàyyi la ci sa jàmm, niki taatu neen, te su wéyee di la xool yow yaay tàmbalee gaañ sa bopp, *Jethro*, kaay, wax ko ko. Muy riim, di wëlbatiku ci boppam ni nga daan def ak nees bi, wëlbatiku, wëlbatikuwaat, di miir, niki pàttaliku gu mel ni nataalam ak niroowaayam. Ba *Jethro* ñëwee ba tey nelawatoo guddi. Yaa ngi def sa kem-kàttan ci liggéey bi bu lépp nee selaw, doo dégg lu dul bali fitlali nit ñiy rey ay mala. Bu *Jethro* nekkee di lëñbët pañe bi def yëre yu tilim yi walla di yéeg eskalye bi di rëbb ay guñóor yu mu gisul, yow yaa ngi tēnk ay

téere yoo dawalalul ñeel ay yéenekaay yuñ la xamee niki ñenti « *critiques littéraires* ». *Jethro Tull* mi ngi tëddi fukki waxtu ci suba, léegi yow it noonu. Mukk laata walla ginnaaw, fukki waxtu ci suba rekk. Ci biir mbalit mi lay nelawee walla ci paxum suuf mi ci jaaruwaay bees defaragul te muy niróok pax mu ñuul mu lay warax, yow, kër gi, racoon bi, ak lépp lu des ci dundug ràññatle walla puróx ci dunyaa. *Jethro Tull*, juróomi waxtu lay nelaw, daldi yeewu te du am coono, tàyyelul, boole ñaari loxoom, daldi sëlmu. Yow, nga defar sa kafe, di tóx sab sigaret ci sa kow lal. Nga koy xool muy daw ci kër gi, nga koy xool ci palanteer bi, nga koy xool bégul, nekkul, nga koy xool daldi yaakaar ne moom it mi ngi fàttaliku nees bi, bi muy tëb, àll bi, weñ yi, ban bi, ak li muy yuuxu, di riim ndax li mu gis lekk, di riim ak a tëb ak mbégte, mbégte dëgg. Ci biti gi amul lu dul ay dëkkuwaay yu booloo, ab tabax bu sori, jali mbalit, ay njoowaan yu kenn nekkul laata yeneen mala di ñëw. *Jethro* ngi xoos palanteer yi ak miir yi. Di yuuxu, màtt la. Nga ni ko *Jethro*, di jéem a jàpp boppam bu ndaw bi, xolu taw bi ànd ak ngelaw, waaye muy mbow, xosi la daldi màtt ay baaraamam. Nga daldi woo kiñ jàpp ne mooy sa far. Waxuleen ci tàng-tàng bi waaye dangaa ragal te bëgg koo waxal. Nga nettali ko ne *Jethro* dafa doy waar lool. Mu ni la seku bi jógul ci di ko wax *bëgg naa la*, *bëgg naa la ci tubaab*. Te waat na ne laata loolu mësu koo làkk tubaab. Nga ne ko mu ñëw sa kër waaye dafa am xel-ñaar, nga ne ko mën ngeen a daje ca jaayukaayu kafe ba. Tey demoo duus. Sa far wi indi seku bi ci kafe bi, nettali la ne dafa door di buddi ay laafam. Am na pax ci der wi yu xooraa ak baam. Seku bi mënul dugg ci kafe bi, ndax ci biir dafa bari ay jaan te bëggul jaan. Nga wax sa far wi ne dangay sori tuuti, daldi saw li nga mën ndax kenn xamul kañ ngay mënatee saw. Nga jëfandikoo tuuti ci Finnegan Wake, loy yi taxaw ak saw mi, nga daldi xam lenn ci téere bi loo mësul woon a xam. Ci làkku tubaab, Shem ni la : *bëgg naa la*. Shaun ni la : *bëgguma la*. Nga wax sa far wi mu indiwaat seku bi ci kër gi, mu daldi lay xool ca béréb bu sedd ba te oyof. Yéen a ngi dox, jàppooy loxo, di xool xaj biy romb ci welo ci juróom-benni waxtu,

ak tamit ndaw si dëkk ci balkon bi tey dunde pepp yu picc yi. Mbëfër mi, mu njoowaan mu xomaat mi ci toolu mbooloo mi, di la xool, nga saw tuuti ci sa kow. Dangaa yore feebaru ñàkk mën a tëye sam saw. Waaye baax na ndax day tax ngay saw yenn saay te doo ko tay, su ko defee doo soxla di jaabante ca kafe ba. Te *Jethro* dafa sopp sa xetu saw, xam nga ko ndax suy romb, jege la, day laxasu ci say tànk, du yuuxu, du onk, du mbow. Te daanaka kenn du ko seetlu. Su ngeen egsee ci kër gi, sa far wi day dóor boppam suy dugg, seku bi daldi daw ci pax mi ci suuf si, tëb, xool ko, di wëbatiku mel ni ca pecc yu njëkk ya te reetaanlu. Dafa xaw a doy waar. Ca ndoorteel la, *Jethro* gaññ, waaye su seku bi yéegee eskalye bi rekk daf koy topp, su ko defee ñoom ñaar ñuy yéeg ak a wàcc ci lu gaaw, mel ni ñaari xale yuy fo, ñaari xale yu ndaw yuy door a mës a gis nees, di tëb, di daw, Beth ak Amy ci tefes yi ci xëti *Quatre filles du docteur March*. Yaa ngi fàttaliku po mi bi nga nekkee xale, yaak sa maam, dangeen daan yéeg ak a wàcc eskalye kër gi di seet ay darab ngir def tànt ci tool bi. Ci àjjana jii, béréb buy gën di réy ci sag pàttali, réy ba am ay bunt yu mag yoo mënul sax jege, àddinay takkndeer, sa baatu maam biy awu, dencukaayu lekk bi fees ak lekk ngir èllëg, pepp yu sedd, konfitiir ci booli weer, « *radi* » yuñ safal. Bi nga koy mujjee gis dafa gumba woon te tëx, waaye da daan jël nees ci suuf si di ko yëy ndaxte da ni woon lolu rekk a ko dese ci àddina si. Gis nga sa far wi fu dul sa kër, cim xunt, ci àll bi ngir reetaan. Mu ni la : maa ngi jéggalu. Gis naa benn apaartmaa ci goxu lijjanti yi. Mala yi egseeguñu foofu. Seku bi ne ko : *bëgg naa la, bëgg naa la*, di ko baamtu. Te suy buddi ab laaf, *Jethro* day laal gémmiñ gi ak loxoom yu ndaw yi, ñu àndandoowaat di daw ak a tëb, daldi fàtte liñ doon xool. Sa far wi tëj na bunt bi, dem. Ci biti gi, am na nees walla mu ñàkk ko am, amul solo. Àddina si dafa yàgg, tekkeetul dara. Nga ne seku bi : Arnoldo, Arnaldo ngay tudd. Nga yóbbu ko ci miir bi sës ngir natt ko : juróom-ñient-fukki sântimeetar ak juróom-ñaar. Nga defar kafe, di tóx ci kow lal bi. *Jethro* ak Arnaldo di daw ak a tëb wër pax mi ci suuf si ak eskalye bi nga xam ni léegi ban la, ay weñ ak riir ak neefere ak car

yu ñuy nekk di sos ñoom ñaar ci ëllëg gii dul dëggantaan te nga moom ko. Guddi na lool te bali fitali nit ñiy rey mala yaa ngi awu. Arnaldo daanu ci eskalye bi, *Jethro* tiit, daw jëm ci yow, màtt sa lex, mu metti, di lakk, sedd ni nees bi nga dul laalati mukkk te *Jethro* mi ngi lay xool ak lu niróok coono walla ndof, te gis nga ciy bëtam say guudi yu mujj ci suuf.



# Bouddha bu neex

---

*Liliana Lara*



Eskalye bi, ñu ngi ko defaree tata bees toppandoo waaye estati bu ndaw bu nētëx bi te wërngëlu moom doj la, doj dëggëntaan, firnde li mooy bi mu daanoo ba ñàkk ci t ànkam bu réy bi. Booba lanu gis ni ci biir tamit dafa nētëxoon, du woon palaatar bu weex buñ pintiir nētëxu bitéel, ni ko Melisa yaakaare woon. Sunu maam ju jigéen moom mësul am xel-ñaar ci yàllaam ji walla ci taal bu xeme bi. Mësul xalaat muk ne estati bu ndaw bii defare nañ ko leneen lu dul doju « jade », doj bu am maanaa bu nētëx bu réewum Siin. Ndaxte dëkkandoom ba, soxna si Lon ci boppam moo ko ko indiloon. Daanaka dunu gis muk soxna si Lon ma daan nekk saa-su-ne ca waañu jaayukaayu lekk ga te la mu fa daan génne néew lool. Waaye nag génn na ko bés ngir mën a dem fu sori lool, indaale bouddha bu ngand bii ak t àngal yu saf xorom ànd ak doomu-koko yu kenn mësul bëgg te muj gi Maam jël boyetu weñ ba di ci denc ay garabam. Kan moo mën a wuutu soxna si Lon diir bam demee réerji ca àllu Siin ba ?

Ay at ci ginnaaw, benn bés Melisa bind na ci kippàngo doom-bàjjen yi ne Maam moo indil boppam estati bu ndaw boobu ak t àngal yi ak biddaa bi ci biir bi. Dees koo waroon a raay ngir am alal. Alal moom xalis la, xalis bu takku sax, moom la Gabriela waxoon. Bés boobu, bi Maam nettalee lépp ba pare, dafa teg bouddha bi ci kow taabal ju ndaw ji ci niwo eskale bi. Céy Gabriela.

Kon saa-Siin booboo ko indiloon bouddha bi jëlee ko Siin te tamit looloo taxoon mësul a am xel-ñaar ci doju « jade » biñ ko defaree. Looloo taxoon nun, it, mësunu koo weddi doonte Melisa mu ñaaw làmmiñ mi bëggoon naa yàq sunu xel. Gëmoon nanu estati bu ndaw boobu, danu daan raay biir bi ndax mu may nu xalis. Danu daan wax xalis, xalis, xalis, teg sunu loxo ci biiram ak sunu we yu salte ba muy mellax. Booba lanu waroon a xam ne doju « jade » la ndax lun ko raay-raay du tax mu ñàkk meloom, day tax sax mu gën a mellax, nekk nētëx bu xóot. Ba mu ñàkkee t ànk ba nag, Gabriela daa wéy di raay tamit « t ànkam bi damm », ni mu ko daan waxe ci lu jëm bérébu ñàkk bi, taxoon nu yaakaar ne moo sooke ñàkkam googu, liñ dagg t ànk bi. Lu aju ci t ànkam bi, t ànk bi mësul feeñ.

Fukki at ñaar la Melisa amoon ; xamul woon dara ci sunu toroxlu gi walla sunuy po ci eskalye bi, fa kër Maam. Xéy-na looloo taxoon bu daan baamtu naan estati bi du « jade » dëggantaan doonte noo yem : kenn ci nun xamul luy « jade » dëggantaan. Day niróok wurus bu nêtëx, la Gabriela daan wax. Na mu ajoo woon ca kow taabal ju ndaw ja ca niwo ba, diggante ñaari eskalye, bouddha bi daan na nangu sunuy ñaan yi gën a nëbbu. Walla nëbbuwul woon noonu : xalis, xalis, xalis. Weccit yi nu daan fekk ci suufu poos yi, weccitu fuur ba ñu bàyyi woon ci kow taabaalu waañ wi, weccit bees weccook bëñ, weccit woo fekk ci sa tenqu nijaay wu ubbeku. Walla sax xalis bi ngay for ci mbedd mi : su nu daan dox, ci suuf lanuy xool te fàww dara feeñ.

Li muy tóx di nëbbatu doom yi yépp, Melisaa ngi bind ci kippàngoo doomi-bàjjen yi di laaj ndax noo ngi fàttaliku bouddha bu nêtëx booba nu daan fowe bin nekkee xale. Mësul woon a bokk ca sunu po yooya, mësul gëm nitu xeer bu mag boobu, waaye léegi mi ngi naan Gabriela mu dem jëli ko te dencal ko ko fenn ba ba muy mën a tukki jëlsi ko. Fépp ci àddina si, nun ñépp jommi ci bataaxelam bi, waaru ci laajam bu doy waar boobu waaye mennum Sofia sañ a wax ci kow li ñépp xalaat noppi. Sofia gaawtu bind ko : xoolal, yow, mësoo bëgg mbir mii. Daanaka mëneesoon na dégg baatam. Li gënoon moo doon mu noppi : kenn mënatul tëye kippàngoo doomi-bàjjen yi, mesaas di dem ak a dikk, te man moom wax dëgg Yàlla, ragaloon naa Melisa toj, di yónneeti ay nataali dënnam bu fees ak i tëndëndiir walla lenn lu ni mel, ni mu ko defe woon, bés, fekk nun ñépp iy nettali ay xew-xew yu amul bopp, amul geen, mu xépp nu benn *am ngeen sās bu daan yëgle musiba mi ci topp*. Ndaxte moom mbiram moo doon dund metit ba noppi di woo metit, naan : bi mu jógee ci takku xawma kan ànd ak faram, dañoo génn rekk ay takk-der dogale leen, gëm ni dafa nëbb dorog ci sitin ngoosam. Ñu koy làmbaatu ba dënn bi mujj am ay màndarga yu fés. Laata muy dem Venezuela la woon. Nataal yi wonewuñu woon yu sew yi waaye doonte lu ni mel mënoon na koo dal, kenn gëmu ko woon. Sofia gaawtu bind : lii daal doy na waar, làmbaatu

gii ak tëndëriir yii. Melisa, mer ba futt, tontu ko : Lu ci doo waar ? Gabriela daldi kaas : waaw su doom ji jëloon telefon bi ngir fo yem ci nataal yu raglu yi, lu mu koy wax ? Melisa tontu ko : kañ lañ doon bàyyi telefon ak ay xale ñu ciy def lu leen neex ? Lu tax saa-su-ne ngay daw janook dëgg gi ? Dangeen a gumba, dangeen a yaakaar ne lépp mbëggeel la, ndam ak taar, dof yi ngeen doon.

Te Melisa menn mi mooy feyu léegi bouddha bi, doo na waar.

Lu tax kenn yërëmu ko woon ci dënnam biñ pamti-pamtee ? Lan moo taxoon nu bàyyi ko ci kanamu seetu boobu, mu taxaw fa ngoon gi yépp, makiye bët yi te amoon fukki at ak ñaar rekk ? Dafa nemmeeku woon ay sikk ci moom ci boppam. Su mësaan xool boppam ci seetu booba daan yokk, di gën a gis ay sikkam. Bën-bën yu ndaw yi ci der bu tooy bi, tomb yu ñuul, bakkan bu tàpp, ay bën yuy niróok si (daggukaay). Daf daan makiyewu ak a wat yéen, di génn ci teeñ yu mujj yi ci ngone. Daf daan xool ay sikkam dëgg ak yi muy sos diir bi nga xam ne nun, nu ngi doon wéy di rafet, rafetaay biy ngone ak péex di maye. Sori seetu yi. Danu daan fent ay po ci niwo eskalye bi, ak bouddha bi, ak piyaano bu ndaw bi bu yàqu bi, ak ay kàrti español, ak ndox mi, moom muy gën a suux ci seetu biy yokk mel ni kanaara-géej buy sóob bopp bi ci dex gu am poson, su ko defee mu dugg ci musibam yaram wu soppeeku, kawar yu dëgër, gémmiñ gu wow. Mala bu raglu bu dex gu ñuul gi. Melisa moo génoon a rafet ñépp waaye xamu ko woon. Nuuru ci ay sikk yu kenn gisul yoy seetu bi da koy yokk.

Yónneegul woon bataaxel yu tàng yi muy bind su merree ba futt waaye xamesoon na ne léegi mu tàmbalee bind yu ñaaw, ak di yónnee ay bataaxel yu gudd a gudd walla ay ndëggat, ngay dëgg doom yi ci suuf. Ñaari xale yu yarediku, déggguñu woon español te kenn mënul leen a woon nànd. Moom sax mënu ko woon. Bouddha bi daal la bëggoon, wow ci. Bari woon na lu am ci kër gi, ay mbir yu mu moom, yu mbooram moom, ak ngoneem, te daf leen a bëggoon a am ci wetam. Sofia, mu gaaw mi ni mellax, da koo weddi, ni ko :

xoolal, sunu ngone la woon, nun ñépp. Te Sofia moo ci gënoon a nekk xale te fàttalikul woon yenn mbir yi. Gabriela, moom, moo leen war a yemale moom mi amoon xalaatu sos kippàngoo gi ngir bañ a wéet ca Caracas, léegi nag nun ñépp a sori, tasaaroo ci ñenti ngelaw yi. Melisa di wax ak a waxaat : ngoneem la. Bouddha bu doju « jade » bii walla leneen lum mēnti doon, te mēsul a fo ak moom ci bër yu mujj yu weeru ut yi mu defe woon kër maamam, ngoneem la woon. Li nga waroon a laaj kay mooy seetu booba daan yokk nga daan ci seetu guddeek bëccëg, bañ a fo ak nun. Damaa bind rekk, daldi tëjj telefon bi. Na tontu lu naqari li dal ñeneen ñi. Mēnuma woon a wéyal sama jot ci coowu njaboot gi. Bu dee man rekk, mēn na jël lépp. Fa ma féete ca geneen wet ci àddina si, guddi na bu yàgg te fileek i waxtu damaa waroon a jóg liggéeyji. Moo tax ma tēddi waaye damaa wéy di xalaataat mbirum bouddha bii daan muuñ.

Waaye nag, Melisa mēsul woon a fo ak bouddha bi, xamul woon dara ci reetaanam googu ba fàww, ci seddaayu doj wi, ci pax yu ndaw yi ci biir doj bi te fees ak pënd doonte nu ngi koy raay. Waaw, su pënd bi jóge woon Siin nag ? Su dee noyyi koo doonoon tukki bi gën a réy bun mēn a def ? Jamono jooju mēnunu woon njort dem ak dikk yi ànd ak dund gi. Daanaka daawunu woon gis saa-Siin bi ndax saa-su-ne ci waañu jaayukaayu lekk gi (te am turu nink-nanka) la daan nekk waaye daan nanu gis doom yi. Góor ak jigéen yu daan xeeñ kanel. Ci ètt bi ci ginnaaw lañ leen daan gis ñuy fo ci diggante bitéeli gaas yi. Èttu ginnaaw bees tabaxe simaa, amul dara lu nētëx. Lépp a yoroon melo doomu-taal, ba ci bitéeli gaas yi. Danga leen daa gis soo nekkee ci taax mi, fekk Maam bàyyiwu nu xel. Bëggul woon nu fay yéeg ndax guddaay bi, saxaar su ñuul yu oto yi ak yeneen. Melisa xamu ci woon dara ndax da daan defar bopp bi foo ko fekkaan, di nu daw, di nëbbētu di makiyewu. Maak Gabriela ak Sofia noo daan woo saa-Siin yu ndaw yi ak ay yuuxu, ñoom it ñuy yuuxu jēme ci nun. Moo doon sunu po ba Maam dàq nu ci taax mi ak baleem. Su ko defee nu dellu ca eskalye ya ku ne di neexal bouddha bi yaakaar ne dina la may xaalis, ngay xalaat li nga ci waroon a jënd. Ngoon si yépp danu daan raay biiru « jade » bi. Xaalis, xaalis, xaalis. Danu daan fo ci

pintiir, di tëb walla leneen lum mënti doon. Saa-su-ne ci peronj bi, ci suufu tata bu sedd bees toppandoo, muy ci kow mbaa ci suuf.

Waaye bouddha bi du woon Bouddha, du woon bu dëggëntaan bi, ab làbbe buy muuñ, tontoom yépp muuñ la walla xàqtaay, da daan yor benn saagu mbuus bu deful woon dara waaye lépp a ci mënoon a génne. Xéewal. Maam a ngi téye ci loxoom benn téere Conny Mendez, mu ne : ci biiram la daan jële mbégteem. Ab làbbe bu pataa, yaram wi fees ak ay ndombo, mbubbam mu gätt mi sax dafa lemu woon. Ci lem-lem yi pënd bu bari bu bawoo fa Chine. Woy wii *Dans une forêt de Chine lanu daan woyal saa-Siin bu ndaw bi su ko mag ji mësaan bàyyi moom rekk ci diggu betonj bi ak bitéel yi*. Am na bés mu ñëw sol yère ñiy joxe lekk ci restaurant yi, daldi nuy nataalal benn pitax, mer ndax dan ko doon reetaan ak yèreem yu èpp. Bi loolu weesoo, gisatunu ko ci èttu ginnaaw kër gi, rakk ji di fo moom kenn. Danoo waroon a rawale saa-Siin bu ndaw bi ci àllu betonj bi, nu pèrye ko nuy fo ci diggu eskalye bi. Danu koo yónnee kayitu pèrye laxas ko ci ay egaat, nu won ko bouddha bi. Gabriela dafa yaakaaroon ne bouddha bee taxoon saa-Siin bu ndaw nangoo ñëw ci nun waaye dëgg-dëgg loolu soxalu ko woon. Dafa réer ci biir seetu bi, ci bëti Melisa yu réy yi : dafa bëggoon makiyewu niki Melisa, bëggoon Melisa ubbil ko bët yi ak maskaraa. Daf doon wax saa-Siin bu Maracaïbo la. Moo nu magoon waaye daa mel ni woon xale bu ndaw.

Nu dellu ci sunuy po. Saa-Siin bu ndaw bi bokkatul, ak Melisa tamit ak ci lu wér saa-Siin bi nataaloon pitax mi njëkk ci sunuy dund ba noppi ne mes, ak colam gu yiw : pantalonj bu ñuul, simis bu weex, kàrne bu ndaw ci poos bi, xalima ci ginnaaw nopp bi. Gabriela nee woon na gis na ko muy séddale lekk ciy taabal bés ba mu gunge Maam mu jënd ceeb bu muy yóbbu te kooku di dof-doflu ngir bañ koo nuy. Ci kow taax mu wéet mi, deesoona na gis àllu betonj bi kenn nekkul.

Nu dellu ca bouddha ba. Xaalis, xaalis, xaalis. Dinanu jënd ay nataal yu nuy dajale, dinanu feesal defukaayi nataal yi weesu ak yiy ñëw, dinanu tukki ak neexal bi te dinanu réeri ci benn àllu Siin ànd

walla bañ a ànd ak saa-Siin bu ndaw bi. Biiru « *jade* » bi da doon mellax, sunu loxo yi doon xeeñ ñaq ak pastel rittaxal ko. Waaye Melisa, moom, lu mu ci xamoon, moom mi daan réer ci seetu bi, bëgg a dindi piccam yu ñuul. Seetu bii di yokk, bêtam yu nêtëx yi di niróok yu muus mu mag. Da ci daan nuuru, réer cib saawo bu bėti muus ak ay tóor-tóor mel ni ay jaaro. Ay doxalini mag, dëgër, naxante. Ay waxtu di xoolante te duñu gisante, walla mu gis ki mu war doon ëllég. Sori woon na nu, wóor na. Sori ay xariti daaraam. Sori kërám ak ay waa-juram (daanaka séqul woon dara ak ñoom). Ci gàddaayu bër yi kër Maam. Daan na makiye saa-Siin bu ndaw bi, waaye terewul mu géeyoon. Ñàkk weeri sulet ak ut.

Bër yi dañoo guddoon lool ci Melisa, gàtt lool ci nun. Saa-su bataaxel jóge woon ci moom, fàww sama xel dem ca bėti muusam ya ca seetu ba daan yokk. Damay moytu di ko xool bu baax ci nataal yii, ngir fàttaliku ci moom lu dul boroom bêt yu nêtëx yuñ makiye diiru bër yim mujjee ci sunu maam ju jigéen, ay at ci ginnaaw. Sofia yaakaar ne faram bee koo ko defaloon. Am na jamono, noo daan nekk saa-su-ne waaye weeru ut a nu teqale : moom ci biir seetu bi, yenn saay muy laxas kawar gi, yenn saay mu mees ko. Man ci genn-wàll eskalye bi, ci béréb bi nga xam ni guddul, gàttul, mu ngi ci diggante bi, may digal doomi-bàjjen yi féete ndaw. Daawunu woon xoolante muk, maak Melisa. Xanaa rekk bêtam yu réy ya ci wërngalu xalis ba su ma daan génn sama diiwaan dem duus ya. Gabriela sasu na dem jéli bouddha bi. Gabriela mu baax mi, nangoo sonn ci nit ñi te mën a dox tàñki jàmm.

Gerardo, sunu doomu-bàjjen, moo dëkkoon kër Maam, mook ay xaritam. Géēju buum la woon ak ay ordinatëer. Ak ay desiti sigaret, ak ay kaneti sàngara, ak dóom ak naano ak ay mbuus yu niin yu def ay neem ak soosu suukar bu forox bu waxtu yi dëgërël ak leneen lu ma xamul. Ak sax ay pompi feebaru asma, waa-waaw. Gerardo tontuwul benn yoon mesaas yi ko Gabriela bàyyiloon laata muy dem. Ubbil na ko bunt bi daal tuuti, wax ak moom ci diggante bi. Boppam beek sikkimam yépp a dër. Te bi mu

nekkee xale kat... Mu ni kër gi daa jaxasoo, na dellusi bu subaa. Waaye Gabriela daa puus bunt bi ak doole, daldi dugg. Toogu yi yàqu, xaj yi la walla muus yi (doonte mèsu faa gis xaj walla muus ba mu fa nekkee). Tablo ya ne mes (rafetuñu woon, piirewuñu woon, yaakaaruma ne da leen a jaay, ginnaaw gi loolu la bind ci kippàngo gi). Waañ wi daa niin mbatt (moone kenn toggu fa, nees ko mēnoon a njortee soo gisee kàrtoŋi pizza, bàrketi lekki Siin yi, mbuusi palaat yi ñuy jënd-yóbbu). Waaye nag, ci saal bi la li ëpp ci ordinatëer yi nekkoon, lépp a doon tàkk, di nes-nesi. Ay fiil yu laxasoo rekk lañ te li wax jiy bari lépp dafa mel ni jaxasoowuñ.

Mu ne : ban bouddha ? Mèsu ko woon a gis. Du tey, du lu jiiu tey. Xale la woon te deful dara ci sunuy po. Dara la jotewul woon ak nun. Du ci eskalye yi, du ci seetu bi. Ana ku xam fu mu defee ndawam. Léegi mu ne ngi faax ci kër gi, nekk boroom mbiri kër gi, moomaale sunu ngone, nun ñépp. Melisa ne : samag ngone. Sofia ne ca tonet : sunug ngone. Gabriela dafa bëggoon a dox jàmm, wax leneen, du caagénu li mu sos kippàngo gi ba noppi di jéem a yemale ñaari doomi-bàjjen yépp, ku ci nekk da koy yónnee xaalis, muy dunde. Man moom awma woon lu ma yónnee kenn.

Waaw, Melisa, lu muy doyee bouddha bi ? Lii la Gerardo laaj bi muy gunge Gabriela muy wër estati bu nētëx bi ci kër gi yépp. Dafa door di wax : Su fekkee ne... waaye eggaliwul. Waxul xalaatam ci Melisa ak yi mu naan da koo feeñu, soo demee yàmbaa ji lay nëbb walla mu ragal bëti Gabriela yem ci yenn ruq yi. Ordinatëer yi di riir, foo tollu di leen dégg, su defee ab diir, am waa ju kayan-kayan wóorlu dara ci kow. Ci kow àlluwa lañ leen tegoon te yenn yi rekk a amoon seetukaay. Amoon na tamit ci kow genn-wàllu eskalye bi, Gabriela moo nu yónnee woon nataal bi. Su fiil amul, kuraŋ amul, duñ am njariñ te xéy-na dañ leen iy sànni. Saami weñ yii ci sama béréb bu sell bi, dànd gi ma nekk lingeer di sàmm estati « jade » bi bu làbbe bi nekkul woon Bouddha, waaye da daan yéeg ak reetaanam ci kow musiba yépp, xiif, naqar ak balaa waaye da daan nangu sunuy ñaan : xaalis, xaalis, xaalis.

Laaju Melisa bi jotewul woon lenn ak lu ko feeñu, dafa bëggoon a fitnaal nit ñi rekk. Moom bala muy jéem a teg loxo sunu bouddha bi, tee moo yónnee wërlu seetu ba nga xam ne ci biir la réeroon. Melisa ci diggu seetu bi ak li mu gisoon ci biir (deesu ko xam mukk). Bëti muusam yi, reetaanu dof gi, bëñ yiy nirook si (daggukaay), metitu dagg xef yi, xéy-na. Nataalam bu réy ba jéggi dayo ci seetu bi ngoon gu jot ci weeru ut wii mujje. Dama ko daan séen, yenn saay daan na ma bëgg a makiye waaye mësul nekk. Yenn saay tamit mu réccu powam yu njëkk ya, waxtu ya nu daan nekkandoo bër yi weesu. Moom it, daf ma daan catal bët ci seetu bi su ma daan dem ca duus ya walla may wàcc ci waañ wi. Soo xoollee bët yi, dafa wat yéen yi, rëdd leen palmaan, ni dënnam mel ci nataal yi. Mënees naa wax ne danuy daje ci biir seetu bi ci lu gaaw. *Dans une forêt de Chine, saa-Siin bu ndaw bi dafa réeroon, ni ma réere man tamit, nu daje, nun ñaar. Sunu ndaje nekkoon ferñeent mu gaaw. Ferñent mu gaaw moomu ci ay bêtam, ci samay bët, mujj fay ci suufu faar bu palmaan. Booba la nekk keneen, di gën di sori sunu niwo. Mësul dellusiwaat tamit weeru ut.*

Gabriela gisul bouddha bi, walla boog loolu la nu bind ci bataaxel bu bari màndargay jalu. Kër giy riir, fees ak i buum, soos bu wex bi. Ay takndeer yu daan génnee ci néeg yi, ay xariti Gerardo. Dafa yónnee ndéggat lu gudd, wax ci li mu nekkee ci yoonam. « Yëkkati » woon na xeer bu ne, na mu daa wéyee di yëngal mbir yi tax na koo delloo lu ne fa mu nekkoon. Gisul woon sunu bouddha bi, Melisa du ko moomati, kenn du ko moomati, nekkatul woon fenn, da ne woon mes. Gerardo mësu ko woon a gis, xéy-na laata muy sanc ci kër gi, am na ku ko jëloon ndax « jade » bu nêtëx bu am solo bu mag boobu jóge woon Chine. Gabriela wër na ci tirwaar yépp ak dencukaay yi defoon ba tey bagaasi Maam yi, dëkkaaleek fiil yi ak ordinatëer yi, waaye gisul woon dara. Mënumaa bañ a xalaat « tànkam bu damm bi», loxo xaleem yi di raay ak a raayaat kuuñ bu nêtëx bi ak gacce waaye binduma ci dara. Guddi jot na bu yàgg te fileek waxtu yu néew damaa war a jóg liggéeyiji.

# Pool bi ak jàppukaay bi

---

*Nicolás Melini*



Ku jigéen kee gënoon ku góor ki. Tanewu ko woon lool sax, waaye daal, naka lees di gam-gamlee. Li mu nekkoon saa-Españañ rekk joxoon na ko gëdd ci àddina si, te xamoon na ko. Rax-ci dolli amoon na ay sañ-sañ, am liggéeyu boppam, amoon mécce. Nit ku moomoon boppam la. Nii la deme woon. Ci geneen wet gi, kee moom ab jaaykat buy topp mbedd yi la woon. Ci mbedd mi lañ xamantee muy jaay. Ménees na ne jaaykat la woon ci mbeddum Orense, daanaka ci buntu kër ndaw si fekk mu doon liggéeyiji fu soriwul dara, cib biro bu tëje... Xamoon na mbooloo mi Bouze daan jaay, ndax moom ci ñooñu la bokkoon. Amu ci lu muy laam-laame. Méneesu woon a njort ne nii la njoolee woon, am doole, baax. Soo ko jege waan ngir ay laaj ñeel saagi màrk yooyu, bàyyi ginnaaw njort lu ñaaw, bépp tuuma ñeel ko (walla boog su dee tuuti), dangay gis ni nit ku baax la. Moom it, ngir rafetal, da daan muuñ, di wax ak baat bu xuur bi, bu lay dugg, booleek i yàq yu mag ci nëwu ak tëggiin. Waaye ku oyof la woon, dal, am faayda, li daa lëmbaaje jigéeni españolañ yi daan taxaw di xool saag yi. Kumpa gu fësoon la ba méneesu koo bañ a bàyyi xel.

Dafa waroon a yewwu ci li mu amoon, tëye ko bu baax. Moo tax ndaw si daan ko wax : bul tas sama yaakaar, xoolal bu baax li may daj ci yow. Waaye moom da daan taxaw rekk mel ni kuy xalaat : looy wax nii. Ndaw si ci boppam gis ne mu ngi koy gëtën, ba daan ko sax tëkku waaye li ci doyoon waar mooy wàññiwu ko woon dara, walla mu doon safaanu la mu bëggoon, far. Da daan tax mu koy sori te su ko mësaan sori, daf daan bëgg mu kott ko ak yàkki, ndaw si daawul bëgg jamono ju tuuti jooju ci seen diggante rëcc ko (doonte daawul bàyyeeku). Fàww mu doxale woon noonu ndax bañ koo won ne da koy yëngal, moone jaru ko woon. Ginnaaw moo ko gënoon, (déédéet, du woon loolu), daf koo noboon ba dof.

Suba soosu, Bouze da ko doon gaaral ni ko bëggu ko bu baax. Mu metti woon ko lool ci xolam. Waa ji dafa jàpp ne kooku sonnul ngir jàppale ko ay këyitam jaar yoon ca Españañ. Beneen yoon daa jaar ci digg bi : Elena, duma sa jëkkër. Naqari woon na ko.

Lan la waa ji bëggaatoon ? Ndaw si toog ci catu lal bi, di xool li ko wër, dëkkuwaay bi, ndax da koo joxul ko dund gu kowe njortam ? Waa ji taxaw fi mu taxaw. Waaye ndaw si mënul woon gëmm bët guddi gi. Ñenti at ci ginnaaw la ko dalaloon këram, kër gu baax ci diggu bérébu njaay. Suba si, waa ji day wàcc jaay ci palaas bi; su póliis daan dàq jaaykati Afrig yi, moroomam yi daw, moom kepp daan làqu ci bunt bi. Da daan yégg ci dëkkuwaay bi, toog fa, dal. Lenn rekk la ko ndaw si nanguwulooon mooy bu mu ñibbisi fekk njaay mi ci biir. Waxoon na waa ji mu seet béréb bu mu denc njaay mi ndax day ragal mbàjj mi jaxasook saag yi ci tasaaroo ci parquet bi. Doonte laajul woon palaas bu mag, njaay mi tege woon na ci suuf ci tali bi. Bëggu ko woon fii.

Li ko waa ji déggaloon neexoon na ko. Du caagénu jébbalu walla ragal waaye yar la woon. Lépp lu ko ndaw si mësaan wax, mu def ko doonte yenn saay du ci ànd. Waa ji xamoon na ne daf koo war a def. Waaye yenn saay dina won ndaw si ne dafa éppal, te na bàyyi di ko wax lii walla lële. Su ko defee mu tiit. Dafa ragal waa ji bañ koo nànd. Waaw, su dee waa jaa ngi dund metit te bëggu ko koo wax, bëggu ko koo won ndax yaram ? Mbir yaa ngi dajaloo te dinañ mujj ni jamet sa kanam, doo xam looy def walla fekk mu wees. Te ndaw si bëggul mu weesu ci ñoom ñaar, mukk ci àddina.

Bés ndaw si mës na ko ne : puróx. Waaye loolu tamit niruwul woon lu ko yëngal. Mu jéppi ko ak ay tuñam, def riir miy saa-Senegaal yi di wone ne « doy na ». Mu metti lool ndaw si, mu saaga ko woon sax moo ko doon gënal waaye su jëfandikoo mbatitam, day gis ne dees koo beddi, kuñ dàq. Jéppi gi ko waa ji jéppi gën a réy ci moom. Mënul woon tontu lu ni tollu. Su ko doon toppandoo (doonte jàngal na ko naka la) du def lu dul gën a xeebu.

Waaye loo bëgg... Ndaw si ak jëmmam, ak lépp li mu am, dafa waroon a nekk, dëggantaan, gënt ci waa ji. Waaye nirul woon ku bég (āhākay, niru woon a ku bég waaye bégul woon dëgg-dëgg). Daf daan fexe ba ndaw si yaakaar ne dafa nay te moone mu ngi ko

daan defal lu ëpp lu ko ku mu mënti doon mën a defal. Waa ji da ko daan wax : ginnaaw ñenti at ma nekk ak yow, dara soppikuwul ci man, gisoo loolu ? Waa ji dafa xatoon. Ndaw si ne ko : am na lu soppiku ci yow ndax maa ngi fi. Bi nga ma xamagul woon, nekkuma fi woon. Daa na metti waa ji waaye li ko daan gën a metti mooy bi mu xamee ni Elena dafa jàpp ne moom mooy kiy doxal seen diggante. Fu mu tollu di wax li mu indi ci diggante bi. Waa ji gis ne loolu ràcc jëmala sa kanam la. Elena xamoon na bu baax li baax ci moom ak ci seen diggante. Ndax ñoom ñaar ñëpp a xamoon la Elena daan xalaat bu waa ji daan wax ne dafa xat ci kër gi, saa-su-ne ci benn béréb bi : ndaw si di def lépp lu mu mën ngir waa ji bañ a jëm kanam. Ngir bañ mu def lu ko ump, daf daan « profiter » ci li waa ji déggul español ndax daanaka mbind ak dawal as tuut rekk la ci mën. Mu ngi woon ak moom saa-su-ne, di ko toppatoo bu baax, di toppatoo lépp, da daan dem ba jeex. Waaye li taxoon waa ji xat ci kër gi mooy mënul woon jëm kanam, mel ni kuñ jéng, topp ci ginnaawam rekk mel ni ku amul benn nisër, mel ni ku ñëw Espaañ rekk ngir ñu daje. Amul leneen.

Ndaw si bëggoon na ko, bëggoon koo yilif. Du woon xale bu ndaw. Fegu woon na ci lépp li mënoon xew : yeneen jigéen jëloon nañ yoon wu ni mel. Biñ demee ba xam njariñ lim leen doon indil (am na jamono joj dafa mel ni feebar buy wàlle, ay jigéeni Español, magi jëm̄ ak ñeñeen ñu gën a féete ndaw « mbuxuri » di séy ak ay doomi Afrig.) Waaye ci ñu bari, mujjul fu baax : ci yenn fànn yi, dañ leen a yeyoon ni leen mooy li gën ci ñoom te moone ku ci dem ba mën rekk, takk beneen jabar ca Senegaal, am fa ay doom. Suñ la jàppee tamit dañuy wéy ak ñoom mel ni dara xewul. Am na ñoo xam ne nëbbuñu ci dara, dañuy takk jabar fa Senegaal walla Gàmbi te du neex seen iy soxna español yi. Te suñ bëggee tas, *bye bye*.

Ndaw si xam na ne dafa war a def lépp lim mën ngir waa ji bañ a am ay këyiti yoon. Ci la bannexam aju woon. Moom sa bopp gu fés. Dofewul woon noonu. Rax-ci-dolli, sama soppe, man tamit damaa

dékku lu bari ndax yow. Ci sama njaboot nga bokk, jànkoondeel naak yu bari, xam nga ko, njalbéen ga metti woon na. Bouze naan ci xelam : lépp lay teg ci taabal ji, mel ni nekk ak moom sarax la, waaye ca njabéen ga ba tey xamoon na ne taxu koo neex. Te tamit dëgg gi mooy daa neexul sax, faf : yenn gis-gis yu wuute rekk tuuti te daan nanu leen (amuñu woon benn solo soo xoolee) yu mujj ne mes te defunu ci dara. Doomu Elena ji, amoon fukki at ak juróom, gis na ne lu baax la mu dëkk ak ñoom, muy doom ji di ndey ji, dañ koo soppoon. Dafa taxoon seen dund gën a neex tuuti. Ak Jaime, doom ji, fexe woon na ñu déggoo ni ay naatango. Ndaw si daan na ko ci gërëm ndax gisoon na coppitey doom ji, ci fippu gu tekkiwul dara ba ci ruccantikuy yëg-yëg ak cofeel ci moom, ci ndaw si ak tamit maamam. Maam ji da leen daan wax ne de Bouze (doonte ni muy waxe tur wi daa reetaanlu) góor dëgg la, bokkul ak dof boobu nga doon séyal, doonte layalkat la woon. Ñépp xàqtaay ndax ci Carlos moomu nga waroon a dal ngir mu tojal la walla nga feyyu li mu leen faaletul woon. Waaye Bouze ci boppam loolu neexu ko woon : Carlos mooy baayu Jaime, kon dañ koo war a jox cër te rafetul ñuy wax yenn yi ci kanamu doom ji. Bouze yërëm ko. Ca Senegaal deesu fa woon wax yu ni mel.

Daf daan xalaat ne niy Elena doxalee ak moom du yoon mel ni moom ab sàmbaa-bóoy la rekk doonte amoon na ay jafe-jafe jéfandikoo portaabalam. Su dul woon ak moom tamit, waa ji dina ci génnee nii, mënoon na koo defee nii, te du ci am jafe-jafe. Xéy-na ndaw si dafa yaakaar ne waa ji xamu ci dara ? Ak bile lay, mën na dugg ci dundam gépp. Bokk ci lépp. Ñàkk foo rëccee day toroxal as gor. Ñu yilif la. Ndaw si dafa fexe mu nekk nit ku wékku ci moom. Góor gu wékku ci jigéen. Du takkoo, du nekkaale, du jëkkër. Te moom it parewul ngir bàyyi dara. Aakimoo lépp : waa ji (saa-su-ne, bés bu njëkk ba ba tey, ba fàww), ak caytu lépp lum daan def.

Gis naa keroog sa benn doomu-bàjjen yónnee la bataaxel ci Facebook... Mëñul woon a xam liñ waxante ndax ci wolof la woon (ak ñaar walla ñetti baati tubaab, waaye doyul ngir mu xam lañ waxante).

Mu metti ko, wolof bi. Daanaka Bouze mënul bind ak dawal waaye mën na jukkoo ci lënd gi (Facebook), di yónnee ak bataaxel yuñ bind. Lii moo doonoon ñàkk njàngam. Te tamit am internet ci telefonam, ndax ndaw see jëloon këyitu déggoo telefon bi, def ci jomtukaay yépp, lii moom neexul woon. Waa ji moom, faalewu ko woon. Nèbbul woon dara, nèbbu ko woon dara. Waaye gënalu ko woon muy saytu doxaliinam. Ca njëlbéen ga, xéy-na neexoon na ko tuuti. Mu jàppoon ne mën na nekk màndargam bokk ci moom. Beneen njuréfufu mbëggeel gii yépp jëm ci moom. Soofu ko woon nag. Dafa yaakaaroon ni day jàll, dafa jàppoon ne waru cee tiit. Waaye mujj gi, ndaw si day ragal fu mu tollu rawatina bi ko xaritam yépp di fexe mu bañ koo wóolu. Xam nga li sa xarit, Mois, def ndaw sii ? Waaw, xam naa ko, rafetul, la tontu. Waaye man duma Mois. Te tamit Mois mësul nekk sama xarit, xam nga ko. Lépp lu ab saa-Afrig mënnoon a def day doon mu nekk yen ci moom mel ni du doom-Aadama. Mbir yii poson lañ woon ci seen diggante. Waaye bëggul woon weddi mbir yi, bëggu leen woon a layal mbaa jéggal (jappewu leen woon dara, ay mbir yu daan xew ci diggante ak magi jëmm la, yu war a am ci diggante ay jigéeni español yu magee woon fukk jëm fukki at ak juróom góor ñi ñu daan nekkal). « Jigéen ji » sa moroom la, xam na li muy def, dinañu séy su fekke ndaw si jox na ko xalis bu dul jeex, jëndal ko oto bu muy dawal, ak beneen oto ak moto bu muy yónnee ay rakkam fa Senegaal. Ginnaaw gi dañoo xuloo ndax ndaw si dafa gis ni lolu jaaduwul. Waa ji xamoon na keneeen ku pare woon ngir defal ko lu ëpp lii. Ci weer la takk ki ko joxoon xalis bu takku bi, jëndal ko tamit ñetti oto yu bees yu mu yónnee Senegaal ak beneen buy waa ji ci boppam di dawal. Ba pare mu ni waa ji su fekke dafa bëgg a takk jabar ca Senegaal ngir am i doom, lolu du benn jafe-jafe; li mu koy ñaan rekk mooy bum ko bàyyi muk. Saafara sii moo gën, am déet ? Da ko daan wax : bul xalaat ne dinaa la bàyyi nga am beneen jabar. Su ko defee waa ji day noppi, di ko xool ak tiis, noppi googu nag da daan yàq xolu ndaw si. Muy lox ci cell gi daan tee dëggu li leen dal ne fànṅ.

Mujj ga wax na : li may yóotu soriwul. Te mësüma laa laaj xaaalis, saa-su-ne damay wàcc ci tali bi di jaay ba ci bés ba nu xamantee.

Waaye loolu leneen la woon. Elena dafa bëggoon Bouze bàyyi di jaay ci mbedd mi. Su ko Bouze laajee leneen lan la mënoon a def, mu ni ko amul benn wareef, fileek mu ngi fi, du ñàkk dara... Waaye kooku gëmu ko woon. Fileek maa ngi fi..., loolu rekk la daan wax. Moom daal dafa yaakaar ne lépp ci moom la yem. Nekk lu dul nekkaaleem ci dund gi ? Des ci kër gi ? Wékk léppam ci moom ? Di ko laaj sax xaaalis bim war a yónnee njabootam weer wu ne ? Nekk ak moom ngir rekk mu féex ? Ngir rekk mu bañ a tiit ? Lu mel nii la xeexu Elena doon niróol. Waaw su ci Elena amoon ndam, waa ji wéer léppam ci moom, lan mooy xew ginnaaw gi ?

Du bàyyi, de. Taylewul woon bakkanam ngir ñëw Espagne bañ def ay géntam dëgg, bañ a matale ay wareefam. Li ko waa ji toppul woon tiis na ko. Bëggoon na *dalal xelu* waa ji. Du woon jafe-jafe ci moom mu yor waa ji. Waaye waa ji bëggul woon mu wàcce ko. Dafa bëggoon di kër-këri. Mi ngi doon gën di mënal boppam lépp. Jafandu ci moom, gërëm na ci ndaw si. Xéy-na ndaw si dafa jàppoon ne loolu la waa ji doon wër benn jamono, mottali yenn yi mu mànke, yëkkatiku ci mboolaay gi ; waaye ndaw si bum fàtte ne diggante bi du waa ji rekk la amal njariñ, dëgg la ci ñoom ñaar ñépp (doonte li ñu amul ak seen iy bëgg-bëgg wuute nañ), te looloo doon dëggëral seen diggante, moo taxoon ñu bëggante lool.

Bi mu dogalee dellu ca béréb ba mu ko jaayee woon saag ba démb (fekk mu tas diirub ay at, amoon na doom ju góor ju am fukki at, nekk ci moom) amatul woon yaakaaru gisaat ku ko bëgg, mu nobaat, góor gu ko xédd te bëgg ko na ko kenn defe woon ñaar-fukki at ci ginnaaw. Booba fekk mu nekk ndaw lu jekk lool, neex a bëgg. Jamono jooju, dafa jàppoon ne kenn xoolatu ko, mi ngi jëm mag doonte amul woon lu dul ñent-fukki at ak juróom-ñaar. Waaye Bouze muuñ ko, wax ak moom ak lewetaay mu dawloo yaramam.

Dëgg la ne waa ju njool jii, am doole, dib tãneef (fukki at ñaar ci seen diggante, doonte boobu xamagu ko woon) da koo xemmeem ?

Looloo taxoon mu délsi, daldi feeñalaat boppam, di lox. Mu am mbetteel bi mu gisee ne waa ji xam ne moom moo tax mu dellusi, mu nangul ko woote bi ; ñu bokk reer bu neex ci benn *restaurant* bu ndaw si taamu woon. Ndaw see fey, waa ji sax a bëggoon a fey walla boog ñu séddoo pey gi ndax waa jee ko bëggoon a përye waaye ndaw si bañ, ne mooy fey. Bàyyiwu ko mu fey te tey bim koy xalaat, jamono jii tembe, foofa la seen iy sàrti diggante doore : li mu bëggon lañ def, li mu jàppoon ne moom lañ waroon a def, li ko soxaloon. Dafa bëggoon a doxale ni jigéen ju mënâl boppam, féex, ëpp koy at. Xamoon na ne soppï yenn ci cër yu xewwi yi ci diggante góor ak jigéen jamono jooju lees ko waroon a def, rawatina su dee ak góor gu mel ni kii : féete ko ndaw, saa-Afrig, jaaykatu mbedd. Ginnaaw gi mu përye ko këram, ñu nekk ñoom ñaar rekk (doom jaa ngi woon ci pàppaam bés yooyu), doon wax ci xelam ndax seen diggante mën naa yàgg, ñu koy ñaan, mu tiit ci mën-mënam- mu xalaat ne wãññeeku na bu baax- bégal ko ak yaram wu tàmm wi.

Mu am xel-ñaar : ndax ci néegu gan bi *lañ koy defee*, waaye mujj gi mu yóbbu waa ji ci néegam. Ñu summeeku, fónante, mu fees dell ak xemmeem, di ñaan waa ji ganesi k- saa yu ubbee bët yi du gis lu dul ñuulaayu deram bi ko sàng. Bim ko waree xëcc ci boppam nag, dafa am mbetteel ci ni waa ji duggee ci moom, ànd ak lépp luy jëmmal ñuule ak seen iy metit. Mu mel ni ci saa-si njaam ga ak xeex bu yàgg ba ngir àq ak yelleefi Ñuuley Amérig du Nord dañuy newwi ci biiram. Nii rekk, benn yoon. Mu mel ni ku ñu roof naqar ak gacce, ëllëgu boppam. Moom daal, teeru ko romboon na teeru ko moom. Mbir yu bari booloo, lépp ak mbetteel. Ginnaaw gi, ci seen ndaje yi ci topp, la ko doon jéem a xoolee ni góor rekk ; ku yemul ak ñëppp, nit ku amul melo der, ku amul mboor. Tãneef la ci góor, rafet lool, der bu dëgër, njaxlaf ; waxambaane bu ko xemmeemooon lu ëpp (loolu la yëgoon) ñeneen ñi ko xemmeemooon

ba mu nekkee ndaw lu neex a bëgg. Xemmeem gi ko Bouze wàll dafa meññ ci moom yëg-yëgu ngor jëm ci moom. Yeyoo na ko. Xol bi da daan sedd guyy bu daan daw di sànniji ca mbalitu waañ wa mbuus ma fees ak maniyu. Céy bile yoon... Kontaan, xol bu fees, sagu, bég.

Diirub ñenti at ñiy nekk ñoom ñaar, dem nañ ci Portugal (Algarve, Lisbonne ak Peniche), Canaries (benn yoon Grande Canarie, beneen bi La Palma) ; def nañ ski ca Jaca ak Sierra Nevada ; dem nañ tamit Maroc (Casablanca, Rabat, Marrakech), doon dal ci kër yu neex. Te saa yu ñu àndaan tukki day mel ni dañuy séetalaat. Ndaw si mënul woon a am mbégte ak sag yu ëpp jagleel ko dund gu neex gii, noonu la koy sargale. Daf ko daan xool, xam ne waa ji war na koo gërëm ba fàww.

Fu ñu demaan bër, su weesoow powum taat, gééj, lekk yu neex yi, sangu pisin, dàmpu ci apaartmaa bu Jaca walla doxantook gaal ci gééju Atlantique, waa ji du woon fàtte ay mbokkam : bés bu Yàlla sàkk day wax ak yaayam ak ay rakkam. Moo leen daan yónnee seen xalisu dund bés bu jot ak it xalis ci xew-xew yi, korite ak yu ni deme. Daan na topp feebaru ñaareelu pàppaam, di waxtaan ak rakkam jiy toppatoo duus yu yees yi ñuy tabax ci kër gi te mu joxe xalis bi. Daf daan mere yaay ji ndax toppatoo wul feebaru jabetam bi. Daan na ko yónnee xalis ndax mu mën a ber lekkam ni ko ko doktoor digale woon waaye jariñul woon dara ndax feneen la daan dugal xalis bi, di lekk lu ko neex.

Yenn saay Bouze day tonq te du ko tay ndax fa mu soqekoo-ndóolu Senegaal te loolu day dooleel ndaw si, mel ni daal day tax mu gën a baax, gën a tabe, gën a laabir ci moom ak i mbokkam. Ci lu wér Bouze bëggoon na mu gën a laabir, di ko gën a defal. Su ko deful woon mu wacc ko. Waaye yenn saay Elena dina ko ko feyloo -walla sax da koy feyloo saa su ne- te daan ëppal. Jaaduwwul, mënul woon ñàkk a xalaat ne li ko may mu koy feyal ay tukki yu neex ak yeneen yi ciy ànd yépp nekkul lu dul ñàkk a yemoo gi ci àddina si.

Mbégte mii ak pexe yi muy def ngir yilif, moom, ñoo taxoon waa ji dogu ci tukkib nëbbu, yoonu suuf, di naqar ak musiba ci réew yu bari. Looloo tax tamit mu nekk Espagne te daanaka tekkiwu fa dara. Ndaw see daan fey, waa ji bänneexu waaye ndaw see ëppoon bänneex ndax mbégtém nekk kiy defal waa ji da cee dolliku, ndaw see taxoon waa ji nekk.

Waa ji di ko ñàññ : Dafa mel ni dangaa bég ci li samay mbokk mënul am dara. Xawma dara ci li ngay wax. Du neex na la, cuq na la, am déet ? Waaye lii xamoon na ko ca njalbéen ga, dafa yaakaaroon ne rekk jot na ndaw si tamit seetlu ko.

Puróx...

Duma puróx, Elena.

Bokkoon na ci yenn yi taxoon mu bëgg a dem bër ca Maroc (doonte wiisaa jafe woon na), ndax dafa bëggoon a dellu ca réew mañ ko toroxale woon, mu dund fa naqar ak taafar. Dafa bëggoon a doxantu ci mbeddi Maroc yi niki ab wëraakon noonu rekk, ab ma-xeji ak ay àqam, kenn du ko fitnaal. Daf leen a bëggoon a xool ci biir bët, xéy-na sax, feyyu ñi ko tooñoon, doonte lu ndaw lay doon, niñ ko toroxale woon. Fu ne mu ni fa naam Daraame, tëye loxo ndaw si te xam ni teewaayam rekk dàq na ragal. Elena nekk farandoo bu mat sëkk. Suy wax jëme ci moom sax da naan sëñ bi. Sëñ bi. Saa-su-ne sëñ bi. Saa yu nee sëñ bi rekk day mel ni ag tëkku-nëbbu : bul dof, na nga xam ki ngay digaaleel, jox ko cër. Moom it mu jaaree ci xool saa-Marog ak bëti ku bëgg a dagg seen bopp. Wóoran na ne mbokk yii, jullit yii duñu woon benn yoon ay mbokkam. Elena tamit daan bänneexu bu baax ci yaramu waa ji ci mbalka yu mag yañ daan sangoo ca kër yu bakkene ya te nëbbul woon mbégtém, lu bees la woon ci moom- jaay lu amul rekk- , ci melo der bi wuuteek deri azulejos, ay piis, ay tapi, giryaasi bant. Am na jamono joj dafa gisee boppam niki caga bu góor te loolu neexu ko dara. Mu ni ko nag ñu daganal seen diggante,

lum bon-bon ci kanamu Yàlla, ndax dalal xelu njabootam. Bi ñu jógee Maroc ñu tàmbali waaj takku jàkka ca Centre Culturel Islamique ba. Takk gi nag waa ji rekk la soxaloon. Ndaw si moom soxlawul woon topp mbaax yi. Day wéy di lekk yàppu mbaam ak a naan sàngara ańs, waa ji moom faalewul woon loolu. Muuru bokku ci. Lu dul ci waxtu wi ñuy fas séy bi. Kepp. Mu waatlo ko ne du am lenn lu muy soppo ci dundam ndax takk gii, waa ji dalal xelam : amoo lenn looy soppo. Moo tax su ko daan sèppu naan ko *duma sa jèkkër*, Elena, di wone ne dara soppokuwul bi mu ñewee ak tey, ndaw si day mel ni kuñ mbej ndax moom mi ngi séy. Ci màndarga, nangu na jéego bi. Leneen li am mooy séy bi du tax mu nekk ci yoon ndax mottaliwuñu la war ca Espaañ. Waaye moo ko tayoon di ko waxee noonu doonte yègoon na ne jabaram la. Dund moo fees ak xeeti woroo yii. Ñu ngi doon séy waaye séyuñu woon waaye ñu ngi doon séy.

# Njub-loxo Maria

---

*Andrés Neuman*



Ci ñi ko xamul, ndax àddina daa gudd tànk, ci sunu gox, Maria am na : *saalu defar kawar* bu yeex, njub-loxo, tuuti kilyaan. Su ma sama xel naxul, am naa mbégteem nekk ki jiitu ci ñi gën a yàgg a ñëw bàyyeek loxoy Maria ngir kawar gu rafet. Loolu di tekki ne mag dugg na ma. Waaye daanaka, daanaka.

Xareñug wax ci lépp naka-jekk rawatina ci dara. Lii tamit Maria am na ko. Taar bu bawo ci gémmiñ jëm ci bakkan. Ak laal bu mel ni luy naaw, xawma daal lu nekk ci catu baaraam yi. Sama jamono ngune, daan naa dem ca Saloom yenn saay juróom ba juróom-benni yoon weer wu nekk, mu dugalal ma sama kawar ci ndox mu nugg mi.

Su ma sama xel naxul te nanu xam ne léegi day neex samam xel mu may nax, kéemtaan gaa ngi dakk diggante atum junni ak juróom-ñenti téeméer ak juróom-ñent fukk ak atum ñaari junni ak tuuti. Waxuma njub-loxob Maria waaye juróom walla juróom-benni yoon yii weer wu nekk. Saa-su-ne baraamam yi daanaka soppeekuwuñu. Waaye, sama kawar, moom, mu ngoog.

Maria am na : peñe yu dëgër yu baree bari, ay siso yu xomaat ak muuñ gyy melax ngir nëbb mbir mi. Kilyaani tey dañoob bëgg jumtukaay yu yeex. Ay masini kurañ. Ay diw yu yéeme. Ay nataali xawma kan. Man, nag, lu ngeen bëgg, muuñug Maria moo ma gënal. Su dee moom, nag, du caagénu damay wonewu, maa ko gënal tamit.

Dina ko neex ma egsi ci saloom di wëliis, summi sama mbaxana, wékk sama mbubbum sedd, sujjóotal ko, toog sama siis. Menn mi saa-su-ne, gën a sori bunt bi ak powi àddina sii nga xam ne sunu cofeel balleewul fii ci biir. Su ko defee, ma toog, teg sama bopp, xaw a gëmm, daldi binni :

– Niki saa-su-ne, Maria.

Lii mooy li may def diirub xawma kañ dëggantaan. Te tamit lii laay jéem a wéyal su dee mën na nekk ba tey. Ndax, waa-waaw, su dee jamonoo ngi dem, kawar moom waxaalewuma ko. Ñoom ñaar ñépp a ngi dem ci lu gaaw doonte dañoo mel ni ñu yeex. Mu mel ni ni at yiy demee ak nawet yi, te kàkkandewuma sama bopp, may waññi samay tànq ca saloon ba. Ñett, ñaari ngoon ci weer wi. Muji gi ñaari weer yu nekk, ñett, ñenti weer. Jàppoo ko nii. Mu laaj ma :

— Niki saa-su-ne, Maria.

Ba bés ba nga xamee ni damaa muñ, di fa dem lu dul benn yoon kese ci at mi. Moom. Mooy sàmm samay yëg-yëg. Sama takkoo bi, sama lingeer bi may gis lu néew te mu am yii : ay dàlli maam ak baaraami xale bu jigéen bu ndaw.

Tàmm naa di saytu sama bopp bi ci bépp seetu bu ma dajeel. Di xool sama jubba bu ndaw bi di yokk, ma yàkkamti ko. Man maa yàkkamti. Du moom, de. May waññi bés yi nu dese, maak sama jubba, bala nuy dellu saloo ba dénk sunu bopp loxoy Maria. Ndegam jigéen ju mat la, mësü cee wax lu gën a tuuti. Du ci sama jubba bu ndaw, du it ni ma fay gëje.

At mii, ci dëgg-dëgg, mënagumaa dem ca saloo ba. Naam, xam naa ko, duma yambar- walla boog du ak Maria- mën naa faa jaar nuyu ko ak lay wu njëkk a ñew ci sama xel. Waxtaan tuuti. Toog fa tuuti, waxtaane jamono ji. Walla perye ko ci lu ma waajul, ndaw gâce, ci sàngara su ndaw walla sokolaa bu tàng. Xam naa ne du doyal ci sokolaa. Du benn, du ñaar, gis naa ko gémmiñ gi taq sokolaa.

Waaye doonte ragaluma, du doon benn. Déet, sëñ bi, du sax ci gént. Ndax su nangu woon tamit -ndax dina nangu?-, du ma laalaati mukk ni mu may laalee te moom kepp mën ko. Yaakaar gu réy, waaye du raay sama bopp bu leel bi, sama jë bu boxoñu bi, sama ñaam yu wow yi, sama rëddu nopp yi. Te lii laa sopp ci moom. Maria am na tamit : du muñ yenn mbir yi, jëkkëru alkaati, ay disk boléroo yu bari.

Ayu-bés biy ñëw walla ba ca topp gën gaa yées, fas naa yéene duggaat ca salõo ba. Waat naa ko. Du moy. Muy taw mbaa muy ngelaw. Tayuma ko : sama deru bopp mi ngi lox ak mbëggeel. Dinaa takk sama fit. Dinaa peñe li ma dese ci kawar, kawar gu wéet gii ci sama diggu bopp. Dinaa dem ba ca bunt ba, puus ko di wéliis ab boléroo. Summi ndànk-ndànk sama mbaxana. Wékk sama mànto. Sukkal ko. Seet sama toogu-xóot. Su ko defee nu wax li nu bëgg a waxante :

– Niki saa-su-ne, don Ernesto ?

– Niki saa-su-ne, Maria, niki saa-su-ne.



# Néeg bu ñuul bi

---

*Giovanna Rivero*



# I

Li ëpp ci sama dund bi ma nekkee mag maa ngi ko defoon ci suuf si, foo ma fekkaan maa ngi gas i pax yu takku ni rëddi baaraam ngir ëllëg gu réy lool. Walla tamit ëllëg gu xat. Moone, tey, maa ngi nii di jéem a tēj ag dënd, tēj ab bunt ba fàww, ndax kenn warta tijji mukkk bunt boo dul mën a tēji ëllëg. Moom la Samuel daan wax saa-su-ne : maa ubbi bunt bu alku bii, mu réeral caabi ji moom kott.

Waaye Samuel, ci jamono yooyu, fekkoon na mu diig ci tēju goo xam ni sama yaay rekk a ko ci mënoon a génne, te du ko wax dara, loxoom lay teg ci mbagg mi fekk muy dawal ndànk *téere* walla mu mel ni kuy xeex ak a laxasoo niy màkkarooni. Bunt bii rekk laa bañ, da daan waxtu yenn saay, doonte sama loxo yaay a ngi ci mbaggam. Kenn xamul woon ban bunt la daan wax. Kër gi ràpp na waaye danu daan teel a defar lépp lu mësaan yàqu muy ndox ci xadd bi walla tàggi melantaan yu safara yees foogul.

Lépp a ngi door fa mu waroon a jeexee, maanaam ak deewug Samuel.

Yow, yaa am nataalukaay bi, bi koy Fran wax mi ngi kott ci dënn bi keesu bant gu ndaw gi defoon ay paaka. Loolu la ko Ndénkaane li jagleel. Ndax boyet bii keesu néew lay nirool. Nataalukaay bi moom mi ngi nekkoon ci benn saagu der buñ dénd ci wet yi. Judduwulu ko waaye am na ku ñawaatoon der bi ak loxo, topp melokaanu saag bi. Xool naa takkukaayu saag bi, melo wi ràpp ci digg bi. Fan la nataalukaay bi jaar laata muy teersi ci loxoy Samuel ? Génne naa nataalukaay bi. Xeeñul lu dul ag weñ. Bët bi daa fell ci wet gi waaye gis na lu ma gisul. Ma delloo ko ci palaasam, xalaat ni mu ñàkke njariñ. Dinaa ko gaaral ci kow miir ni koy rëbbkat yi di defe ak boppi mala yiñ jàpp. Bataaxelu miraas bi kat benn pàccu jukki bu mu bind ak loxo la, sama yaay dawalal nu ko, taxaw ci baat bu nekk. Xéy-na dafa jàpp ni su noppee dawal gi lay càmmiñam li door a dee dëggantaan. Jamono ji miy dawal, dund gaa ngiy wéy, dëgër boppam gaa fi ba tey.

Mën nga koo jaay, la ma Fran wax, di méngale ci xelam njëgu nataalukaay bi ma donnu ak paakaa yu ñaw te bees yañ ko jagleel. Waaye waxuma dara. Sama doomu-bàjjen ji, Fran, dafa mës a xayadi te it mënul xayma foqaleeg dajalekat, waaye bun fàtte ne jamono yooyu kenn xalaatul woon liggéey boobu ci dëkk bi nu juddoo ba noppi raafalee fa sunug ndaw. Ginnaaw gi xalaat naa jaay nataalukaay bi ci njëg gu xéewale. Ba tey mën naa koo def. Nataalukaay bu jóge Almãñ la, màrk Leica yu njëkk ya. Samuel nee woon na ma mi ngi ko jënde woon cim njaayu njëy yi, ca réewum Brésil. Làkku portugees wi mu peegul woon bu baax moo taxoon xamul dëggantaan mboor mi ànd ak nataalukaay bi waaye gisoon nay ferñeent ci bëti ñi nga xam ne suñ ne jàkk mbir mi xam ne ëpp na mbir kese. Waaye ginnaaw Samuel, amul woon keneen ku ko bëgg a jënd. Mu indi ko nag mel ni jublan yu yàgg a yàgg yooyu di def lu ñuy tere ci garab walla mala bu njëkk ba. Waaw, nataalukaay bu metti la ndax bareetul béréb yees mën a génne ay nataalam. Dangaa war a yor say jumtukaayi bopp maanaam néeg bu lëndëm kériis, jënd ndox yuy gën di jafee am, def sa doxaliin, te fexe leer gi bañ a yàq nataal bi nekk ci *néгатif* bi.

Bi ma jotee nataalukaay bi laa xam ci saa si ne sunu digaale du lu nuy waxaale. Tuuti ma bind « nangu nataalukaay bi », waaye damaa mujj dawale joxoñu ordinatëer bi ndax ndono deesu ko bañ, màqaama mii amul, kon mënoo ñàkk a jël ndono li keneen jël dogalu bàyyil la. Te moo tax tamit may bind lii tey (xéy-na sama ñàkk ànd ci miiraas mi), ndax bëggumaa ga kenn ci njaboot gi mu nangu sama moomeel. Ku ko bëgg, na ko sàkku ci yoon. Sama kër, sama suuf si jàkkaarlook dex gi sax te léegi nit ñu wayadi dëkke ko, ba ci sama xaj yi nga xam ne ay tannéeef lañ te ñooy sama njaboot dëgg, lii lépp mën na mujj ëllëg ci doomu Fran, sama benn jarbaat kott... Waaye Fran, de, saraxu na ma ni buma leen bàyyil dara, ñu ngi sant. Day sagu rekk. Waaye su mënoon na gis ni mu tiisee, ak doomam jeek ay kuuñam, amul baaraam, mu mel ni ab tóor-tóor bu raglu. Xam naa ne doom ji sinemaa lay jàng te looloo gën a dagg xolu Fran bi, ndax ñiy def xeeti liggéey yii mooy

ñi mën a yàq seen ndaw ak seen alalu waajur ngir ay seetuy picc yu ndaw. Gis naa ñaari nettali yu mu def : benn bi ci xiirtal ak mbaaxi garab yiy song melantaan yi, naka la seen ruu nekkee ag fiir ; beneen bi ban diir lay jargoñ war a soxla ngir defar ay ràbb yu wuute. Bonuñu waaye jëfandikoo kameraa ak baati ginnaaw bëgg lu yomb laa ko jàppe. Yaakaar naa ni lu dëggu, sell soxlawul ndog mu yéeme. Waaye ci geneen wet gi, su dee deret la, deret lay doon. Jombul nag nun nu doonu ndof ciy nataal muy ndono li yées ci feebar yi. Fran ci boppam a ngi doon séy ak waa juy nirook jëmmalkat yooyu roy Yeesu ci film yi ci ñaar-fukkeelu xarnu bi. Mook waa ji ba bi cin li tojee ci restaurant bim daan liggéeye, mbëggeel ga ak cóola gaa àndandoo naaw. Fran melul woon ni Véronique ci indi ndam ngir fajal jëkkëram ay góomam. Su amatul kanam, mbëggeelu jabar ji day doon xaar gu metti ca bérébu cellal ga. Wërsëg ci ñoom ñaar ñépp, feebaru mànke deret bu am doole moo mujj yóbbu waa ji allaaxira.

Mbir yi mën a foqatee nguuru defari jëmm ci lëndëm ak leer ñoo njëkk a cuq Samuel. Yaakaar naa ne waxu ma ko waaye Samuel sama rakku yaay la te sunu kër la dëkkoon, lii rekk la. Mësumaa fàttaliku muy wax ci li tax mësul takk jabar walla tukki yu ñàkk solo ya mu daan amal ca Brésil. Daan na fa jélee ay mbir yu bees yoo xam ni ñoo daan lekk as tuut la mu daan am ci xalis. Am na yoon woo xam ni dafa indiloon Fran benn fowukaay bu bariy melo bu ko mujj jural daanu di say – na nga moytu leeraay bi, la Samuel waxoon ak baat bu xóot bi – man mu indil ma benn yokkukaayu bët bu ndaw boo xam ne mën ngaa topp ab picc di xool ci diggante bu soree sori, dem ba nekk ab tomb ci asamaan si. Su ma jotoon ci picc mi, xam naa dama ko doon boxom ak sama loxo, naj ko ba dégg laaf yiy dammatoo. Xool ak yàq ñooy samay yëg-yëg yu njëkk doonte tey jii yaakaar naa ne du mbon a ko waraloon waaye moo doon dalal marug génne woy yi ci sama xol. Ndax picc mu ndaw mënt a bañ sama mbëggeel, mënt a bañ *l'os jamais incandescent de l'homme\**. Mujj gi xam naa ni li ko waraloon mooy soxla teen yiy tàkk ba tàkk-tàkk yépp fay ba jeex tàkk, sonn.

Ma toog nag, di noyyi xetu teen bi, sama yoon su ma nelawee ci lalu kã bi, sama tubéy ubbeeku, sama yuur diis ak gaas. Damaa juddu ngir jaay-doole, doxal ruuwu jinne bu taax mu réy mi, bind i taalif mbaa néew-doole taxul ma gane àddina.

Samuel mësul a takk jabar te it niruwul woon ku fas-yéenee tekki ci benn xeetu liggéey, lenn luy tax ñu weg ko te doo gis yërmaande ci bët walla kàddu nit ñi, ndeysaan Samuel.

Xetu póon gu ñuul gi ko ëmboon a gënoon a ràññeeeku ci moom. Mënoon na bokk ci ñiy jaay maanaa ak seen sewaay waaye ci wàllu boppam, dafa mel ni ndigg li daa yenu woon àddina si, ni Atlas, baayu yenukat yi ak tiis. Moone mënoon na siggi ak daraja, day nirook saa-su-ne kuy waaj a jàpp yoonu Brésil walla beneen béréb bu kenn mënata layal. Li mu teel a lajj, diisaayu kanam gi ci biti, terewul Samuel di muuñ. Looy xalaat ? la ko Fran mu wayadi mi laaj, Fran mi mësul xam luy xool ak xol bu oyof. Samuel mësul tontu leneen : li kiy daw ak taati neen di xalaat laay xalaat. Soo defee taati neen di daw ? Fran mu bon mi topp ci di wax ak a waxaat. Yal na Yàlla wàcc, ne la : jógeel fii ! Ci biti, laa wax ! Nonu Fran ree ba taqaaju. Man mii tamit yenn saay. Danuy lox ci xalaatu Samuel bi : def taati neen di daw. Jamono yu bariwul lu muy am lañ. Lu ci ëpp, dafa bàyyeek boppam diisaayu yaxam yi, di tóx. Lenn rekk li daan niru xiirte ngi feeñoon ci wàll wi mujjoon ci dundam. Te fekkewuma ko bu baax ndax damaa tóxu woon ngir tàmbali njàng mi gën a kowe ñeel ndox mu ñuul mi. Ma sonnoon lool ngir pare ko. Ci biir at yooyu, la Samuel doon nataalkatu dëkk bi te xéy-na sax du moo ko taamu dëgg-dëgg. Sama xalaatu yaay la woon : yor nga nataalukaay bu rafet bii te nit ñi fu ñu tollu dañuy bëgg i nataal. Du doon liggéey bu jafe.

Waaye xiirte gi yàggul. Nit ñi dañ doon bàyyi ndànk-ndànk Samuel ndax daf leen a bañoon na jaay nataal yi ak seen pellicules. Néew na ku daan bàyyi xel ci nees doon defe nataal yi rawatina ci seen kanam yi, mu mel ni rekk seen xar kanam yi, seen bët ak

seen gémmin dañoo nekkoon ci naqar ba jamono jiy nataalukaay bi di tàkk. Kenn mësul nangu ni Samuel ma-pasin la, ñu jàpp ni su nataal bi jagee, seen taar la waaye du xareñu nataalkat bi, du ci na Leica bi daan yokkee bëtam ndax Samuel bētu ndey-joor ba la daan jéfandikoo, bu càmmin ba dafa amoon taas, muus a ko ci xosi woon. Sama yaay a ko daan layal naan su Samuel béggee tēyee négatifs yi dafa xam ni liggéeyu ñeeñal la. Soo demee ci yeneen réew yi, dees fay amal ay gaaral ak ay nataali niti kese, di ci am ay neexal ak cër. Ci sunu dëkk bii moom, jërëjër sax doo ko ci dëgg.

Tuuti nit a daan soxla liggéeyu Samuel. Sunu nijaay moom daa bañoon dëggantaan. Dañ ko daan saraxu : ngir Yàlla jox nu sunuy pellicules. Sama yaay a ngi may nettali ne seen saraxu gi daa àndoon ak yàkki ak caalit. Dañoo mel ni woon mag ñu njëkk ña, yaakaar ne nataal day sàcc seen ruu. Waa-waaw, maa la ko wax- da daan yëkkatiku ak sag gu amatul njariñ ndax rakkam dee na- mēnatuñoo def beneen nataal kepp bu baax ci seen dund. Am na yu ma ci gis, yi yéenekaay yi siiwaloon ci xët yin jagleel nit ñu siiw ñi : ñuy nirook ay doomi fowukaay ak ay bët yu wow, yaram yu yàqu, yu ñaaw. Ay mbaar. Luy njariñu xew (séy) wu réy, aniweerseeru fukki at juróom ak ngato frees su dee seen kanam yin puudar lii rekk la, kanam yuñ puudar ? Nataali Samuel yi leneen la woon.

Jot naa Leica bu mágget bi, taxul ma yëg iñaan jëme ci boyetu paakaa ak xalis bin jagleel Fran. Damaa jàpp ne man la Samuel taamu ngir bàyyeel ma màndargay jamono mbégte dundam. Àddina dina woneji ne maa amoon dëgg. Waaye du anam bi ma ko fooge woon.

## II

Toog naa ay at door a jéem a def nataalukaayu almã bi ndono lu am njariñ. Sama lijaasu liggéey bi gën a kowe ñeel ndox mu ñuul maa ngi jur i meñneef ndax teen yi jege Camiri jóguñu ci ball ndox mu ñuul mi ñépp bëgg fii ak feneen. Ma nangoo yokk samay waxtu liggéey. Ma bégoon ci ni petarol bi daa walee. Daan naa toog ay waxtu di xool ni am pax amee doole, di sànni li ci biiram mel ni yállay guddi. Li ma daan feyeeku lépp laa daan defaat ci baar yi ci gox bi saa yu ma féexaan ; daf ma doon neex may teg samay conc ci kow baar, bàyyi guddi gi jáll. Su mbir mi demaan ba neex, ma fàttaliku benn taalif, daldi ciy jukki, taril ko jenn jigéen, su demee ba xef yi di lox ndax yéemu ci làkk woo xam ni wii man sama bopp, peeguma ko, damay naanaat sàngara, ragal ndax naqar wu sedd wi. Dama daan gaawtu naan дума woykat, damaa fees rekk. Naam, maa ngi doon fey bànk suuf su ma leboon dencoon ko ngir dëkki fa bés, du ngir noyyi ngelaw lu sell-raflewuma ko-waaye damaa bëggoon dând gu ma jënd ak sama xalis, ma mën faa def dóom sama xemmeem dajeeek sama bopp.

Damaa ñibbi kër nga ngir toppatoo sama yaay fan yii nga xam ne nit ñi dañuy séen yax yi ne fàññ ci deru kanam gi. Ci fanam yu mujj yi, sama yaay daf maa bëggoon a dénk li ko mës a gètën.

Xam naa ko, ma dée ko ndànk ci nopp bi ndax fajkat bi bañ koo dégg, ndax sama yaay xam ne amul lenn lu muy baalu. Du woon sama cër. Da noo mës a xool ay bëti cofeel maak Samuel, te doyoon na ngir ma siggi doonte *sélatin* bu lëndëm baa ngi sama biir dënn. Yenn saay, dama daan xalaat ni ci palaasu xol bi, man tamit teen bu mën a waccu lu ñuul laa fa am. Ma teg sama loxo ci sama dënnu yaay bu sonn bi, moom it dóom bi la noyyi dundam yépp. Xolam dafa bëggoon a wax waaye mu noppiloo ko ba ni mu génnee àddina.

Mu laaj ma : Noo ko xamee ? Bèt yi xulleeku ba jaaxal ma. Bëgguma woon mu dem ak tiitaange, ak ubbeeku yu réy yi tiitaange gi gas ciy mbaggam.

Nii la doon demee su ma fekkoon ma wax lépp ; moo tax ma dencal sama bopp dëgg gu wér gi, wax ko leneen. Amoon naa ay mbindaare yu doy ngir mën a fent beneen lëm ñeel sunu mbooru njaboot mu bari sikk mi. Ma ni ko Samuel moo ma ko waxoon bés.

Mu ne : ay, Samuel. Ndeysaan, bêt yi dal. Tuuti la nu ci teg mu génne àddina. Noonu, ma génne nataalukaay bi ma indaale woon, daldi nataal bu mujj ci moom. Dinaa ko soxlaji ngir gas fa gën a sori ci sunuy dund. Ndax jamono jooju gas mooy li ma gënoon a mën.

### III

Néeg bu ñuul jafewul a defar. Maa ngi fàttaliku ne Samuel defaroon na bosam ginnaaw bi mu dénkaane clichés yi mu njëkk a jël ak Leica benn bitigu nataalu gox bi. Benn ayu-bés topp ci, ñu jox ko nataal yi- njabootu saa-Almã gu nekkoon ci benn tool ca dëkk ba la woon, léegi kër googu daa tēj. Bi ma donnoo nataalukaay bi ba lépp mujj jaar yoon, damaa def luññutu bu ndaw ngir xam ndax boroom bitig boobu dencoon na lenn ci kilisey nataalukaayu Samuel bi doonte leeroon na ma ne Samuel yóbbale woon na lépp ca bàmmeelam. Su may wax lii nag wet gu baax gee tax. Sama yaay moom bu ci daan àddu da naan ndegam bi Samuel di dund kenn fulaalul bētu ñeeñalam, yoon la su génnee àddina kenn du mën a toppandoo la mu daan def fa gën a xóot ci ruuwam, mu yóbbaaale lépp. Walla daanaka lépp. Ak lu mën a am, lépp lees ma mës a wax, mooy ne boroom bitig baa nga des ca lakku bitigam ak jumtukaayi nataal yi. Bu ndox mim daan liggéeye nataal yi màggatee, daf ciy dolli karbonaat di ko jéem a yeesal waaye loolu da daan yàq nataal yi ci kayit gi ak melo yi. Waaye su nu waxantee dëgg, loolu soxalul

woon kenn. Ñi nga xam ne mēnuñu woon a sax rãññatle baaxoñ ak pittax. Lii la. Moom daal, senn soxna su màgget nee naay moo tax ñu rey boroom bitig bi, moom it nee na dina bañ boroom bitig ba keroog allaaxira ndax daay bi dafa yóbbaaale béréb ba mu daan jaaye yu sew. Bëgguma ko woon a weddi ndax xam naa ne su lépp jaxasoo, li gën mooy bàyyi mu sedd. Rax ci dolli, laaj yi ma mēnul woon a samp ndax kersa am nañ seen tont. Te maa ngi yaakaar ne diñañ mēn a tontu képp kuy bëgg a jaay maanaa bay wax ci sama njaboot, su nu demoon ba nit kooku bëgg a donnu lees warta donnu.

Néeg bi ma jël dogalu liggéyee fa, foofa it la Samuel daan liggéyee nataal yi ab diir ca jamono. Bi loolu weesoo, sama yaay daf koo waxoon mu def yenn liggéey yu ndaw yi lu deme ni jagal ay rajo ak i montar. Dara ci moom desatul ci néeg bii. Naam, bi muy door a gaañu daan naa dugg ci néeg bi, fu ne ma gas ko ba fa sama xol gën a xóote. Mēnoon naa gis sama nijaay sëgg ci jumptukaay yi, taf nopp yi ciy yokk-riir yi, di doxal ab rajo, mel ni ab yonent buy wër i màndarga, mel ni Job ak àllam bu ndaw ba. Cig tàmm, man tamit jéem naa déglu baatam bi mu nayoon lool, di làmbaatu ci rajo bi jamono jiy taax yu mag di waccu. Waaye Samuel waxoon na ma lépp lum ma mēnoon a wax bim may bàyyeek nataalukaay bi (Leica).

Ci nataal yi ma njëkk a def ak nataalukaay bi, bokk na ci yoy yu miir biy teqale sunu kër la ak terrain bi mu dendal. Leeraayu jant bi da daan dal ci móol yi diggu bëccëg ba pare di sukkuraat ci seen kow di maraale seen iy diggante. Melo lem bu leeraay bi safoon na ma. Ñaar walla ñetti at ginnaaw gi laa door a dogal defal néeg bu ñuul jumptukaay yu am maanaa. Ba tey, soo daan bës Leica bi, riir mi muy def rekk a nekkoon mbégte mu ndaw mi ma daan yaakaar. Ni mu daan gaaw a tējoo fésul woon; moo tax dama daan dëggéral sama taxawaay ndax ragal a jàpp leeraay bu ëpp li ma soxla. Damaa daan topp miir bi ak bētu nataalukaay bi, bii yoon mel ni rëbbkat bu topp jubluwaay boo xam ne leeraay lees ko defaree, ma bàyyi leeraay gi naan ma « fii ». Daanaka dama daan dégg « fii » googu ci sama biir yóor te su sama baraamu

joxoñ mēsaan bēs butoŋ bi, dama daan yëg ne du man, du sama njub, waaye « fii » googoo daan jàpp samay suux ba ñu dogal taxaw ngir jëmmal daggitu dëgg gi woon.

Damaa mujj diggaleek ñu seen xam-xam màcc ci mbirum nataal ngir mën a samp néeg bu ñuul bi. Ma jënd jumtukaay yi mu laaj yépp. Ñuul-weex laa doore ngir nēbbaale samag tële. Su ma demee nag ba xareñ, xéy-na, ma dugg ci nataali melo yi. Waaye yemandi woon ci ñuul-weex safoon na ma.

Génne lēmēs gi ci defukaayam dugal ko ci bag bi ñuy liggéeyee dafa yéeme. Di def sama yaram kepp ci lëndëmu néeg bi daf maa delloo ci sama bopp, fees ma dàqe woon jenn jamono ci samag dund, xamatuma kañ la woon. Yoon wu njëkk wi ci néeg bu ñuul bi, damaa xalaat walla ma njort ne ci néeg bu ñuul bii la Samuel dunde ay waxtuy mbégteem, fii, ci lëndëm ngiy tēnk tey dooley buumi leeru àddina, sunu àddina, waa dëkk bi, seen mbég ak seen iy bàkkaar yu ndaw. Maa ngi xalaat ni seen yaram waroon a mel bu leen leeraayu flash bi daan dal. Ba pare leeraay bi da leen daan xañ dara, benn kanam, gētën gees mēnul toppandoo ci bët yi, walla benn jamono ci seen dund, jamono joo moomatul sa bopp, juy feeñal tey tegu ci jamono, walla ca la njaxas li mēnoon a tekki. Bi may yēngal ndox mi ci bitéel bi ngir mu tas tas bu niroo, niñ ma ko jàngale woon, ma yëg ne Samuel doon na ànd ci jéego bii may def jēm ci liggéeyu nataal ci kër gi, nekkaale xetu bañ xarala yi faleewul doom-Aadama ak doole juy wéy. Li am mooy damaa yëg leneen : Samuel mu ngi fi woon, diggante teewaayam walla laf bu kenn xamul ak samay siddit ak samay yax nekk fenn ci néeg bii, amul lenn lu nuy xaajale. Samuel, li ko yeex a feeñu, daf maa sàng ma mel ni ku soloon mbubbum dénd guñ mēnt a laal.

## IV

Yaakaar naa ne damaa juum dugal pellicule bu yàgg, ba pare ci film bu lakk bi, ma tapp ci nataal yi leerayu jant biy soppi ci miir biy juddu ak a màgget ci benn fan kepp. Walla xéy-na bētu nataalukaay bu xureeku bi moo yàq nataal yi ? Waaye sama xol, moom, xalaatul woon. Dafa jiiitu woon ci li ma doon waaja xam. Ay waccu ñoo màndargaal samag dugg jaare ci bunt bii. Bi may raxas foto yi ci raxasukaay bi, ay nataal yu ma fàttilikul woon ne ñu ngi woon ci Leica bi, leer nàññ, tooy, rafet lool ci seen melo. Ma taal leeraayu digg bi, jël clichés yi ak ay ñiim, wékk leen ci laase dàll bi ma tàllaloon ci sama kow jumtukaayuu liggéey. Sama kanam jege lool samay nataal yu njëkk : li ma gisoon mënul nekk njuumte, li ma gisoon naj ak a ëf jamono ji, mu mel ni uppukaayu xarnu bi weesu te ñu koy soog a jëfandikoo. Ràññee naa ci ay yaram yuñ sànni bés ci ay buum te tey ñu nekk ay montar yu mag ne tacc te yàkki. Ràññee naa ci ay xale yu jigéen, amaana lu mettee leen gajj, luñ defar, mbaa lu soxor. Gis naa ay golñàdd yoy fañ bawoo amatul benn solo, ay takkaay yu rafet di mellax, xol bu taq. Te gis naa ay mala ak ay wàlli yeneen mala. Te gis naa it ci weer wi parasolub musiba ba fàww.

Xawma naka laa wéyee di noyyi bi may génn néeg bu ñuul bi. Xool naa miir bi, jant bi di ko ray-raye. Maa ngi waccu, teg samay loxo ci nataal bu doy waar bii.

Ci mujjantal gi, bi ma sottee natal bi ma nataaloon sama yaay ay simili ginnaaw bi mu faatoo, jamono ji ruuwam ñoŋee, booba laa am firnde ca la ma xamoon fa gën a sori ci man. Gis naa ko. Mu nekkoon nii, xawma ndax daloon na waaye cig neen la nekkoon. Te ci kanamu nataal bii ko féexal, gis naa it ca bêtam yu lott ya ndax diisaay bu baayam- sunu baay ? Gis naa sama juddu ak gu Samuel, ak gu Fran ak doomu Fran, sunu xeet wu tuskare wi yépp. Sunu yaay, butitu njurukaayu gi dagg mel ni ab tóor bu torox ba fàww.

Jéem naa nasaxal néeg bu ñuul bi ak lépp li ci biir. Lépp. Wax-dëgg Yàlla jéem naa. Waaye saa su ne dina am lu lajj. At yi ma def ci walbati xóotaayu suuf si ak sama xareñ ci juntuukaay jariñuñ ma dara. Néeg bu ñuul di wéy mel ni lu may mbëlle ci teewaayam bu nëbbu. Fi ma dese yaakaar rekk mooy laso bi ak xeer yi may jëfandikoo bés bu ne am doole te gumba ba mën a fàtt bunt bi ba fàww ci jamono jii ak yiy ñëw.

(\*) Aw kheup ci táalifu Vicente Aleixandre



# Mbaraankat bi

---

*Karla Suárez*

Waa ji woykatu salsaa bu siiw la woon. Ndaw si moom da daan dajale, di def i màndarga ci yarami nit ñi. « Japonaise » bu am xaalis la waa ji doon séyal.

Ku jigéen ki amoon faru tubaab. Ñu daje ci lu kenn sàkkuwul (feetloo). Ku jigéen ki doon jéem a yey ab jaaykat ci kafe naan ko juróomi fiftin yu ëpp walla des yàquñu dara ci njëgu paketu sigaret.

Liggéykat bi moom di muuñ rekk waaye taxaw fi mu taxaw temm.

Am ku ko féete ginnaaw, jox ko juróomi fiftin jaarale ko ci kow mbaggam. Mu geesu, muuñ bi mu xàmme kanam gi, ne ko « jërëjër », daldi gaawtu denc paketu Marlboro bi. Kooku muuñ ko, woo ko, ñu naanandoo.

Dox moo ko gënaloon, ñu dox.

– Bëgguma salsaa waaye xam naa la, ñépp a la xam !

Ñépp a ko xamoon ndax waa ju siiw la woon, ak muuñ gu rafet ak bët yu rafet.

Ndaw si siiwul woon, li ko neexoon daal mooy dajale. Da daan dajale ay kaasi weer yu mu daan sàccee ci baar yi, ay kubéeri bitéel yuñ ubbi ci xew-xew yees dul fàtte.

Suufu tefes yi, ay xalima yu yéeme, ay sondeel yu jóge ci jàngu àddina sépp ak yenn yu mu defar moom ci boppam, jox leen melo (jëfandikoo ci ay garab), ñu jóge ci xottu nen, ay bitéeli lajkoleñ, moom daal lu mu am rekk. Lu nekk la daan dajale, yenn saay, su ko neexee, muy jam (tatouer).

– Am naa faru tubaab te day ñëw weer wu nekk, nuy naanandoo sàngara, daf may may ay téere ak i sondeel, bindkat la.

Mu laaj ko tur wi, xéy-na dina ko xam waaye ndaw si dafa bañ.

– Kenn warul di jéebaane ay faram. Ba pare... dafa am jabar, ni yow.

Nit ñu siiw ñi amuñu seen dundug bopp. Ñépp a xamoon ne am na jabaru japonaise, mu binni, xalaat ne péexte daal mooy ñu bañ laa xàmme. Ngay dox ci mbedd mi te kenn du la xool walla di yéemu ci oto bu bees bi la soxna si la magee ay at may, soxna si nga xam ne safatu la, soxna si nga xam ne li ëpp ci at mi da koy tukki, ni yow, waaye ci yeneen fànn. Mu ne :

– Koŋ-koŋ, di fëggaalee dënnam. Dangaa jekki-jekki rekk noppi, koŋ-koŋ Xol su Ndaw su Tiis, man mi foogoon ne woykati salsaa yépp a saf-xorom.

Waa ji bëgg koo neexal, yóbbu ko cib « xawaare », waaye ndaw si bëggul xawaare salsaa ak yu mel ni wëraalu ci bitig yu am maanaa yi, wàccee cib oto bu daanaka kenn amagul walla nga nekk cib « lekkuwaay » ñépp di la xool.

– Dafa am lu ma la bëgg a laaj : guddeek bëccëg, lu la ci gënal ?

– Mbuubkat laa, kon nitu guddi laa.

– Seddaay walla tàngaay ?

– At mépp ci tàngoor la nuy nekk, seddaay moo ma gënal. Te laaj yi nag, doy na, sonn naa ci taskati xibaar yi !

– Waaw, benn rekk, mu jeex, benn kese : xaj yi walla muus yi ?

Mu muuñ

– Sama kër yaay, am naa fa ñaari muus : Ochün ak Changé.

Ndaw si muuñ, màtt tuñ yi.

— Baax na, duma dem ci say « xawaare » waaye mën nanoo gise, ñaaroo.

Kon ñuy wéy di gise. Ndaw si da daan xaar waa ji woo ko su noppee, su ko defee, ñu dem géej, sori dëkk bi. Da ko daan indaaleel ay kaasi weer te daan bind bés bi jot ci kubéeri bitéel yiñ daan naanandoo. Laata loolu, ci biir ak bu weesoo yépp, dañuy baane. Waa ji moom di ko déey ay woy yu daw yaram jamono ji koy ndaw si foon fu ne ci yaram wi. Weer wu njëkk wi, bi tubaab bi ñëwee, daf koo fàggu, ne ko du fi nekk ab ayu-bés. Waa ji laaj ko :

— Nob nga ko ?

Ndaw si muuñ, waxul dara.

Su fekkee noboo ko, lu tax doo ko bàyyi te nekk ak man ?

—Konj-konj, Xol su Ndaw su xalaatul lu dul boppam, sama bindkat daf may seetsi, su

« Japonaise » bi dellusee, yow tamit dangay bër, duma la gisati.

Waa ji am lu mu bëgg a wax waaye dafa màtt tuñam.

Ca ëllëg sa, mu bindal ko woy, ndeysaan di ko nég ayu-bés bi yépp. Weer yi nag soppiku ay jamono yoy : tubaabeey moom benn ayu-bés, liggéey bi ak japonaise bi am i fan, ci li Des ñoom ñaar a koy féetéwoo.

Am na yoon woo xam ne dañoo daje ci benn « marina » (wetu géej), sori dëkk bi. Ndaw si naan liminaat ak galaas gu bari. Bindkatu tubaab bi nekk ci wetam, di jàng, ci jant bi. Moom mu wàcc ci oto bi, jegesi, tēye loxo jabaram. «Japonaise» bi xàmme bindkat bi, daldi taxaw. Moom mu gis ndaw si. Jabar ji gën koo jege, daldi koy déey, wax ko kan mooy ngóor su bejjaaw soosu te yor ub surnaal. Mu ni ko waaw ak bopp bi, ubbiwul gémmiñam, xamu ko woon.

Ñu wéyal seen yoon, bi ñu tollook ñoom, «japonaise » bi nuy bindkat bi doon door a yëkkëti bopp bi. Kooku sëgg. Mu naan liminaatam.

Bindkat bi muuñ, xoñoñ ndax liñ ko xàmme. Mësuño waxaat ci ndaje moomu. Bëggul woon yëy, yàbbi ci. Ndaw si moom di foon deram bi yépp, baaneek moom definu saa-espaañ.

– Konj-konj di fëgg dënnam. Xam nga ne dama laa nob, man ?

Ndaw si may ko ab sondeel bu yor melokaanu yéet. Benn guddi, mu egseek mbégte. Indaale téere bu ko bindkat bi jagleel. Ñu koy jaay fépp ci Ęrob teñ bind turam ci xët wu njëkk wi. Téereem la, Moom ci boppam.

– Daf koo def ngir baab la. Man, mënoon naa laa jagleel disk waaye kon sama jabar day bëgg a xam yaay kan te ni nga koy waxe : «warul ngay jébbane ñi ngay ngoroyool... »

Mu ree, bég, daldi foon téere bi, sex gémmini woykatu salsaa bi. Far wii, di ko woo telefon su nekkee tukki, di ko nettali sedd bi, guddi yi, ay bitéel yu muy jënd ngir ñu naanandoo leen. Bi mu ñibbisee, indaale ay yénekaay yuñ def i nataalam, ay taskati xibaar, ni ñuy siiwalee ay diskam ak i xalima yu yéeme yum ko bëggoon a wutal ngir mu yokk Ndajale mi.

Bés, ni mu ko fekkee, daf koo xaw a jaaxal.

– Ndaw si ne ko : du dara, sax de. Damaa soxla woon daa rekk, dama war a jam te amatuma daa. Dafa am solo lool, xam nga ?!

Mu dimbali ko mu am daa, noonu tiis wa tàggo. Mu bég.

Ndaw si, mujj gi, du def i màndarga yooyu lu dul ci jamono yu néew. Bés, su waa ji béggee, mu defaral ko ci yaram wi. Moom ci boppam, amu ci woon sax benn waaye noonu la ko mène woon te daf koo neexoon lool.

Benn ayu-bés topp ci, « Japonaise » bi dellusi, waa ji gisatu ko. Jabar ji nekk ak moom lu ëpp weer ci kër gi, moo tax mënul woon lu dul di woote, benn yoon la ko seeti seeti gu gaaw te ànd ak njuuj-njaaj. Séyam neexatul woon, déggoo gi daal suñ daan wax waxi tukki ak pas (contrat) lay doon.

« Japonaise » bi gis ne jëkkër ji dafa xaw a tëye boppam, kooku di lay naan tangaay bi la rekk. Ndaw si gis ne woyi mbëggeel a ëpp ci fent yu yees yi, waa ji ne ko «du jikko, jamono la». Ndaw si gis ci kow armuwaaram ay sondeel yu doy waar, waa ji ne jafe-jafe mbëj mi la. Ca aydapoor, ndaw si kott ko, waa ji foon ko ci jë, ñaanal ko tukkiib jamm. Ñaari simili ginnaaw bim ko gisee ci seetu oto mu ne mes, la dugg ci ootom, seetiji Kooku. Waaye fekku ko fa. Guddi gi ci topp lañ gise, bég ci li seen yaram laale.

Xamul woon ne « Japonaise » bi dem na. Mu xamal ko ne nekkul këram ndax dafa xamanteek benn « cinéaste » español, waa ju am ñam, dañuy nekk di waxtaan ay waxtu.

Waa ji dafa bëggoon ñuy gise nu mu gën a baree, mu laaj ko kañ lay tubaab bi dellusi. Ndaw si ne ko :

– Du delluseeti, jeex na. Kooku dof la. Yoon wii weesu, daf ne ma woon jabaram xam na lépp ; moo ko ko nettali ndax dafa bëggoon a bàyyi njabootam, yóbbu ma Pari, ma dëkk fa ak moom. Waaye man bëgguma loolu, nobuma ko, moo tax sunu diggante yem fi.

Waa ji binni ak péex gu mu nëbbul, daldi koy kott bu baax.

– koŋ-koŋ, Xol su Ndaw su téxét, léegi nag, fii ngay toog, ci man.

Mu muuñ, jël làmmiñ wi, mar catu bakkenu waa ji. Mu ne ko dafa bëgg a naan liminaat, su noppee ñu baane ci lalu « japonaise » bi. Guléet ñu baanee ci néeg bii.

Waa ji bëggul woon mu ñibbi ci ëllëg si, dafa bëggoon mu xaar ko ci kër gi ba ci guddi gi. Ndaw si def noonu, xaar ko, taatu neen, cuuraay liy gilli fépp, ba ci roq-roqaat yi. Waa ji guddee naa ñibbisi, sotti rhum ci yaram wi yépp, di ko mar ba màndi. Ca suba sa, duɗɗ booleek yaram wu tas, waa ji bindal ko beneen woy, bëgg mu toog, bañ a dem. Ndaw si daldi toog. Ci kër waa ji la ndaw si seetaanee « xawaare » bi ci tele bi, mu doon gaaral misig bu fental jigéen ji gën a yéeme ju mësul am ci àddina si.

Ndaw si bég, waa ji ñibbisi, fees ak mbëggeel.

Daldi tukki Japon, jabar ji doon ko fa xaar ak genn pasu juróombenni weer ca Europe ngir fësal disk bim doon tàmbalee « *enregistrer* ».

Waa ji sawar, waaye nobul japonaise bi, kii la nob, moom. Moom it, mu teeru kook bitéelu biiñ bu Espaañ ak xemmem yaram wi, bëggul wii yoon toog ci kër waa ji. Dafa tàmbalee woon « *enregistrer* », di yendu studio. Ñu dogal di gise su leen ko liggéey bi mayee rekk. Dooleem jépp la daan def ci woyam yépp. Suy xalaat ndaw si, dina feccloo àddina sépp, tēf-tēfil xolu Europe gu njëkk ga.

Bés bi mu paree « *enregistrement* » bi, dafa seeti ndaw si, yor i tóor-tóor. Mu jënd keesu sàngara, ñaari keesi biiñ, ne ko ñu xew xew wu am maanaa. Noonu, ñu tēju ci néeg bi.

Waa ji dugal tontukaay bi, daldi wàññi riiru telefon bi.

Ndaw si taal cuuraay, daldi summeeku. Bi bitéel bu njëkk bi di waaj a jeex, waa ji ne dafa am mbetteel mu mu koy defal. Mu ne :

– Danga may dofloo, damaa dof ci yow. Dangaa soppi samag dund, danga maa salfaañe lool te warumaa nëbb samay yëg-yëg. Yow laa jagleel disk bi, du yàgg mu génn, sa tur a ngi ci posetu disk buy jaay ci àddina sépp – daldi muuñ, fëggaale dënnam. Koŋ-koŋ, dama laa nob, Xol su Ndaw su téxét.

Ndaw si lonk ko di mar noppam yi. Ndaw si di kof-kofi ndax loxo waa jiy dawaat ci ginnaawam gi yépp, muur yaram wi yépp. Ndaw si foon ko ci tuñ yi. Ne ko :

– Kontaan naa, daldi dandu tuuti. Dama laa bëgg defal loo xam ni am na solo lool, ma bëgg laa ñaan loo xam ni dina nu boole ba fàww, ma nekk ci yow ba fàww... may ma defal la ab màndarga (jam).

Ndeysaan, waa ji yëg lu réy, lu yéeme, daldi màtt tuñ yi. Noonu mu jolu bitéel bi, mel ni kuy waaj a say ndax mbégte, mu nangu. Ab nataal la woon ci doq gi, nataal bu doy waar, tuuti, moom kenn. Bi ndaw si paree, waa ji dafa màndi, sonn ndax li mu dëngal bopp bi ay waxtu, nelawul. Ndaw si raayal ko kanam gi, daldi jóg di naan liminaatam, di ko xool muy binni. Dëggalees na tukkiib juróom-benni weer yi ca Europe, mu war koo amal weer wiy ñëw. Disk bi pare woon na ngir génn. Japonaise bi ñëw toppatoo yu sew-sewaan yu mujj yi, dellu tey wax ci xelam bu lii lépp weeso dina am ak jëkkër ji waxtaanu dëgg ci doxaliinam jamono yii nii.

Wa ji ne :

– Disk bii dina am ndam lu réy, xam naa ko, tëdd ci suuf si di xool jant biy so.

Ndaw si tëdd ci wetam, ne ko :

– Sa dund dina soppiku, mën naa la koo waatal.

Waa ji ne :

– Soppiku..., daldi wëlbatiku, xool ko.

Koŋ-koŋ, Xol sama, sama xolu bopp... dama doon xalaat soo ñëwoon nu ànd ? Nanu nekk maak yow, na sama séy bi jàll ca xaj, yow laa nob.

Ndaw si wēlbatiku, fuddu. Daldi muuñ.

– Jeex na, man moom, nobuma la.

Waa ji di gëmm ak a xippi, naan ko waxal dara, waaye ndaw si dagg ko, yokk ci ne ko dafa am beneen far, du ko wax turam nag waaye daal cinéaste español la, loolu rekk la. Te tamit jàpp na ne du woon xalaat bu baax muy tàggook jabaru lijjantikatom ci jamono jii mu nekkee ci tukki bu amee nii solo. Waa ji dawale loxoom ci kanamam, mënu koo gëm.

– Waaw, léegi nag...? Sunu mboor mi...?

Ndaw si raayal ko kanam gi, daldi jóg, fëggatu ngir teqalikook suuf si, ne waa ji soxlawul mu koy gunge ndax guddiwul te faru españolam bi dina ko jëlsi léegi fu soreewul ak fii. Waa ji jóg, bëgg a wax dara waaye mujj ni patt ak naqar wu réy.

Mu ne :

– Koŋ-konŋ, Xol su Ndaw su ràkkaaju, di fëggaale dënnaam. Ndax wax naa la bés ne bëgg naa la ?

– Mu foon leexam bi, tooyal ko ak ñaq, daldi def i jéego.

– Xam nga ko ? Man nag, damay mbaraan, loolu daf maa neex, wax dëgg-Yàlla moo may bégal. Te yow miy wër àddina si, dinga mën a xàmmees sama màndarga, am na ñu bari ñuy doxontook nataal bii ci seen doq-mu muuñ. –Te ñoom ñépp a siiw.

Waa ji woykatu salsaa bu siiw la woon, tukkiib Europe bi di ndam lu réy. Ndaw si di mbaraankat bu daan màndargaal (tatouer) ay faram. Waa ji tasoon séyam ak jigéen ju am daraja, ab doomu Japon. Ndaw si amoon far.



# Otel bu Mag bi

---

*Carol Zardetto*

« Waaye ci dëgg-dëgg, ndax diisaay dafa raglu,  
ndax oyofaay, moom, daa rafet ?  
Lenn rekk a wóor.  
Ni diis ak oyof safaanoo moo gën a yéeme,  
gën a doy waar ci safaan yépp. »

*Milan Kundera. L'insupportable légèreté de l'être.*



Noo ngi xamantee ci benn bérébu ñeeñal. Ñaar-fukki at ci sunu diggante, terewul nu am buumu jokkoo : tey, mu ngay dund cib otel bu sama pàppa moomoon bu njëkk te léegi mu nekk taax mu réy mu yàqu. Bi mu tuddee turu otel bi jaxase na ma, mel ni su gan summee cër bi gën a sori ci nun.

At yi daanu ci mbir yi ak ndam lu yem, fexe naa tabaxaat ag dund gu soreek mboor moomu. Nuria xamu ko woon waaye mboor moomu loke bunt bu tēju woon la. Bi mu tijjeekoo, xet gu bon a fa génne. Xetu miir bu réy bii di fàtte.

Xamal naa ko ne sama pàppaa moomoon otel bii. Yëg naa ci sama baat naqar wu yàgg lool te am naa ci kersa. Dafa rëcc sama put ànd ak jamono ju neexul a dékku. Ndax day am ci dundug doom-Aadama ay jamono yu tar. Ci misaal jamono ju diis jees war a xàmme ca morg ba néewu nit koo bëggoon. Gisul ne damaa jaxasoo. Ci li ma foog.

Ginnaaw gi mu ne bëgg nanu dajewaat benn bés ngir waxtaane otel bi ; otel bi ma xamoon walla xéy-na bi mu xam léegi. Li mu bëggoon daal mooy nu waxtaan ci ndox. Ndax jamono ak ndox ñoo yem, day nasaxal ak a soppi li muy laal ba fàww. Mu bëggoon nu waxtaan ci kéemtaan giy mbir yiy soppikoo.

Nu joxante ndaje mom maa ko tay bëggoon koo dàq sun ca tolloo. Waaye naka bés biy jegesi, may yëg ni ma bëggee nettaliwaat li ma weesu. Moo tax dem naa ca ndaje ma, maa fey sax faktiir bi, ngërëm la ci waxtaan win séq mu xolli samay góom.

Nu laaj benn butéelu sàngara. Xoolam dafa leer nàññ. Gisuma ci xoolam fenn foo mën a teg sa tànq. Xéy-na li nu dul ay maas a ko waral. Gisuma ci Nuria samay góomi bopp. Maas gu ne ak i góomam, rawatina ci réew moo xam ni ba àddina di tukki day màndaargaal mbooram.

Noo ngi naan tey doxantuwaale ci waxtaan wu xóotul dara.

Nuria bëggaat ma dénk ko samag pàttali. Xamul sax li muy laaj. Naka la ko mën a xamee ? Ma yëg ni bëggatuma cee dellusi. Maa ngi naan ci sama xel ndax sama xol dina ko nangu. Sama pàppa daa ànd ak samay jafe-jafey ngune. Xéy-na damaa waroon a déglu sama xel, bañ a demEEK yëg-yëg. Bañoon a ñëw moo doon gën waaye béy wéy na mbuus.

Xale bu góor bu njool te rafet jegesi, nuyu Nuria. Maa ngi xàmmeesi lii ci nit ñi may dajeel : taaru ndaw ñi. Léegi, dafa mel ni xale yépp a rafet, ndax ay xale lañu, seen der dafa set, ni ñuy màggee ndànk saamandaay ay garab yu ndaw yuy jebbi ak seen leeraay. Mu am lu mu ko déey, Nuria soppiku ci saa si. Leer na ne bataaxel bee ko jaxase. Mu daldi jéggalu, teg ci ne dafa war a génn tóx ab sigaret. Sama nataalu pàppa ganesi ma ci péexite gu réy gi ma roq bu lëndëm bi ma saal bi may. Li ma jaaxal mooy su ma koy fàttaliku, day mel ni ku ni jodd cib nataal. Benn dogitu yéenekaay bu desee leer bees magal ci yéenekaay bi ëpp doole ci réew mi; mu ngi sol west bu yànj, yor kaasu sàngara ci loxo bi, ay tóor-tóor yu weex ci taatu kaas bi. Amoon na lay wu réy ngir xew : ubbite otelam bu bees bi, guddi googu.

Bérébu ñi gën a am doole ci koomu kafe, lijjanti bu mag la, di wone ndamam, janook Club Guatemala. Ñu ngi ko ubbi ci atum 1954, atum dëj mi waa Amérig daane njiit Árbenz. Oto yaa ngi toppante di wàcce gan ñu am maanaa ñi ci juróom-ñaareelu xàll wi. Guddig ndam googu, démbug doomu doxandéem bu sori woon lool ndóol !

Sama pàppa daawul yëy yàbbi ci. Waaye ni at yiy demee, may jot ay daggiti yéenekaay yuy wax ciy mbiram. Su nit ñi maandu woon, dunu mës a xam dëggantaan nax yi tabax li nu jàppee woon « sunu dund ». Ci dogiti yéenekaay yii laa xamee ne ngóor su amoon xalis sii ak doole tàñki neen la daan def cag ngoneem.

Xamal nañ ma ne sama maam ju góor dafa fowe woon àddinaam te ku bëggoon jigéen la ak tiyaatar. Ay naxee-mbaay ya ko jële woon

dëkku Véronne ba Amérig : yokk ndono li mu foqati woon daanaka ci yaayam. Dogoo geek njabootam, bariwaay ak rafeetaayu garab yi, jafe-jafey tabax. Sama maam ju jigéen *piyaanist* la woon, daan awu ay woykat ak ay fecckat yu mag. Ku rafetoon la waaye taaraam eggul woon ci tëye sama maam ju góor ju weexoon bët. Ginnaaw mënul woon a dékku fiiraangeem, mu sóobu ci naan sàngara ngir féexal xolam.

Tubaab yii doonoon jëkkër ak jabar yu daw-làquji ci menn réewum Amérig mu tekiwul dara, rëccoon nañ ci mbir yu bari. Waaye bi ci gën a fës mooy kenn ku nekk ci ñoom ñaar ragal a dékku dëgg.

Ni mu ma wóoree ne bëggumaa niróok sama baay la ma wóoree ne moom it mësul a bëgg a niróok baayaam. Doyadi gi baayam nekkee woon dafa taxoon sama baay wéet lool ci àddina, war a góor-góorlul boppam. Teel a xam àddina googu moo ko def tey ki mu doon : góor gu mat góor. Yaafus dafa mel ni woon takkndeer ci moom, doyadi di noonam. Bi mu amee fukki at ak ñett rekk la sos lijjanteem : di jaay ay liminaat ci benn sareet bu mu daan luye bés bu jot. Dafa rafetoon booleek teey gi mu jélee woon ci baay bi. Yii ñoo doon ay ngànaayam te xamoon na bu baax naka la leen iy jëfandikoo. Dafa mës a réy bët... te dara daawu ko woon tëye. Tey, mboor jox na ko dëgg : ay at ci kanam, fa ñuy tudde ñi tekki, sama pàppa am na ndam ci bésu ubbite Otel bu Mag bi. Doole ji ko taxoon a rëcc moo tax ma bañ ko. Dooleem jooju moo ma tax a bëgg góor ñu yambar ñi. Góor ñooñu nga xam ni safuñu xorom, safuñu suukar, defuñu, dindiwuñu, neex a yóbbaaale ni xob, tasaaroo ni dóom.

Maa ngi koy gis ca guddi googa. Maa ngi dëgg baatam bu xuur bi, mën a bokk ci témeéri waxtaan yu ànd ak i kaasi sàngara, ñu feesal béréb bu yees bi ak ay kàddu yu neex. Ni mu amee baatin ciy mbir yépp taxul woon mu njort ne tiis wu réy ay topp ci bésu ndam bii.

Nuria delsi na ci sunu taabal te xawma lu may wax ci digganteem ak xale bu góor bi. Xéy-na dañuy ngoroyoo. Walla boog ñu ngoroyoo ba bàyyente. Dafa mel ni ku jaxasoo, woo na seerwëer bi, sant ko mu indil ko benn liminaat tekilaa. Laaj naa ko lu ko dal waaye nee na waxi « sàmbaabóoy » bii jarul yàq jot. Ngir soppo wax, ma jàll ci samay kasaw-kasaw. Ma wax ko ci nataal, fàttali guddi googa, ubbite Otel bi.

Waaye tudduma sama pàppa. Ci mbir yi daal laa nekk : lu deme ni làmp bu réy booba te amoon ay toqi cristal daan sànni ay melax-melax ci saal bi, eskalyee bu mag bi daan wàcc ñaareelu taax mi di saamandaay piisu suwaa bu weex. Xéy-na mbir yi mën nañoo tabax ay *ponts* yu nuy jokkale, xadd ay béréb yu ku nekk ci nun mën a dëkke ci jamono yu bokkul. Fii nag la jafe-jafe bi ne : sunuy dundiin yu wuute.

Day reetaan su ma koy wax ay mbir yu doo waar. Làmp boobii da ne mes, jóge ca batimaa ba, ba noppi eskalyee ba salte ba doo mën a xam lees ko defaree. Ètt bu mag bi ngay jot ci buntu bi, leer ñàññ ak « *hall* » bu yànj bi dañoo fees dell ak i njaay. Ab bérébu taar bu xat bu neex lool wëndëng yi, saalu powum widéwoo, ña fay ñëw di ay gĩskat, ay bitigi yère yu saa-Kore ak benn bitigu téere Injiil.

Am-am gu njëkk ga suux na ci nawetu mbooloo miy meññ ci Bérébu mboor mi xasaw ak saw te buus. Nuria day tàkk suy nettali jamono jooju ba pare di jay Dëkkaani « *Centre* » bi. Ci biir mbégte mi da cee boole weccikati dolaar yiy biw ñiy romb ci bunti otel bi.

Su ma xalaatee mbir yi nekk ci nataal bi nuy waxtaane ak ni ñu nee mes daf may yéem : màndargay alal ak sama kanamu pàppa gu leer gi ak bët yiy tàkk ak tiis. Teewaayam moom it, dees ko simpì ni lu amul solo lees war a sànni. Jamono ji la, loo nàndul, ba mu des su nuy lim xew-xew yi jur lii. Jamono jee def nataal bii lu dul dëgg, lu kenn mënatu a dund. Nax la, ndax tey alal jii yépp dafa mel ni du dëgg ; kenn mënatu koo dundaat, ndax sama pàppa dëddu na tabax bii ko niru woon lool ... te tamit génn na Àddina.

Ñaar-fukki at topp ci, genn ngoon ni ngoon yépp, mu tàggook dawalkatam, dawalal boppam, jàpp yoonam. Ci jàddukaay bi, mu gaare ootom ba mu jekk daldi sox boppam balu fital. Xibaar bi génn ci yéenekaay yi. «Ab lijjantikati bu mag a mag», nii lañ dàkkantalee sama pàppa. Xew-xew bi réy ba ab yéenekaay def ko xët mu njëkk.

Boo sàgganul, de, guddi gi yépp waxi nataal lay doon. Bii nii, sama pàppa bokku ci, waaye lu ma xam lool : ootom. Ci nataalu ootom laa yègge dee gi, oto bi dafa bokkoon ci moom, su ko wacce nii, doy naa waaru. Bi ma gisee ñu siiwal ko, yéem na ma, xawma lu yëf yiy niru.

Yaakaar naa ni sama pàccu dund gii warumaa koo nettali Nuria. Du caagénu soppa guddi giy door li mu ñàkk. Moo nu ci génne ndax dafa dañ kumpa, bëgg a xam lu bari ci nataal bu yàgg bu otel bi. Doonte am naa yéene ju rafet, dee rekk ay féete kow ci sunu diggante, mel ni ku nuuru ci ndox te mēnatul xaar dara su noyyiwul ci saa si.

Ma xamal Nuria ne nataal bii làmp bi nekk ak i toqam yu réy ak eskalyee bu weex bi, samay mag yu góor ñoo ma ko mayoon ay fan ginnaaw dēju góor gi. Te jaadu na ndax jamono jiy nataal bi am juddooguma woon, moo tax mēsuma koo gis. Xéy-na dañoo njort ne xale bu jigéen bu am fukki at ak ñett war naa yor ci baayam nataal bi gēn a baax. Xéy-na dañoo yaakaar ne su dul loolu mēn naa fàtte sama pàppa.

Laata ñu ma koy jox, dañ ko suweer ba mu jekk, jox ma ko ak cër, cëru mag ci rakkam. Mooy bés yi topp ci dēj bi, lépp di warteeff ci biir kër gi. Ku la jege lool su génnee àddina, sutura uññee ku. Mbokk yi dēj bi jàpp pare ngir dige pàttali ba fàww, màggal xel mi, wattu néew bi nga xam ne yēgul dara ci sunu diggante yi nuy ñaw, di nelaw ak yēreem yu yànj ci biir keesam. Ñu bëggoon nag, man seen rakk ju jigéen, ma bokk ci déebaadéeb yi waaye tamit ci dige yi.

Janq bu sew laa woon te njool, di jóge ci xale jëm ci jigéen. Ay ayi-bés ci ginnaaw, sama pàppa daf maa génne ci ekool bu naqari boobu ngir ekoolu jigéeni Jàngu bi. Xawma lu waraloon jéf jii ci saa si ndax daf ne ma woon dinaa toog at yu baree bari door a ñibbisi Guatemala. Looloo taxoon ma mere ko.

Sama pàppaa ngi xaar ci biroom, sew ruji, kanam giy daanu, bët yi tiis. Waaye bi ñu ma gisee, bânneex bu réy a réy la ñu fësal. Mu laaj maak mbégte ndax li ma jàngu woon bitim réew neex na ma. Daf ma yóbbu woon fu soreek fi ma jàppe woon «sama kër» te loolu neexu ma woon. Xuloo yu metti yooyu nga xam ni dama ciy lajj saa-su-ne ñoo taxoon ma yaakaar ne daf may wut. Tontu bu gàtt laa ko tontu. Nu tàggo ci lu gaaw. Mu ni woon coono tukki bee ma jàpp, sama yaay tamit yàkkamti maa gis. Bëgg na ma teew ayu-bés bii di ñëw ci xewu bésu juddoom. Ma ni ko waaw ci lu dul sama coobare. Jàppoon naa ni mooy xewi njaaboot yoy dama leen iy fàttaliku niy metit.

Bésu aniweerseer bi, ni nu ko waxante woon, sama oto pàppa jëlsi ma. Waaye dawalkat bi kesee dellu, àndumaak moom. Bégoon naa ci sama bopp : ndoortel la ci pexe yi ma laloon ngir fippu, jaamaarlook dooleem. Waaye liy ñuul ci soow mi mooy gisewaatumaa ak sama pàppa. Xibaar bi ci toppoon mooy nataalu oto bi jël beneen yoon ba noppi ñu bàyyi ko ca wetu tali ba. Deewam damaa bett lool. Sunu digaale jeex ndànk, dara yënguul. Dafa mel ni rekk ci po mo xam ni misig bi day riir bi ñépp di dox ci diggante ay siis, ku nekk bëgg a toog. Fàww mu am ku amul siis, daldi génn ci po mi.

Ak deewam, misig bi dafa jekki-jekki yem fa, ma xam ni amatuma wéeruwaay. Xam naa ne léegi bokkatuma ci po mi te awma ku ma mën a leeralal li sunu diggante tekki woon.

Ma delsi ci Nuria. Ndax day réccu dogal bu bon bi ko tax a dajeek man, tey ? Xam naa dafa yaakaar ni jigéen ju noppi laa.

Xale la, ndeysaan ! Bëgg naa koo bégal, nag. Waxtaan ci neexaayu at yi nga xam ne nit ñu siiw a daan dal ci otel bi : María Félix, la Tongolele, Cantinflas, ba ci Ronald Reagan bi mu nekkee jëmmalkat. Mooy otel bu njëkk bi gën a am doole ci dëkk bi, ma nettali ko. Waaye dafa mel ni soxalu ko. Mu jubal fi muy mettee, daldi laaj : naka la daanu otel bi doore ?

Ma bëgg mu jóge ci béréb bu naqari bii. Ma wax sama xalaat ci lekku baar bi di xalaataale laaj bu am maanaa bii. Mënumaa tëb rekk ne ko sama daanug pàppa ak xéy-na tamit deewam am na lu leen sooke, di reen ba : biñ « sàccee » sama mag ju góor. Musiba mii da ne jamet mel ni lu bawoo ci boyetu mbetteel di nu ñaawal. Duma ci wax guddig tey jii. Dootuma ko xalaatati muk. Ma laaj Nuria lu tax mu dëkk ci béréb bii di ñaanaale ci sama xel faxas ko ci otel bi mu mel ni ab nataal bu ñàkk worma. Nuria laaj ñaareelu butéel. Bi nu koy naan, mu ngi wax ci ñi dëkk ci otel bi, takndeer yiy romb ci xàll yi guddi gi ; teeraas bi nga xam ne soo fa nekkee dangay séen dee cig neen ak tiitaange nit ñi ñiy song ci mbedd mi. Mu nettali ma ne day génn ci teeraas bi guddi gi ngir tóx lu bari su ko xataayu néegam dee fatt. Maa ngi kaf ak moom, naan ko soo demee sama pàppaa lay feeñu ba ngay bëgg a fatt. Xéy-na, ci dëgg-dëgg, man la pàttaliku lajjam di fatt.

Jàll na ci leneen. Mu nettali ma ne ñaari at la defagum ci péey bi. Nee na dëkk bii dafa metti. Ma ni ko bumu juum. Dëkk yépp a metti. Walla boog dëkk yépp a metti te neex. Mi ngi aju ci catu buum gi ku nekk gën a jege. Nu noppi ab diir. Guddi gi jekki-jekki jeex, ba nook ay desitam : butéel yu amul dara, desiti reer, waxtaan yu eggul, Nuria dafa bëgg a ñibbi, tēdd. Nu ànd dox ba ci buntu otel bu mägget bii gën a nekk léegi otelam. Ci bunt bi laa ko bëgg a tàggo.

Waaye Nuria jàpp sama loxo, jēme ma ci biir. Bëgg nu jël kaasu sàngara bu mujj. Nu dugg ci néegam. Amul kaas bu mujj, dafa jafal sigaretu yàmbaa. Mu dawalal ma ay taalifam. Ma bàyyeeku,

jéemumaa xam li baat yiy tekki. Ginnaaw gi, nu waxtaan ci lëndëm gi. Nuria di fowee xelam, bëgg gëm ni ci néeg bii laa mujjee gisanteek sama pàppa. Mu laaj ma : lan nga ko mësul wax ? Lu tax nga yaakaar ni lu mel nii am na ? Ma bëgg a jàll waaye xam na. Mu tontu ne saa-su-ne dees nay denc lu am solo lees war a wax ba mu faf weesu.

Kàddu génnul sama gémmiñ. Mu tàllal ma këyit : bind ko fii. Kenn soxlawu koo dawal. Ma bind baatu pàppa, sama fit ne tēf. Baatu baal topp ci, may lox. Bi loolu weesoo, baat yiy wadd ak doole ju jéggi dayo. Ma faram-fàcce sama pàppa naan ko maa ngi denc ci sama xol jéyya jooju, su ma ubbil woon bunt bi tàkkusaan googu, su ma bàyyiwul woon sàmbaabóoy yooyu sàcc sama mag dugg ci kër gi, kon tey musiba mii yépp du am. Tiis yii yépp ak dēj yiy ñëw ak bés boobu ma sàgganoon ñoo ànd.

Mënoon màggee ci wetu yaay, moom mu wéyal dundug góor gu rafet, am doole, yëg ko... Su ma ubbiwul woon bunt bi, mboor du nu dab tey. Fent la, amul solo waaye sama dëggu xel la. Ma nangul ko ni deewam tiis na ma, xawma nu ma koy fáttee te tamit amoon naa cofeel ci moom doonte leeru ma woon lool.

Nuria laal sama loxo. Léegi, bàyyil lii. Du caagénu dangay dund ci ay fen yoo xam ni yaa ciy lor sa bopp. Danuy taal sa këyit gi ngir far ko ci kéew gi. Baatu pàppa moo njëkk a lakk, njéggal topp ci ak muk. Kayit gépp tàkk ba jeex tàkk. Yaxal biy door a juddu moo soppeeku dóom.

Bët set na, sama waxtu dem jot na. Damaa bëggoon ne mes bala li may yëg ci sama biir xol di taxaw. Damaa sulli woon pàttali gu naqari. Béng naa ci woyof gim ma indil... tàqamtiku naa ci ci lu gaaw. Waaye bi may génn, ngelawu suba si di upp, lenn rekk laa bëggoon : dajewaat ak diisaayu mboor mii. Waaw, ñaawaayu légét bi laa bëgg. Metit wuy gètën wii laa tàmm. Te daf may lëkkaleek sama pàppa.

Juróom ñaareelu xàll wi yoon wu dóomu-taal la te wéet. Mu mel ni maa ngi gisaat oto yu réy yu ati juróom-fukk yi daan wàcce gan ñi ci buntu kër ñi xewle. May yëgaat bu baax gone gi ma nekkoon te waa jii daan tēye loxo bi di ko jéggil.

